

# EL ESTIGMA DE LA MEMORIA



Joanna Escuder  
14 de julio de 1998  
Revisado: 24 de Mayo de 2010



*A la memoria de Mariana y Salvador,  
Salvador hijo y Luis,  
a mi abuela Pilar y a mi tía Mercedes.  
En gratitud y recuerdo a mis ancestros,  
a todos ellos sin excepción.*

No digas de ningún sentimiento, que es pequeño o indigno.

No vivimos de otra cosa que de nuestros pobres,  
hermosos y magníficos sentimientos y cada uno de ellos  
contra el que cometemos una injusticia  
es una estrella que apagamos.

Hermann Hesse

## BREVE INTRODUCCIÓN

Inicialmente este relato sobre una corta pero intensa etapa de la historia de mi familia, la escribí para darle una satisfacción a la mi abuela Pilar. Lo cierto es que la satisfacción me la he llevado yo, aunque pueda parecer pedante. No me imaginaba que me entusiasmaría tanto indagando, sumergiéndome en decenas de papeles de prensa de comienzos del siglo pasado y buceando en la memoria de mi abuela y de mi madre. Los recortes de diarios que aún conservaba la Pilar y que me prestó como si de un tesoro se tratase, se habían estropeado bastante después de sufrir una pequeña inundación, por lo que tuve que reconstruirlos con mucho esmero y cuidado, pero sobre todo con mucha ternura. Ahora permanecen perfectamente ordenados, enganchados y plastificados hasta que alguien vuelva algún día a interesarse por ellos.

Mi buena amiga M<sup>a</sup> Carmen fue quien me animó y quien me dio la seguridad que necesitaba para comenzar a escribir estas líneas. Ella que me conoce muy bien, sabe que siempre me ha encantado escuchar las historias y anécdotas que a menudo nos cuentan nuestros abuelos o nuestros padres. Es propio de la naturaleza humana que cuando uno alcanza una edad suficientemente avanzada, la memoria nos juegue extrañas pasadas, provocando que los hechos ocurridos hace tan sólo unas semanas o quizás solamente unas horas no seamos capaces de retenerlos con la perfección, con la que podemos narrar momentos inolvidables de nuestra juventud y adolescencia, gravados tan profundamente en la mente que nada puede borrarlos.

Así comenzó todo, con la pretensión de narrar de forma histórica un suceso familiar, acabando en una aventura llena de emoción y sobre todo de misterio.

Por supuesto, que la narración gira siempre entorno al suceso vivido por Mariana, principalmente en lo que a ella atañe, pero no por eso pretendo restar atención y menos importancia, a las tres niñas protagonistas del suceso ni a sus familiares, todos ellos víctimas también del destino. Del mismo modo que los familiares directos sufrieron la embestida de los

acontecimientos, tanto Salvador padre como Salvador hijo y el pequeño Luis, así nos continúa azotando la memoria a todos sus descendientes. Pero ahora desde la perspectiva de la aceptación que ella misma hizo de su propia vida, trasladando ese sentimiento a todos nosotros, aunque aún hoy nos falte comprensión.

## Prólogo de M<sup>a</sup> Carmen Millán

El título de este libro ya nos está indicando lo que un suceso concreto en un tiempo determinado puede ocasionar en todo el inconsciente familiar.

Los estigmas son heridas que no acaban de cicatrizar, y hay una necesidad interior de curar estas viejas heridas y empezar de nuevo. Esta necesidad de restablecimiento, de curación y de compensación hace que creemos algo que hemos llamado "ley". En realidad la ley se crea por causa de esta necesidad interior de finalidad última de justicia en todo lo que atañe a la vida. En realidad es la justicia la que crea la ley y no al revés y que nos hace sentir, que todo está vinculado a un fin último. Por tanto la justicia -como todo lo que existe dentro del ser humano como necesidad interior- es relativa. La ley en cambio es tangible, es algo que podemos ver y contrastar, la ley está escrita, la hemos creado nosotros mismos, pero la justicia, es un concepto abstracto. Lo que llamamos justicia es sólo la interpretación subjetiva de la ley. Necesitamos creer que todo está dentro de una estructura que nos permita aceptar los retos de la vida.

Cada ser tendrá un sentido de la justicia diferente, lo que para unos es justo para otros no lo es, debido a que está todo vinculado a la experiencia de uno mismo, a todo aquello que hemos tenido que vivir y que nos ha dado un conocimiento único de las situaciones, de cómo pueden ocasionarse y lo que en sí mismas generan, sólo alguien que haya tenido una experiencia similar a la nuestra podrá comprender lo que sentimos, aunque cada experiencia sea distinta.

La vida hay que morderla pero en cada boca tiene un sabor. Gracias a esto tenemos la referencia necesaria para poder comparar y valorar, cuando esto se produce, tenemos las herramientas necesarias para juzgar, y como el sabor en cada boca es distinto, habrá tantos juicios como individuos.

Todos juzgamos. Es un hecho intrínseco en el ser humano, esta tendencia al juicio.

Nuestro sentido de la justicia es también proporcional a las estructuras mentales y arquetípicas -cultura, religión, zona geográfica, etc.- que nos hemos ido creando a lo largo de nuestra existencia, y que delante de unos hechos concretos nos harán reaccionar diciendo "No entiendo nada, esto no es justo", así como a nuestras experiencias de vida, como hemos dicho anteriormente.

Las sociedades al igual que el ser humano también están sometidas a movimientos convulsivos temporales, lo que podríamos llamar impactos de sucesos que afectan a sus estructuras tanto mentales como arquetípicas. Somos un reflejo de la sociedad y la sociedad a su vez se refleja en nosotros. Las sociedades también piensan y sienten. Los individuos y las sociedades están en un continuo cambio y transformación. Para mantener el equilibrio de las nuevas estructuras el sentido de justicia también cambia y por ende las leyes que manifiestan esta necesidad de justicia, que la sociedad exige como un referente de sus creencias, siempre cambiantes. En un país donde exista una cultura islámica, si una mujer se enamora de un hombre que no es su marido y es acusada de adulterio puede morir dilapidada por sus propios vecinos, esta es la ley que estas sociedades han creado basada en su propia creencia de lo que para ellos es justicia. Esto sería impensable de ejercer en un país con otro tipo de cultura, donde no se entienden estas formas de proceder.

Sólo cuando el individuo alcanza el conocimiento o como también se le podría denominar, la "conciencia" de la relatividad de todo, y que lo más probable es que, nunca se llegue a conocer el origen del hecho ni las motivaciones, alcanzará esa sabiduría que le dirá que no somos nadie para juzgar a otro. Solo podemos juzgarnos a nosotros mismos y la mayoría de las veces ni eso lo hacemos dentro de unos parámetros de equidad.

La justicia no es ni más ni menos que un conocimiento interior -que se encuentra dentro incluso de nuestro ADN- de que existe un equilibrio en todo lo creado. La justicia es pues EQUILIBRIO.

Cuando una situación genera un desequilibrio, la tendencia es a equilibrar lo producido. El equilibrio no es venganza, sino conocimiento, a veces este equilibrio se produce simplemente haciendo consciente, la herida inconsciente, como ocurre en este relato.

Aquí se exponen los hechos de un suceso que produjo un desequilibrio tanto en las personas implicadas como en la propia sociedad del momento. Cada persona valorará los hechos y los efectos producidos por los mismos y será inevitable el juicio. Pero lo importante tanto para Mariana como para esas tres niñas y sus familias, es poner de manifiesto que quizás existan muchos juicios distintos a los producidos en aquel momento. A veces es necesario el paso del tiempo para establecer la perspectiva adecuada, para poder valorar unos hechos con un sentido mayor de justicia. Lo que ayer nos parecía justo hoy nos podría horrorizar. La verdad también es relativa a cada individuo. Los hechos deben ser siempre transparentes y a quien competa por los mismos conocerlos en su totalidad. Hay una frase de la sabiduría popular que dice que la verdad siempre sale a la luz. Cuando, donde o por quien, no importa, siempre sale. Ocultar los hechos es lo más absurdo que el ser humano en su inconsciencia de creer que controla la vida, realiza siempre. Y cuando esto sucede se desencadena la ley del equilibrio, buscando la respuesta y la compensación. Es cuestión de ser honestos con nosotros mismos y con los demás, y de actuar siempre con la intención profunda – aquella que a veces no vemos en nosotros – de no herir a nadie de nuestro entorno. Con esta simple norma, estamos dentro de lo que todos entendemos por justicia y equilibrio. En realidad un hecho en sí mismo no puede ser valorado sin tener en cuenta lo que quizás es lo más importante, “la intención”. Puedes realizar el más noble de los actos y tener detrás la más perversa de las intenciones. Lo que cuenta en la evolución del ser humano es siempre la intención con la que nos movemos en la vida.

La ley del equilibrio es universal, está implícita en todo lo que existe. Esta es la intención última de este escrito, conocimiento y en consecuencia justicia.



PRIMERA

PARTE

En la mayor parte de los hombres el amor a la justicia no es más que  
el dolor de sufrir la injusticia.

François de La Rochefoucauld

*Segur de Calafell, verano de 1986*

Hacía un calor terrible. Suerte teníamos de la terraza larga y estrecha que daba delante mismo del mar, por la que corría una suave brisa gratificante. Desde el balancín de caña trenzada, podía observar como la blanca luz del plenilunio iluminaba a los escasos bañistas, extranjeros casi todos, que aprovechaban hasta el último momento del día para tomar un baño reconfortante. Si no hubiese sido por la pereza que llevaba encima, me hubiera colocado el bañador y hubiese bajado a darme un buen chapuzón. Como excusa se me ocurrió pensar que tan sólo hacía media hora que habíamos cenado, motivo que nunca me impidió mojarme si realmente me venía de gusto.

Me hacían compañía mi madre Carmen, Laura, mi hermana, y mi abuela Pilar. Los hombres habían preferido quedarse dentro de casa viendo un partido de fútbol bastante interesante. Esa noche no jugaba mi equipo, por lo que preferí quedarme charlando en la terraza que pasar calor, decisión mucho más interesante y provechosa siempre, sobre todo cuando tienes la oportunidad de compartirla con la familia o con unos buenos amigos.

Como siempre, Laura nos distraía con sus ocurrencias y extrañas anécdotas con la gracia que sólo ella sabe. Pero lo que las cuatro estábamos esperando con verdadera ansia, era aquello que

acostumbraba a pasar en este tipo de reuniones veraniegas, en época de vacaciones, en las que no hay prisa y se dispone de todo el tiempo del mundo. Comentar con uñas afiladas situaciones y sucesos ocurridos a algún conocido o familiar, con el fin de regodearnos juntas en la "desgracia del prójimo", sobre todo si se trata de algún "enemigo". Contra más morbosa y retorcida es la situación, objetivo de nuestro juicio, más divertida se torna la conversación, sobre todo si hay discrepancia de opiniones. Sin saber como, un tema llevó a otro y ese a otro, hasta que comenzamos con nuestras subjetivas opiniones. Algunas veces, hay que decirlo, algo injustas. En este punto, si mi madre o alguna de nosotras se animaba más de la cuenta, es decir, más de lo que podría denominarse "permitido" para mi abuela, era cuando notábamos que se violentaba e inmediatamente intervenía para apaciguar el ánimo. Nos pedía coherencia y sobre todo insistía en no juzgar al prójimo sin conocer los hechos y el motivo que le habían llevado a actuar de una u otra forma. Su semblante en esos momentos cambiada, tornándose serio, ajado, como si algo ensombreciera su mirada. Se volvía de repente irritable, pero sobre todo molesta por ser tan impetuosas e irrespetuosas. Mi madre parecía entender rápidamente el motivo de su repentino cambio. Laura y yo nos mirábamos atónitas, ignorantes. Nos preguntábamos porqué se ponía de ese modo. El caso es que entre unos comentarios y otros, se nos hicieron las doce de la noche. El partido, hacía rato que había acabado, los hombres prefirieron irse a dormir que entrar en aquella conversación que se estaba tornando demasiado seria y poco atractiva. Mi marido, en cambio, no se resistió a perderse lo que nos trajinábamos. Animadas por la conversación nos desvelamos completamente, aumentando poco a poco nuestros deseos por conocer cosas y personas que forman parte de nuestro pasado. Comenzamos hablando de la yaya María, la madre de mi abuelo materno, quien tenía un carácter insoportable, con la que era extremadamente difícil convivir. Cualquier momento del día a su lado se convertía inevitablemente en una discusión o si tenías suerte, en mala cara. Todo lo contrario que ocurría con la yaya Mariana, una mujer

dulce, increíblemente familiar. Buena gente. Quizás era de tan buena pasta, que podía parecer exagerado, tenía un tipo de carácter y una vocación que se podría asimilar a alguien místico, en su concepto global. Pilar nos empezó a explicar anécdotas de cuando su madre fue novicia y le tocaba acompañar a la familia de algún fallecido durante el velatorio. La Mariana, muy jovencita por entonces, pasaba un miedo espantoso. Aquello se acrecentó aún más, si cabe, el día que uno de los muertos, revivió. Laura incitó a la abuela a explicarnos esta espantosa anécdota, aunque, en realidad, ya la habíamos escuchado un sinnúmero de veces, era tan curiosa que nunca estaba de más volverla a escuchar con los detalles que mi abuela le ponía tan sutilmente.

El presunto fallecido era un adinerado señor de la nobleza del Madrid de finales del siglo XIX que "murió" de repente. Mientras Mariana hacía los votos para el noviciado, acudió junto con otras compañeras al velatorio de aquel importante caballero, durante dos largos días. La víspera antes del entierro, se lo llevaron al hospital, muy bien vestido con un traje impecable, dispuesto para entrar en las puertas del cielo. Aunque sí se le pidiera opinión al servicio de la casa, el tal señor no conseguiría entrar por las buenas a tan preciado y ansiado lugar, pues ellos se encargarían de cerrarla con cuatro vueltas para enviarlo derecho al purgatorio y que allí se ocupasen de hacerle pagar su mal carácter y rudeza con la servidumbre. Como era habitual en aquella época, sin autopsias ni nada parecido, los médicos que lo atendieron, expidieron un certificado de defunción por parada cardiorrespiratoria y con aquel papel, ya se podía proceder a su sepelio. La gran sorpresa se la llevó, justamente, una de las criadas más jóvenes, quien abrió las puertas a altas horas de la madrugada, cuando todavía se encontraba la familia y las novicias reunidas orando por el alma del señor. Se lo encontró allí plantado, delante mismo de la puerta gritando como siempre y lanzando improperios, pidiendo por su mujer e hijos.

Nos imaginábamos la cara de todos cuando lo vieron aparecer con una toalla enrollada en la mano izquierda, llena de sangre, entonces nos entraba la risa, interrumpiendo a mi abuela para

que Laura pudiera hacer una escenificación. Pilar, nos hacía callar para continuar explicando que cuando los allí presentes consiguieron calmarse, pudieron saber que aquella noche en el hospital, algún osado trabajador le había cortado el dedo anular al "difunto" con la intención de sustraerle un valioso anillo de oro y brillantes que lucía sin que la familia hubiera reparado en él. Algo que le salvó de un entierro seguro. El señor, claro está, no estaba muerto, había sufrido un estado de catalepsia, como después se le diagnosticó.

Esta sólo fue una curiosa anécdota, comparado con todo lo que a Mariana le restaba por pasar.

*Sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres, así la poesía no habrá cantado en vano.*

*Pablo Neruda*

*Madrid, invierno de 1923*

*Mariana, atendía en su improvisada aula de casa, a las niñas del vecindario que por escasos recursos económicos y dificultades en el aprendizaje, requerían de un maestro que les apoyara en los estudios. Por diversas razones, algunos no acudían de forma constante a la escuela y otros no tenían intención. Por entonces, la educación infantil no era obligatoria y en los barrios periféricos de las ciudades, ocurría algo similar a los pueblos. Los niños y niñas de la comunidad, acudían a la escuela, muchas veces demasiado mayores y otras sólo a los inicios de curso o sin una periodicidad que les aportara constancia. La escasez económica en las familias, era tan extendida que los padres estaban deseando que sus hijos llegaran a una edad "laboral", para tener la excusa de retirarlos de los estudios, ya que consideraban que éstos, no traían el pan a casa.*

*Mariana, viendo a estos niños, demasiado espabilados e inteligentes como para estar "perdiendo" horas del día en juegos y trastadas varias, propuso a sus familias, la idea de que durante unas horas al día, acudieran a su casa a recibir clases sobre los conocimientos básicos que todo ser humano precisa para moverse en la vida, como son leer y escribir. Algunos padres, la miraron*

extrañados y otros, no sin estúpidos comentarios, accedieron. Teniendo en cuenta que parecía que lo hacían más por que los niños estuvieran recogidos y atendidos que por el provecho que iban a sacar de esas clases.

Finalmente y como todo en la vida, unos entraban y salían, para volver cuando les apetecía o cuando les dejaban y otros de familia más comprometida, fueron pertinaces y constantes. Como las tres niñas, vecinas y amigas con las que compartió jornadas de estudio y a las que tenía un cariño muy especial.

- Te has vuelto a equivocar, Ángela. Empieza desde el principio, - le sugirió la maestra.

- Es que este trozo no me sale. Siempre me equivoco en el mismo punto, - se mostró quejicosa.

- No te preocupes, con un poco de práctica te acabará saliendo, - le aseguró.

- ¿Puedo intentarlo yo, señorita Mariana? - le propuso la avispada de María.

- Deja que Ángela lo vuelva a intentar, después ya lo probarás tú, - la detuvo, con toda la paciencia del mundo.

- Me rindo. - Gritó, harta de releer siempre mal las mismas frases y no poder avanzar página.

María, antes de que se desdijera, le quitó el libro lectura, colocó su pequeño dedo sobre el renglón que la otra no había sido capaz de acabar y comenzó con la lectura.

Animada al comprobar que podía hacerlo correctamente, continuó con la siguiente página mientras sus amigas y los dos hijos de Mariana, que no cesaban de importunar, hacían ver que escuchaban, era evidente para la maestra que no estaban prestando atención. María dejó de leer cuando se percató de que alguien llamaba a la puerta.

- Esperad un momento, voy a ver quién es. - Mariana no le permitió seguir con la lectura para no perderse los adelantos tan grandes que la niña había hecho en pocas semanas, desde que le empezó a dar clases.

- Ya voy yo, mamá, - de un empujón, el travieso de Salvador, pasó por delante de su madre con la única intención de llegar el primero a la puerta de entrada. - Hola, - saludó efusivamente a su padre, fundiéndose en un cariñoso abrazo. El padre, de vuelta de su jornada de trabajo, les acababa de salvar del tostón de la clase.

- No me había dado cuenta de que era tan tarde, - se extrañó Mariana al ver a su marido -. Aún estoy con los críos.

- Tranquila, no os molestaré. Mientras acabáis, voy a asearme un poco. Estoy agotado, - le aseguró con verdadero aspecto cansino.

- De seguida estamos - le sonrió.

- Continúa María, - se dirigió a la niña.

Cuando ésta acabó, la felicitó para animarla, pues se lo merecía, se notaba que había hecho un gran esfuerzo y que había obtenido resultados -. Estoy muy orgullosa de tí, has progresado muchísimo. Cuando cumplas los diez, leerás perfectamente, ya lo verás y vosotras tranquilas - se dirigió a las dos más pequeñas - tenéis tiempo sobrado por delante para aprender. Venga, ahora, antes de acabar, que lo intente Maruja. - Hicieron todos, cara de fastidio.

- Salvador, a ver si aprendes, no te librarás - le aseguró -. Lo he pensado mejor, cuando Maruja acabe, será tu turno, quiero ver si te esfuerzas tanto como en tus juegos y ocurrencias.

- No, gracias mamá, ya lo hago bien. Dejémoslo para otro día, si te parece.

Para variar, intentaba escabullirse de todo aquello que no fuese juego y diversión, dejando de lado por completo, cualquier cuestión de tipo cultural, algo que por el momento no le preocupaba en absoluto.



- No te me escaparás, tú mismo, - lo amenazó.

Marija, la más jovencita de las tres, a duras penas reconocía las vocales y media docena de consonantes, pero es que tampoco ponía demasiadas ganas, se mostraba bastante perezosa.

Para no hacerla sufrir más, le recomendó que repasara el libro en su casa y se despidió de sus alumnas hasta el día siguiente. Sus respectivos padres también las esperaban para cenar después de un agotador día de trabajo. Tenía por costumbre apurar el tiempo del que disponía hasta el último minuto, con el fin de aprovecharlo al máximo. No había problema por las pequeñas ya que las tres vivían muy cerca, en la misma calle de Hilarión Eslava.

María, la mayor, hija única del señor Enrique Ortega y de la señora María Quirado, gente obrera muy trabajadora, era la que más interés mostraba siempre, con gran esfuerzo y muchas horas de lectura y caligrafía, consiguió recuperar las clases perdidas por culpa del accidente en el que se fracturó una pierna y que la tuvo inmovilizada durante dos largos meses. Disponía de una facilidad especial y una retentiva envidiable, con ella no era necesario repetir las cosas demasiadas veces. Era tanta su capacidad de aprendizaje y concentración que cuando al día siguiente repasaban la lección, se la decía de un tirón, dejándolos a todos boquiabiertos. También era de las tres niñas la más ordenada y cuidadosa. La diferencia de edad, aunque insignificante, representaba mucho, algo que les debía hacer comprender a las otras dos que algunas veces se sentían ridículas ante la aventajada compañera.

De tanto en tanto, para no hacerles las clases tan aburridas, Mariana, se ponía en el viejo piano que se trajo de Huesca, que heredó de su padre y con el que cursó piano, animándolas con pequeños fragmentos de música clásica y alguna que otra pieza infantil. En alguna ocasión María le rogaba que la dejase probar tocar de oído, algún breve fragmento. Para hacérselo más

sencillo, primero le tarareaba para que cogiese la entonación, aunque aquello no era suficiente para María. Unas terribles e insostenibles notas sin sentido, ensordecían a los presentes que rápidamente protestaban. Estaba claro que la música no era su fuerte. Recuperado el silencio y una vez constatado el fracaso, reían todos juntos suplicando que María no volviese a sentarse ante el piano.

Se lo pasaba muy bien en compañía de aquellas niñas. Por el momento, solamente acudían a las clases tres tardes a la semana, cuando salían de la escuela pública, antes de que su marido llegase de la imprenta. No obtenía ningún beneficio por dar aquellas clases, no osaba cobrarles nada a sus padres, familias que a duras penas podían hacer tres comidas diarias.

Desde que se instaló en aquel barrio madrileño, podía comprobar por sí misma la diferencia entre la infancia de aquellas jovencitas y la propia. Ella era la hija menor de Mariano y de Pilar. Él, el juez de la provincia y ella, ama de casa. Familia que se podría considerar de un nivel medio-alto, allí en Huesca, de donde procedían. De su madre conservaba muy pocos recuerdos, murió cuando todavía era demasiado pequeña para guardar la imagen de su rostro en la memoria. De su padre, más o menos lo mismo. Estaba en plena adolescencia cuando sus dos tías paternas, se la llevaron, junto con su única hermana, para comunicarles que a partir de aquel instante vivirían con ellas. Por designios de Dios, Mariano acababa de morir de forma repentina y ellas se habían convertido en unas pobrecitas huérfanas. Recordaba muy bien aquellas palabras, algunas veces resonaban en su cabeza, transportándola a aquella lamentable época. Llegado a este punto, intentaba conducir su memoria unos días, siquiera unas semanas más atrás, con el fin de recordar la voz de su padre, algo que se había convertido en imposible, lo tenía mucho más presente que a su madre, pero el tiempo había hecho que las imágenes se languidecieran, ahora sólo podía sentir la emoción que le producía la remembranza.

No por ello había olvidado las palabras que sus tías, no cesaban de repetírle a ella y a su hermana mayor: "soís unas pobrecitas huérfanas sin padre ni madre".

Al escuchar aquella aseveración, se le partía el alma. Entonces, una de ellas, la más abrupta, le sujetaba el mentón, la miraba fijamente a los ojos y le decía: "eres una huerfanita, Mariana" "¿sabes lo que significa eso...?". Era una estúpida pregunta. ¿Como un niño no iba a saber lo que representaba no tener ni padre ni madre? Nunca le contestó.

La convivencia con las hermanas de su padre no fue nada fácil, se mostraron siempre muy estrictas en su educación. Llegado el momento, las hermanas de su padre, decidieron internarlas en un convento. Allí cursaron estudios, y afianzaron su ferviente catolicismo. Fue debido a un cúmulo de acontecimientos, entre ellos sus convicciones religiosas y su vocación, lo que la llevaron a decidir ingresar como novicia.

Dentro de aquellas cuatro paredes, sometida a horas de plegaría y aislada de todo y de todo el mundo, pudo comenzar a poner orden en su vida, entonces, principalmente encaminada en la adoración al Señor, el único ser que conseguía satisfacerla de veras, después de que el resto de los humanos la hubieran decepcionado de aquella manera, haciendo culpables muchas veces a su padres, de su soledad y abandono. Tan pronto le asaltaban estos pensamientos, se arrepentía de ellos, evidentemente no eran culpables de haber muerto jóvenes dejando a dos hijas entre las garras de dos insostenibles solteronas.

Pasados los años, descubrió que sus tías habían entregado la dote que les correspondía por herencia, a la iglesia. Numerosos bienes, propiedades y la casa de Huesca, les fueron arrebatados.

Después de unos escasos años dedicados a la oración y a su preparación como maestra de escuela, decidió concluir también, los estudios de solfeo y piano, que había dejado inacabados cuando ingresó en el convento. Este instrumento, junto con lo que le inspiraba la música clásica, suponían su pasión. Pasados aquellos años de clausura, era la primera vez que salía a la calle

para asistir a clase. Se trataba de una pequeña escuela muy cercana a la plaza principal, con sólo una docena de alumnos. La mayoría, hombres interesados también por el piano, los otros, tres chicos jóvenes y una muchacha que aprendían a tocar el violín. Por último, la más jovencita, una chica de unos quince años que tocaba de forma increíble el violonchelo.

Ahí fue donde vio por vez primera al que ahora era su marido. Salvador se encargaba de facilitarles las copias de las partituras de las composiciones que tenían que realizar diariamente y los impresos con las pruebas de solfeo necesarias para aprobar la asignatura.

Salvador, nació en Toro provincia de Zamora, había emigrado a Aragón por motivos de trabajo. En Huesca no tuvo dificultades en encontrar un trabajo que le proporcionara un sueldo suficiente para su propia manutención, ya que estaba soltero y a su vez, carecía de familia. Las grandes ciudades como Madrid o Barcelona le provocaban demasiado respeto, motivo que lo había conducido a decidirse por una pequeña ciudad como era Huesca, donde desde el primer día se sintió como en su casa. Ese carácter tímido, pero sobre todo su cordial y simpático aspecto, habían sido los detonantes que produjeron que Mariana se fijara en él como nunca lo había hecho con ningún otro hombre de los que había conocido, y que habían sido unos cuantos. Nunca hasta que conoció a Salvador había percibido los pinchazos del amor. Recordaba como los días que le tocaba ir a la escuela a hacer el reparto, ella esperaba ansiosa a que se abriera la puerta de clase y verlo aparecer, escrutar su mirada, hasta provocar que sus ojos se encontrasen accidentalmente, algo que les provocaba a ambos una inmediata sudoración y rojez de mejillas que poco a poco fueron descubriendo el resto de sus compañeros. Hasta que uno de ellos se decidió a romper el hielo y obligarles a entablar una primera conversación que los llevaría a una cita, posteriormente a varios encuentros más largos, para concluir en matrimonio.

*Cuando rememoraba aquella época, se persignaba, pensando que si el destino no les hubiera unido, hoy quizás se encontraría de nuevo recluída del mundo en el entorno religioso que había conocido y nunca hubiera existido la ocasión de casarse y en consecuencia de ver crecer a sus hijos, a los que adoraba por encima de todas las cosas.*

*Tiempos ha, no se hubiera imaginada casada, no era ésa, por entonces su preocupación. Le preocupaba mucho más el hecho de poder ayudar a la gente de alguna manera. En su juventud creyó que dedicándose espiritualmente a Dios y a los necesitados se sentiría plena, para así poder vivir en armonía. Pero ese sueño no se llegó a cumplir, desde el instante en que topó con Salvador, supo que nunca se lo quitaría de la cabeza. Como consecuencia de estas emociones, paulatinamente fueron volatilizándose en su interior, aquel cúmulo de ideas y deseos que la habían llevado a vestir los hábitos.*

*Poco después de casada, aún continuaba obsesionada con la idea de ayudar a los necesitados, ofreciéndose para dar clases gratuitas a los pequeños del barrio. Un día se presentó Salvador con la noticia de una importante oferta de trabajo en una imprenta de la capital. Valoraron pros y contras, lo sopesaron muy bien. Finalmente el argumento esclarecedor era palpable, no podían desaprovechar una oferta de aquel calibre, eran tiempos difíciles y oportunidades tan buenas no se presentaban todos los días. Salvador, además, tendría la ocasión de desarrollar con mayor autonomía los conocimientos en el oficio que heredó de su padre, aquello le supondría una recompensa y un reconocimiento al esfuerzo depositado en su trabajo de toda la vida. Valoración, que significaría una enorme satisfacción personal, después de tantos años de aprendizaje. Desde jovencito, trabajó de ayudante en la imprenta de su padre. Como buen observador, conocía perfectamente el proceso para la impresión de los boletines de noticias y hasta era capaz de reproducir paso a paso el proceso para la impresión de un libro. La experiencia de todos aquellos años colaborando, era lo que le garantizaba el éxito en su nuevo empleo. Todos aquellos pros,*

habían hecho olvidar a Salvador, el pánico y respeto que sentía por la gran urbe, su temor quedó exíguo ante la interesante oportunidad que se le presentaba.

Eran conscientes del trastorno que suponía el traslado a Madrid. No solamente significaba un cambio de domicilio y el tener que adaptarse a una gran ciudad donde las costumbres serían diferentes, así como el estilo de vida, sino que deberían abandonar también todo aquello que habían conseguido juntos, su humilde hogar y sobre todo, el tener que dejar a las personas de su entorno. El consuelo era que no tenían familia de la que despedirse, pues la relación con su hermana mayor era nula. Nunca supo a ciencia cierta qué era lo que su hermana tanto le reprochaba.

El dilema se evadió de repente, el mismo día en el que la empresa madrileña, mediante una carta firmada por el propio director, le notificaba que disponía de una semana de tiempo para trasladarse, en caso de aceptar las condiciones del contrato, si pasado este período no recibían noticias suyas, se decantarían por otro candidato. El pulcro escrito, finalizaba destacando los numerosos beneficios del empleo.

La adaptación fue suficientemente buena desde un primer momento. La casa por la que se decidieron para comenzar aquella nueva etapa de sus vidas en común - puede que algo grande para ellos -, les otorgó un algo de distinción ante sus desconocidos vecinos, por quienes recibieron una inmejorable bienvenida.

La casa estaba situada en la calle Hilarión Eslava, número 18 del barrio de Caño Gordo. La primera impresión que se llevaron cuando la visitaron, no fue demasiado agradable ni convincente. La puerta principal, a pie de calle, daba paso a un pequeño recibidor que a primer

golpe de vista necesitaba de una buena mano de pintura blanca, para darle un toque de claridad, ya que además de no disponer de luz natural, la escuálida lámpara que alumbraba no ofrecía casi visibilidad.

Atravesando el estrecho corredor, la primera puerta daba a una ridícula estancia de escasos metro y medio por dos metros, donde sin duda instalaría la despensa, colocando unas estanterías de madera de pared a pared, para acondicionarlo.

Continuando, casi enfrente de la futura despensa, se encontraba la cocina. Su aspecto no era nada pulcro, restos de grasa chorreaban por las paredes, un olor agrio y putrefacto la convertía en irrespirable. Tuvo claro por dónde comenzaría a limpiar. Un viejo y roñoso mármol ocupaba toda la pared izquierda. Al frente, sobre el fregadero de piedra, la leve luz del sol penetraba con dificultad entre las sucias cortinas que le dificultaban el paso. A mano derecha, un frágil mueble con puertas de cristal, cargado con viejos platos, vasos, cazuelas y sartenes, parecía que estaba a punto de partirse por la mitad. No era mucho el espacio que quedaba libre, aún así, pensó que podría colocar una pequeña mesa para tomar el desayuno como mínimo. La primera habitación, la de al lado de la desvalijada cocina, tenía otra calidez. Puede que al no disponer de cortinas, el gran ventanal, provocaba que una interesante y acogedora luminosidad, convirtiera la estancia en menos tenebrosa. Un armario de dos puertas, era todo mobiliario. Observó la estancia con detenimiento, allí tanto ella como Salvador, podrían tener su espacio, él guardar sus cosas y ella dar sus clases.

Entraron en el habitáculo de delante. Se trataba de un simple lavabo, sí cabe en peor estado que la cocina. Un diminuto ventanuco entreabierto, colaboraba en hacer el aire soportable. Por el asqueroso agujero del suelo, surgía un hedor putrefacto que levantaba el estómago. El color, presuntamente blanco, que se intuía, era el plato de ducha. Por suerte, no tuvo ocasión de entrar debido a que el vendedor y su marido iban por delante de ella haciendo el recorrido y ocupaban

Las pocas baldosas que podían pisarse. La cara del vendedor era un auténtico poema cada vez que abría una puerta y se encontraba con aquella suciedad. No cesó en todo el recorrido de disculparse una y otra vez, insistiendo en que si estaban interesados, les aplicaría una importante rebaja por las horas de limpieza que debían dedicar. Hacía muy pocos días que los antiguos dueños habían puesto a la venta la destartada vivienda, después de haberla alquilado a unos extranjeros que estaban en la capital de paso.

- No se preocupe señora, si lo prefiere, antes de darles las llaves, procederíamos a hacerles nosotros la limpieza - les garantizó. Aunque, como ustedes prefieran. Desde luego, esto no debe influenciarles en su decisión, se lo aseguro, no representará ningún problema. - Fue la manera de tranquilizarlos.

- La verdad es que le hace buena falta. Es horrible - sentenció Salvador, observando a su esposa que ajena a la conversación, continuaba embelesada observando cada uno de los rincones de la vivienda, como si pudiera imaginárselos, limpios e impecables, con sus muebles y utensilios, convertido ya en su hogar, en el hogar de su familia.

- Síganos, - acertó a decir.

Al dejar el corredor, dos puertas batientes que chirriaban como condenadas, los condujeron a la sala de estar. Quedó boquiabierta por la amplitud que disponía. Estaba completamente vacía, solamente una ennegrecida chimenea ocupaba un trozo de pared. Una ventana en la pared derecha, al lado de una puerta y dos puertas de cristal, en la pared izquierda completaban la estancia. Por lo que se intuía, por allí se salía a un patio, que más adelante descubrirían.

Aún les quedaba por ver la habitación grande, que seguramente se encontraba tras la única puerta que le restaba por inspeccionar. Verdaderamente, toda la casa daba la sensación de haber



estado desatendida durante mucho tiempo. No tenía que ser menos, la que pudiera convertirse en su habitación. Una deteriorada cama que ocupaba el centro mismo de la superficie, soportaba un espantoso colchón de lana enrollado sobre sí mismo y atado con un fino cordel que parecía le faltaban fuerzas para soportar la presión a la que estaba sometido. Aquel colchón iría a la basura tal y como estaba, no se iba a dignar siquiera a limpiarlo, sería una tarea perdida, no soportaría dormir sobre aquel andrajo sucio y pestilente.

Después de varias semanas de la visita a la casa, supo el motivo de aquellas fuertes percepciones de los olores que le provocaron tanto asco. Esperaba su primer hijo.

A la cama, le acompañaban, una mesita a cada lado, de una extraña madera oscura y reseca, a conjunto con el cabezal. Las mencionadas mesitas, disponían de dos bonitas lámparas de cristal con pie metálico, que emitían una suave luz, que proyectaba extrañas sombras sobre las amarillentas paredes desnudas. Descorrió la pesada cortina de tela fuerte y tupida para descubrir otra puerta ventana, que también accedía al mismo patio del comedor.

Salvador, haciendo un gran esfuerzo, consiguió abrirla. Salieron afuera, yendo con cuidado con la basura acumulada en el suelo para no mancharse la ropa. El embaldosado, bastante estropeado, se levantaba por una de las esquinas, debido a las raíces de un escuálido árbol con cuatro ramas peladas y secas, que alguna vez pudo haber sido algo, pero que ahora, en su estado de penuria, no era posible identificar. Se intuía que por todo el alrededor, tocando las paredes de separación con las casas colindantes, en algún momento habían habido plantas y flores diversas, de las que solamente quedaba un leve rastro, ahora la tierra se veía, reseca, agrietada, exprimida...

Cuando salieron de allí, contrastaron las opiniones antes de decidirse a adquirirla. El principal impedimento era el evidente trabajo que suponía dejar la vivienda habitable. Salvador, percibió el brillo en los ojos de Mariana, cuando imaginaba su hogar y supo que era aquel y no

otro el que ella deseaba. Era evidente que no podían aspirar a nada mejor, se trataba de un barrio de gente trabajadora como ellos, era acogedor y lo mejor de todo era que estaba relativamente cerca de su nuevo trabajo. El precio tampoco estaba mal, había visto ya algunas otras casas que no le satisfacían como aquella. Hicieron cálculos. Finalmente se decidieron por comprarla. Valoraron el descuento que les ofrecieron por la puesta a punto de la casa, decantándose por aprovechar la rebaja y ser ellos mismos quienes la pusieran al día.

Mariana disponía de toda la jornada por delante para dedicar a la casa y Salvador, colaboraba en algunos remiendos al regresar de la imprenta. En menos de dos meses la casa estaba impecable, decente y sumamente acogedora para ser disfrutada en todos sus rincones.

El trabajo de Salvador iba cada día mejor, aunque su economía quedó algo lastimada por los gastos derivados del acondicionamiento del nuevo hogar. Fue así como se establecieron en la capital, añorados a ratos del pueblo, pero adaptados plenamente en escasos meses.

En pleno verano de 1918, dio a luz a su primer hijo. Le pusieron Salvador como al padre, con el convencimiento de que el siguiente sería una niña, a quién llamarían Pilar, en recuerdo a su tierra. Pero dos años después, nació otro varón, bautizado con el nombre de Luis. El nombre de Pilar tendría que esperar.

*Sí hay algo que he aprendido, es que la piedad es más inteligente que el odio, que la misericordia es preferible aún a la justicia misma, que si uno va por el mundo con mirada amistosa, uno hace buenos amigos.*

*Philip Gibbs*

*Madrid, 24 de mayo de 1924*

*7 horas 30 minutos*

*El sol primaveral que penetraba por la ventana, comenzaba a calentar más de la cuenta. Salvador se había levantado hacía pocos minutos y se disponía a asearse y vestirse para marchar a trabajar un día más. Con evidente pereza, Mariana se levantó de la cama y fue a la cocina a prepararle el desayuno.*

*- Aquí tienes la leche, tómatela ahora que aún está caliente.*

*- Ya voy, - contestó desde el baño.*

*Se tomaron juntos un buen tazón de leche en polvo, perfumada con un poco de achicoria y levemente azucarada. Para después de darse un cariñoso beso, marchar cada uno a cumplir sus obligaciones, como todos los días.*

- Nos vemos al mediodía para comer. - Salvador cerró la puerta tras de sí y Mariana comenzó con la rutina diaria del hogar.

Se dirigió a la habitación de los críos para despertar al perezoso de Salvador que apuraba la cama hasta el último minuto, antes de acudir a la escuela. Su hijo mayor, aunque idéntico físicamente a su padre, más bien alto y robusto, moreno, de ojos oscuros y mandíbula prominente, quizás un muchacho algo desgarrado para su edad, tenía su mismo carácter. Hasta el momento, nadie había tenido nunca un problema con él, ni con su educación, ni con la convivencia diaria, siempre se había mostrado un niño obediente, pero sobre todo respetuoso y sumamente afectuoso. Los estudios no eran su punto fuerte, aún así no podían quejarse.

El pequeño era totalmente diferente a su hermano, algo esquelético, más rubio y según algunas madres, demasiado guapo para ser niño, en confianza le habían comentado a Mariana que Luis tenía cara de niña. Era cierto, que de bebé lo confundían a menudo, extremo que a Salvador padre le molestaba mucho, por lo que controlaba, que su hijo fuera siempre vestido en colores azules y mal peinado para evitar malos entendidos, sin tener que verse obligado a perder los modales. Por otra parte, Luis, no prestaba atención a nada, se mostraba poco afectuoso, incluso algo arisco, de todos modos era todavía demasiado pequeño para definirlo.

- Arríba chicos - gritó - ya es hora de levantarse.

Luis respondió a su madre entre dientes algo ininteligible. A sus casi cuatro añitos hablaba por los codos, pero sólo ella era capaz de entenderle.

- Salvador, venga. Aquí tienes ropa limpia.

- Espera un momento - remulgó -, no hay prisa.

- No empecemos. Al final se te hará tarde, para variar.

- Está bien, ya voy... - se desahogó con fuertes estiramientos y finalmente dio un salto de la cama. Su madre recompensó el esfuerzo con un cariñoso beso.

Mientras guerreaba con el mayor, daba al pequeño un buen vaso de leche caliente y lo dejaba que durmiera un rato más.

- En la cocina tienes el desayuno, no tardes por favor te lo ruego - suplicó.

- Sí, vale. Vale, mamá, - le respondió con resignación. Cuando quería sabía mostrarse empalagoso, diciéndole bonitos píropos a su madre para que no se enfadara con él más de lo debido.

Después de dejar a Salvador con la vecina que lo llevaría hasta la escuela, como se ofreció desde que tuvo al pequeño y con la que mantenía una gran relación, comenzó con las inacabables tareas domésticas. Una vez estuvo todo de su agrado, es decir, perfectamente limpio e impecable, se puso en la cocina a preparar la comida.

Luis la reclamó en el momento más inoportuno.

- ¡Qué quieres?, ven, vamos a vestírte y te pones en la cocina a jugar, te prestaré unos cacharros, ya verás que divertido.

Le dejó un par de cazuelas metálicas y una espátula también metálica, con las que el niño improvisó una escandalosa orquesta, terrible por el ruido, pero divertidísima para él. Se lo pasó en grande durante un largo rato hasta que Mariana no pudo soportarlo por más tiempo.

Amablemente le retiró los improvisados instrumentos musicales, provocando el llanto del pequeño músico. Consiguió hacerlo callar con un nuevo juguete que lo mantuvo tranquilo otro rato.

Últimamente la despensa estaba más vacía que nunca, debía arreglárselas con lo que tenía hasta que a principios del mes de junio, Salvador trajera el salario del mes. Limpió un puñado de guisantes, aprovechando las vainas cortadas bien finas y un triste trozo de tocino para acompañar, añadiría una patata cortadita bien pequeña. Con eso y una manzana, debería haber suficiente para los tres – supuso – para Luis haría una papilla de verdura clarita con unas hojas de acelga y patata. Hoy no tenía siquiera un trozo de pollo para enriquecer la comida del más pequeño.

Por la ventana le llegaron los gritos de los críos que regresaban de la escuela, jugando a perseguirse. Reconoció entre ellos la voz de Salvador y salió a abrirle la puerta.

- Buenos días, señora Gómez, ¿cómo va todo? – se interesó María, la madre de una de sus alumnas predilectas.

Los chicos jugaban en la calle, inmutables. Mientras charlaba con la vecina, sujetando al pequeño Luis en brazos, recordó que no le quedaba ni una sola patata para guisar, fue a comprobarlo y así era, no había patatas, no había comida para nadie. Sabía que a la hija de María no le sabría mal hacerle el favor de acercarse a la tienda a por unas patatas. Salvador, protestaría por verse obligado a dejar el juego y encima se quejaría de que ir de compras a la tienda era algo exclusivo de mujeres. No tenía ganas de discutir y prefirió lo más sencillo. A María le encantaba hacerse la mayor, llevar su cesta y sus monedas como si fuera ya una mujer

casada, se lo tomaba como un juego, a ella y a la madre de la niña les hacía gracia verla en ese personaje imitando al adulto.

- No te preocupes, María irá en un momento. - Voy a avisarla. María - gritó su madre - ven, cariño, la señora Mariana necesita que le hagas un encargo. Ven, por favor.

- Hola, señora Mariana. - Apareció riendo, demostrando la alegría que le daba verla. Llevaba la cara sucia e iba toda despeinada.

- Hola, María. Necesito que te acerques un momento a la tienda de ultramarinos de San Bernardino y me traigas dos kilos de patatas. Toma estos tres reales y con el cambio te compras caramelos, sí te apetece.

- Gracias, ahora mismo voy, tengo que arreglarme, - se tocó el cabello, preocupada de repente por su aspecto. Ambas madres rieron.

*Paga la injuria con la justicia y la amabilidad con la amabilidad*

*Confucio*

*Madrid, 24 de mayo de 1924*

*12.00 horas 30 minutos*

*- Mama, vuelvo en seguida - le aseguró María a su madre.*

*- De acuerdo, no te entretengas - le recomendó la madre, sabiendo que Mariana necesitaba las patatas para cocinar la comida del mediodía.*

*- No. Voy a ir a buscar a Ángela y a Marujá para que me acompañen, nos repartiremos los caramelos.*

*- Recuerda que la maestra está esperando las patatas para hacer la comida.*

*- Ya lo sé... - se escuchó en un murmullo quejicoso.*

*- ¿Llevas el cesto y el dinero?*

*- Sí, ya lo he cogido, no te preocupes. Adiós.*

*Era bien cierto que María a sus diez años recién cumplidos, era una niña responsable y juiciosa, que nunca dio ningún quebradero de cabeza a sus padres. Ataviada con su viejo vestido azul de siempre y sus inseparables zapatillas blancas de las que pronto tendría que deshacerse,*



finalmente, había salido de casa sin cepillarse la larga cabellera, dejando que el poco aire que corría la terminase de despeinar. Sin más importancia por aquel despiste, se dirigió hasta casa de una de sus amigas. Ángela, era casi 3 años más joven que ella, durante el verano cumpliría los 8. Tenía la piel pálida y el cabello muy rubio, del color del maíz y unos ojos verdes que le otorgaban una carita extremadamente dulce pero sobre todo simpática. No debía ser de mucho comer, pues aquellos bracitos enclenques y aquellas largas piernecitas delgaduchas lo delataban. Hoy iba vestida con las mismas zapatillas blancas, las mismas que todos los críos llevaban. Se había colocado uno de sus dos vestiditos, el de algodón beige que heredó de alguna de sus hermanas, se notaba por lo gastado que estaba.

María la animó para que la acompañase, algo que no dudó en aceptar. Se encaminaron juntas dando graciosos saltitos, al tiempo que Ángela le advertía a su compañera que si no tenían cuidado podían perder las monedas de compra, pues le acababa de caer una. La niña mayor, responsable del encargo, apretó con fuerza el dinero en su pequeño puño, no permitiéndolo hacer creer a nadie que era una irresponsable en la que no se podía confiar. Con su otra mano, balanceaba el capazo de la compra de arriba a abajo, sincronizando el movimiento con la melodía infantil que ambas tarareaban y que les había enseñado hacía pocos días la maestra.

- Hola ¿nos puede acompañar Mariuja a hacer unas compras para la Señora Mariana? - Era la madre de la otra amiga del grupo que formaban, quien les abrió la puerta.

- Por supuesto, bueno, supongo, si ella quiere, no hay ningún problema. Pasar, id vosotras mismas a preguntárselo, está jugando en su habitación.

*Dentro de aquel hogar humilde donde vivían como podían la familia del val al completo, a duras penas entraba un rayo de luz. Todo era oscuro y de aspecto destantalado. Se hacía evidente el escaso poder adquisitivo que reinaba en la familia.*

*Pobres, pero honrados, - solía decir a menudo el Señor Tomás, padre de Maruja. Sobre todo cuando algún funcionario del Ayuntamiento o de alguna otra Institución irrumpía en su casa para el cobro de algún impuesto o factura.*

*Aquella situación no era demasiado extraña para ellas, en sus respectivas casas el panorama no era nada mejor. Para María, hija única, aún, pero para Ángela, la pequeña de cuatro hermanos con los que tenía que compartirlo todo, la situación era más grave si cabe. Vivían tres adultos y tres críos en dos habitaciones. El piso era propiedad de su abuelo Antonio, con el que compartían los escasos cincuenta metros, junto con el tío. Carmen, la otra hija de Antonio y madre de los niños era la encargada de acarrear con la numerosa familia. La mujer no era viuda, contrariamente, su marido era un incorregible vividor que acabó abandonándoles cuando la más pequeña contaba solamente con dos añitos. Un buen día huyó a París, inesperadamente. Nunca nadie tuvo noticias suyas: ¡por suerte para todos! - como decía Carmen cada vez que salía el tema delante de las vecinas.*

*Encontraron a Maruja jugando con una muñeca hecha de trapos viejos, muy graciosa, por cierto. Los ojos estaban formados por dos botones negros sacados de un pantalón inservible. La nariz era un garbanzo crudo y la boca, estaba cosida a cadeneta con un grueso hilo de lana en color rojo intenso. El cabello, también de lana, pero en color marrón oscuro, imitación de castaño, estaba recogido en dos colas atadas con un precioso lazo de tela estampada, la misma tela que la del vestido que Maruja le estaba a punto de sacar para cambiárselo por otro liso pero muy vistoso, hecho por ella misma de un retal que su madre le dio.*

- ¡Hola! – saludaron a coro.

- ¡Hola!- les devolvió el saludo, contenta de ver a sus dos amigas.

- Vamos a comprar a la tienda de ultramarinos. Tengo para unos caramelos. ¿Te vienes?

- Ah! sí, voy con vosotras. - En breves segundos le volvió a colocar el vestido a su muñeca y con ella en la mano, salieron en dirección al Paseo de San Bernardino, número 2.

Maruja, era la más pequeña de las tres, por pocos meses de diferencia con Ángela. Todo el que la conocía sentía por ella un aprecio especial, sobre todo debido a su carácter tierno y a su aspecto angelical. En común con su amiga, también tenía los ojos claros y lucía una larga cabellera rubia exageradamente rizada, de esas que estorban para peinar, aunque afortunadamente su madre tenía la precaución de recoger siempre en una coleta o trenza para evitar así los terribles enredos que hacían saltar las lágrimas a la pequeña de tanto en tanto. Para rematar el recogido le colocaba una bonita lazada a conjunto siempre que tenía esa oportunidad, con el vestido que llevase ese día. Bueno, o eso es lo que a ella le parecía, no había mucho para conjuntar. Hoy precisamente llevaba una vieja indumentaria relavada y recosida cientos de veces, que poco tenía que ver con el azul cielo brillante del lazo, ni con las botitas medio rotas que le había prestado su hermano poco mayor que ella.

volvieron a bajar a la calle de Hilarion Eslava cruzando a la otra acera con precaución.

- ¿Dónde vas María? – preguntó una de ellas.

- Por aquí, venid, seguidme - las animó. - Vigila Maruja, - advirtió, pues se estaba alejando un poco de ella, sí no se conocía bien aquel camino, era fácil perderse.

- Esperadme, - gritó, protestando por no poder correr al ritmo de sus amigas.

- Maruja, estamos aquí, a tu derecha - especificó Ángela.

- Corréis demasiado, podríais ir más despacio ¿no? - La pequeña, parecía que se empezaba a enfadar, el miedo a quedarse sola era algo que nunca pudo remediar, siempre obligaba a su madre a que la cogiera de la mano hasta que se quedaba profundamente dormida y a que le dejara una luz encendida por sí a media noche se despertaba y los monstruos de la oscuridad la asaltaban.

Por fin, María, se compadeció de ella y la esperó para darle la mano y que así dejara de gímotear.

- Perdona, no me daba cuenta de que te estabas asustando - se inclinó para darle un beso en la mejilla, Maruja le devolvió una sonrisa de agradecimiento.

Ángela se unió a ellas, cogiendo a su vez de la mano a Maruja y continuando el camino juntas, como amigas inseparables.

Lo dejó todo a punto a falta de echar las patatas. Acabaría de limpiar el baño que volvía a estar salpicado de agua después de haber bañado a Luis. Así podría desprenderse de la gastada bata de cuadros que usaba para estar por casa, se vestiría adecuadamente, como le gustaba estar, y mientras, esperaría a que María regresara del recado. Recordó, entonces que también le quedaba ropa por lavar de los niños.

Entre unas cosas y otras, le había dado tiempo de hacer todo lo que había previsto y la niña, todavía no había vuelto de la compra. Era muy extraño, en un cuarto de hora, habría tenido tiempo de sobras para ir y volver, a no ser que se hubiera entretenido con alguna amiga jugando.

Infinidad de veces les había advertido a sus alumnas que no fueran a jugar por lugares apartados y oscuros, ya que por ahí podían tropezar con chicos o señores desconocidos. Su visión moralista de la vida, la llevaba una y otra vez a transmitir prudencia en sus actos a todas las mujeres, con el apoyo de su amiga Mercedes. Tuvo suerte en conocer a la Srta. Morales, como todas la llamaban, una devota católica como ella, con idéntico sentir y pensar, con quien mantenía una excelente relación. Eran amigas de corazón. Estaba encantada de compartir con Mercedes sus experiencias, sus preocupaciones y su visión de la vida. Aunque Mercedes permanecía soltera y nunca tuvo intención de casarse, comprendía a la perfección a Mariana y sentía gratitud por su amistad y el apoyo que se daban mutuamente.

Había pasado ya más de media hora y María seguía sin aparecer. Pensó que quizás se hubiera despistado y hubiera ido a la placeta de más arriba de la calle, olvidándose de traer la compra. Esperaría unos minutos más y si no venía se acercaría a su casa a comprobar si su madre sabía algo de ella.

No quería alarmarse antes de tiempo, sin necesidad, estaba segura de que María, simplemente se había despistado, los niños a esa edad, suelen hacerlo. No había motivos para creer que hubiera ocurrido algún percance, aunque sí era sincera consigo misma, tenía un nudo en la boca del estómago.

Acababa de fregar el baño, cuando escuchó otra vez a los chiquillos que jugaban en la calle, esperando a que llegara la hora de comer, lo que la hizo reaccionar y darse cuenta de que ya comenzaba a ser preocupante que su alumna María no diera señales de vida. Cada vez estaba más preocupada. Decidió vestirse rápido, por si tenía que salir en busca de la niña. Salvador estaba a punto de llegar y las patatas no estarían cocidas.

En su armario había poca cosa que elegir, tres faldas, un par de blusas de verano y otro par de invierno y tres sencillos vestidos, bastante gastados, pero todavía aprovechables. Su bolsillo no estaba para más gastos, ahora era prioritario vestir a sus hijos. Se sacó la bata y se colocó una falda que le llegaba por debajo de la rodilla, lisa, con mucha caída, en un color gris claro, que la hacía mucho más estilizada. La blusa, estampada, con unos botones en el escote y cuello redondo, se la ajustó bajo la falda con un raído cinturón forrado de la misma tela. Era más bien bajita, pero muy delgada y estirada. Tenía que reconocer que cuando se arreglaba un poco, daba gozo verla. Justo, estaba calzándose, cuando escuchó el ruido de la puerta. Debía ser María, la había hecho sufrir de veras.

La sorpresa se la llevó cuando comprobó que era Salvador que venía a comer. Sin poder esconder el nerviosismo que se apoderó de ella, al creer de repente que podía haberle pasado algo a la niña.

- ¿Por qué estás tan nerviosa? - le preguntó acuciante.

- No lo sé seguro, pero le he pedido a María que fuera a buscar unas patatas para la comida, de eso hace ya casi una hora y todavía no ha vuelto. No me quedaré tranquila hasta saber que está bien, estoy muy preocupada. Tengo la sensación de que pueda haberte ocurrido algo, no sé, no me preguntes porqué, pero tengo esa mala sensación - confesó -. Espérame aquí, no tardaré, voy a ver si la localizo. Vigila a Luis, él tampoco ha comido aún. Dale un poco de pan, mientras tanto.

- De acuerdo, si María viniere, ya le diré que la buscas y que vaya enseguida para su casa.

- Ahora vuelvo - aseguró, saliendo de la casa como un torbellino.

Salvador, pensó que Mariana estaba exagerando, estaba claro que se habría despistado por algún motivo relacionado con el juego, pero la conocía muy bien, era una sufridora nata. Se aposentó en el cómodo sofá delante de la chimenea, limpia de cenizas y cogió la prensa de hacía un par de días para volver a releérsela.

Se hacía tarde, Mariana no volvía para ponerle la comida. Desde su asiento podía entrever un pedazo de la puerta de la entrada, a la que no cesaba de mirar con insistencia. No se abría, por más veces que mirara.

De repente, escuchó un fuerte ruido, Mariana entró desesperada, llorando desconsoladamente. Se lanzó a sus brazos y se abrazaron con fuerza. En ese momento supo que ella tenía razón.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está la niña? - habló exaltado.

Se miraron a los ojos, a Mariana le costaba articular palabra, finalmente balbuceó incrédula.

- Ha desaparecido.



En la fotografía, las tres niñas desaparecidas, María Ortega, María del val y Angelita Cuevas.

*Sí los ciudadanos practicasen entre sí la amistad, no tendrían necesidad de la justicia.*

*Aristóteles*

*Segur de Calafell, verano de 1986*

*La noche era tranquila, clara y plácida, solamente el suave movimiento del agua rompiendo sobre las rocas del espigón del puerto, acompañaba nuestra animada conversación.*

*Luis, mi marido, estaba agotado, era el único del grupo que se había quedado dormido, los demás hacía horas que dormían.*

*- Puede que nos vayamos nosotras también a dormir, ya son las tres de la madrugada - nos aconsejó Pilar, mi abuela -. Mañana podemos continuar si os parece, yo tengo un sueño terrible.*

*- Se levantó del asiento dispuesta a dejarnos a medias sin reparo alguno.*

*Laura y yo protestamos, no podía dejarnos plantadas en mitad de la historia, teníamos muchas preguntas que hacer. Nos intrigaba conocer el desenlace con todo detalle. Carmen, mi madre, no protestó, toda su infancia había escuchado hablar de las niñas desaparecidas, con la suerte de que a ella le había podido explicar en persona, la propia protagonista, Mariana, nuestra bisabuela. Aquella noche no fui capaz de dormir. Le daba vueltas a la cabeza una y otra vez, analizando el suceso vivido por mis antepasados.*



Mientras Pilar relataba con delicadeza los hechos, yo la observaba detenidamente, percibiendo lo mucho que la había marcado todo aquello. No era extraño, pues, que hablase de su madre con un deje de nostalgia, destacándola como alguien ejemplar, un tipo de personas muy especial, de aquellas que en nuestros tenebrosos días de envidias y competitividad, podemos encontrar muy pocas. Pilar se había convertido con el paso de los años, en una mujer fuerte, pero sobre todo firme en sus creencias, aún así, en su mirada quedaban restos de una inmensa admiración y ternura, cada vez que mencionaba a su madre. Muchas veces la he escuchado decir que nunca, desde que era muy pequeña había vuelto a llorar, que sus ojos se habían inmunizado, ahora estaban secos, vacíos de lágrimas. Quizás sea cierto que no ha derramado más lágrimas, o mejor dicho, que no haya exteriorizado sus verdaderos sentimientos. Lo que tengo claro es que en su interior esas lágrimas existen, y no me extraña nada que cuando evoca a sus padres y hermanos se humedezca por dentro sin conseguir reprimirse.

Confluían en el recuerdo diversos episodios dramáticos que junto con la historia de las niñas, se convertían en el resumen dantesco de lo que había sido su familia, una mancha difícil de quitarse de encima, grabada a fuego en su alma para no ser nunca olvidada. De hecho ese recuerdo permanece vivo en nosotros, debido a la repercusión que causaron a nivel social.

Hacia estas elucubraciones, cuando por un momento me sentí diferente, incluso importante. Se trataba de un suceso que de algún modo, aprovechando la parte positiva de la experiencia, nos ayudaba a todos a valorar, razonar y cuestionar nuestros impulsos antes de juzgar actos ajenos. Algo que debería hacerse extensible a todas las situaciones que diariamente nos conmueven, indignan o sublevan.

Soy de la opinión que en todas las familias, no existen excepciones, se producen situaciones injustas, algunas más crueles que otras, pero todas ellas al fin y al cabo dejan huella en los

protagonistas. La injusticia social, aquella que la sociedad emite a su libre albedrío, sin juicio ni defensa, es un hecho que ni yo ni nadie podemos eliminar de la faz de la tierra por mucho daño que nos provoque. Quizás ocurra esto por la falta de fe en la justicia legal, es decir, la que dicta las normas y leyes a seguir por los ciudadanos y que debe encargarse de juzgarnos a todos bajo idénticos parámetros, abanderando la inocencia hasta que no se demuestre la culpabilidad.

Pronto se levantaron todos para ir a la playa. No me quedaba más remedio que esperar a la noche para someter a mi abuela a un exhaustivo interrogatorio. Estaba ansiosa.

Pensé que sería mejor bajar también a la playa. Calafell es un pueblo precioso, tiene un encanto que no sabría definir. Su inacabable playa de arena fina y dorada, invita siempre a dar largos paseos. Soy una adicta a ellos, todos los días, ya sea de buena mañana o a veces incluso a última de la noche, camino con el objetivo de relajarme. Es algo que me fascina, me produce una atracción increíble, caminar mientras noto la humedad y la finura de la arena en mis pies desnudos, notar como tímidas olas saladas me salpican y refrescan, todo, al mismo tiempo que la luz del sol me recubre. Intento en esos momentos tan especiales aclarar mis dudas, es cuando mejor florecen mis ideas, cuando más claridad tengo para tomar decisiones. Quizás es por eso que me cuesta tanto ir a la playa, a otra cosa que no sea disfrutar a mi manera. Calafell es ideal para desintoxicarse de la ciudad y cargarse de energía renovada.

Preparé una libreta para tomar apuntes, creí tener una idea interesante. Se me ocurrió plasmar la vida de Mariana por escrito. He escuchado a mi abuela Pilar infinidad de veces comentar la ilusión que le causaría ver la historia de su familia impresa y, la verdad, al alcance de todos.



*Mi abuela, Pílar Gómez Escuder hija de Mariana Escuder*

*La justicia es el pan del pueblo, siempre está hambriento de ella.*

*François-René de Chateaubriand*

*Madrid, 24 de mayo de 1924*

*16.00 horas*

*La búsqueda de las niñas fue infructuosa. El despliegue policial por todo el barrio y alrededores no aportó pistas para la localización. Lo único que sabían, tal como les informó el dueño de la tienda de comestibles, era que las niñas, ni tan siquiera se habían acercado por allí a hacer la compra por la que habían salido de casa.*

*- Estoy segurísimo, conozco a las niñas y aquí no han estado en todo el día. Además lo puedo asegurar a ciencia cierta, las patatas se nos acabaron a media mañana, si era eso lo que venían a buscar, no se las podríamos haber servido. Ya le digo que no, que aquí no han estado, estamos seguros, - la mujer del tendero a su lado, asentía con la cabeza, coincidiendo con la rotunda aseveración que el marido daba a la policía.*

*En la calle de Hilarión Eslava, dos agentes de la policía del Distrito Universidad, intentaban restablecer el orden entre la gran cantidad de personas del vecindario que se aglomeraban sobre ellos haciendo sus propias suposiciones.*

*- Por favor, les ruego silencio, es importante. Caballeros, señoras, escúchenme - se produjo un relativo silencio -. Hago un llamamiento a los familiares de las niñas. Rogamos que se personen en la comisaría para formalizar la denuncia. El agente Andrade les acompañará y les dará soporte hasta ser atendidos por el señor juez. - El murmullo de los presentes se agudizó -. Silencio, por favor, no he acabado, les ruego que me escuchen - volvió a gritar solicitando atención, algo que parecía que iba a ser imposible de conseguir -. El Excelentísimo juez Don Felipe Fernández Fernández de Quirós, tomará declaración a todo aquel individuo que pueda aportar algún dato significativo. Quienes así lo crea, ruego que se unan al agente Andrade. Por favor, silencio, las personas que no hayan sido reclamadas y aquellas que no puedan facilitar datos para la investigación, les ruego que se retiren a sus viviendas. Los agentes que integramos el Cuerpo Policial nos encargaremos de la investigación. - Hizo un brusco gesto que denotó su irritación. Se vio obligado a recuperar su posición cuando alguien entre los presentes le reclamó -.*

*- Agente, sí me permite dar mi opinión general... - solicitó un vecino recién afincado en el barrio a quien pocos conocían.*

*- Por supuesto, diga usted - le animó.*

*- Yo también soy padre y no creo justo que ante una situación de este calibre, los vecinos debamos relegarnos en nuestras casas. Propongo organizar una cuadrilla de búsqueda formada por voluntarios y por supuesto a las órdenes de ustedes los policías.*

No le permitieron concluir, la mayoría de hombres, mujeres y niños que permanecían en la calle, comenzaron a animar la propuesta. Más de una veintena de hombres, entre adultos y jóvenes se ofrecieron voluntarios al agente Gutiérrez, que se desgañitaba para recuperar el orden.

- Está bien señores... De acuerdo, para ello debemos organizarnos. Por favor, en primer lugar, las personas que no vayan a participar en el equipo de soporte, es preferible que se marchen a sus casas y nos dejen trabajar - suplicó.

Parecía que sus peticiones por fin eran escuchadas. De repente se comenzó a observar un vacío producido por la mayoría de las mujeres y niños que abandonaban la calle para permitir a sus maridos, hermanos, incluso hijos, colaborar con la policía.

Con evidentes muestras de nerviosismo pero con enormes ganas de ayudar, se organizaron diversos grupos de cuatro personas que rápidamente partieron a indagar por las calles de la ciudad, embravecidos por las ansias de dar con los culpables.

Uno de los grupos se encaminó hacia una feria cercana que se había instalado hacía escasos días. Otro de los grupos marchó hacia un parque infantil, algo retirado del barrio, donde cabía la posibilidad que se hubieran dirigido. Dos grupos más se dividieron, pidiendo por las viviendas y tiendas a sus propietarios si alguno de ellos, había visto a las pequeñas durante aquella mañana, entre la salida de la escuela y la hora de la comida. Uno de los principales objetivos era saber qué hacían y por donde paseaban la última vez que alguien las vio con vida.

Un desconocido dibujante aficionado se ofreció a hacer el retrato de cada una de las niñas a partir de fotos que los padres le proporcionaron, adjuntando al dibujo una descripción detallada de la indumentaria que llevaban en aquel momento. Incluso se atrevieron a añadir sus gustos y preferencias alimenticias, así como costumbres, para que en caso de estar secuestradas, lo secuestradores tuvieran compasión y les ofrecieran lo mejor.

*Pasaron más de doce horas desde que se hubiera producido la desaparición. Cabizbajos, a punto del agotamiento, más moral que físico, cada uno de los voluntarios y policías que habían trabajado conjuntamente, regresaron a sus casa con la intención de descansar unas horas y proseguir al día siguiente, hasta ser capaces de conseguir una pista fiable que condujera a las niñas de regreso a casa.*

*- Este es un misterio inexplicable, - era el comentario que se atrevía a hacer uno de ellos con la más absoluta impotencia.*

*- Alguien tiene que haberlas secuestrado, es mi teoría, tres personas no pueden desaparecer de este modo, sin dejar rastro, - esta vez era el tío de Ángela, que se pronunciaba desesperado, sin fuerzas siquiera para derramar una lágrima por su sobrina.*

*- La policía tiene en marcha un dispositivo de investigación, debemos confiar en ellos. Tenemos que tener paciencia, - era su vecino quien le calmaba, fundiéndose en un sincero abrazo.*

*- ¿Quién puede ser capaz de hacer daño a tres criaturas inocentes...? ¿Quién puede ser el canalla? - gritó el tío sin poder evitar la indignación que sentía.*

*- Algún mal alma, - sentenció su vecino y amigo -. Nadie bueno, está claro.*

*En vistas de que no se podía hacer más que esperar, volvieron cada uno a sus casas, sin evitar poder seguir haciendo especulaciones de todo tipo.*

*En la caserna de la policía, aún quedaban algunos de los declarantes.*

*- Ayer un remolcador, descargaba tierras en un terreno cercano, ví a las niñas como permanecían paradas ante el camión, observando cómo trabajaban. Estoy seguro haber visto*

como el carretero, les propuso subir y se las llevó a dar una vuelta hasta el puente de Segovia, donde se bajaron y desde allí regresaron a pie dando un paseo.

Era ésta la declaración de un vecino entrado en años, que decía haber sido testigo de los hechos relatados. El juez tomaba declaración persona por persona, centrándose en aquellos indicios que parecía que pudiera conducirlos a seguir una pista fiable. Todas las declaraciones debían ser contrastadas con pulcritud, pues se encontraban en muchas ocasiones que cuando se producían sucesos de este calibre que afectaban duramente a nivel social, algunos desaprensivos, se presentaban con falsos testimonios, con el único fin de desviar la atención hacia otro punto. Después de varias experiencias de este tipo, debían ir con sumo cuidado a tomar por válida una declaración.

La mañana siguiente, se levantó ansiosa. Los ciudadanos, absortos por las pesquisas que se estaban llevando a cabo. A un lado y a otro de la calle, se podían ver grupos, unos más reducidos que otros, enzarzados en el tema. Algunos aprovechaban la ocasión para señalar al vecino por el que se densificaba la desconfianza, tachándolo de capaz de algo similar, sin barajar prueba alguna que avalara lo que estaban comentando vilmente. Acusaciones que provocaban miradas acechantes hacia la persona, que las recibía ajeno a su significado.

Este fue el caso de una vecina arpa donde las hubiera, que discutida con la iglesia por culpa de un antiguo párroco. Culpó al actual cura, acusándolo de actuaciones sospechosas con un joven indígena, que merodeaba por los alrededores del barrio con otros chicos de la misma edad de las desaparecidas.



También se involucró a un hombre de unos 40 años que regalaba caramelos a los chavales, en una compañía de titiriteros, muy cerca de la feria situada en la calle Princesa, propiedad de una tribu de gitanos húngaros, que acampaban por las inmediaciones de la prisión.

Sospechar por sospechar, otras personas que se mencionaron al señor juez, fueron la tiradora de cartas Josefa Ruiz, de sobrenombre La Peinadora, y un misterioso señor llamado Antonio, del que todos coincidían en decir que se trataba de un siniestro personaje.

Recluidos en su casa, sin palabras de consuelo para los familiares ni explicación posible, Salvador y Mariana, lloraron en soledad. Ella, de algún modo se sentía culpable por haber sido su encargo el detonante de aquella situación. Maldijo un millón de veces a las patatas, como si el encontrar un objetivo que culpabilizar le supusiera un alívio. A Salvador, ya no le quedaban palabras, sólo caricias y mucho afecto para paliar el dolor de su mujer.

A lo lejos, el vecindario se mantenía interesado en el estruendoso ruido de los motores, que las máquinas de los bomberos de la ciudad, estaban usando para hacer las oportunas prospecciones en la zona. La policía no descartaba ninguna hipótesis, por lo que estaban obligados a hacer todo tipo de comprobaciones. Se inspeccionó al milímetro el alcantarillado en varios kilómetros a la redonda. Se sondeó también el estanque del Palomar, situado a tan sólo unos pocos metros de la Moncloa. Por último se realizó también, un exhaustivo rastreo por los terrenos próximos a la calle de Hilarión Eslava y alrededores.

Al anochecer el ruido ensordecedor se apagó junto con las esperanzas de todos. No había rastro. Ni siquiera una sola pista. Nada.

Salvador se despertó temprano, casi no había podido conciliar el sueño, miró a los ojos a su mujer y sintió el profundo dolor que la invadía. La conocía muy bien, y aquello era tan trágico como si le hubiera ocurrido a uno de sus hijos. Salíó de casa, sin encontrar palabras de consuelo.

Al regresar, después de colaborar con el vecindario y de haber hablado con la gente que se agolpaba por los alrededores, arrastrados por un posible desenlace, se dejó caer en uno de los sillones, casi sin habla. Mariana descubrió su semblante desencajado. Lo sintió estupefacto. Le increpó con amabilidad para que hablara. Por un momento se temió lo peor.

- ¿Las han encontrado...? ¿Están vivas? ¿Qué sabes...? ¿Qué ocurre..? - su voz, llena de angustía, se quebró.

Salvador no sabía cómo encarar aquello. Era demasiado terrible para explicárselo claramente. La miró a los ojos y únicamente consiguió articular un "No ocurre nada, todo está igual, no hay rastro".

Era cierto. Seguía sin haber rastro de las niñas, pero aún siendo verdad, existía algo muy desagradable detrás de aquella sentencia. Habían comenzado a extenderse rumores según los cuales Mariana estaría detrás de la extraña desaparición. Acababa de escuchar acusaciones terribles sobre su mujer y la amiga de ésta, la Srta. Mercedes Morales.

Sintió un fuerte nudo en la garganta por haberse tragado esas palabras que nunca permitió que afluyeran.

Mariana, notó como sus ojos se tornaban cristalinos, lágrimas a punto de aflorar, eran estúpidamente retenidas. Se abrazaron y se entregaron a su pena juntos, cada uno con el sentimiento puesto en diferentes pensamientos. Los de Salvador estaban dirigidos a su mujer y los de ella a las niñas y a sus familiares, ajena a la preocupación de él.

*Sin más, Mariana, decidió salir a ver en qué podía ayudar. Salvador, no la pudo retener, no podía protegerla, no podía obligarla a quedarse en casa de brazos cruzados, ella nunca lo hubiera consentido, aún sabiendo que podría ser increpada. Lo único que hizo fue acompañarla.*

*La policía del distrito lo había citado a declarar junto con algunos vecinos más que podían hacer alguna aportación al caso. Finalmente, sólo declaró él, debido a que el señor juez había tenido una extensa reunión con uno de los jefes de la Guardia Civil. Salvador, quedó asombrado por la dirección del interrogatorio, pues estaba orientado a precisar la supuesta culpabilidad de la señorita Morales, la amiga íntima de su mujer.*

*En conversaciones con otros vecinos declarantes, se enteró de que unos días antes del suceso, un volquetero había conducido a las tres niñas hasta el puente de Segovia, donde las apeó. La hermana de María del Val, Antonia, acompañó a la policía, para mostrar el lugar donde el señor las dejó, en el recorrido con el carro. Aún estando muy segura de su declaración, cuando le fueron presentados diferentes volqueteros de la zona, no fue capaz de reconocer a ninguno de ellos.*

*Desprendiéndose de estas pesquisas policiales, se abre el rumbo de que esa misma noche del día 28, se ha realizado la primera detención. Circula por el barrio que se ha dado con el volquetero, que encerraba su carro en la calle de Fernando el Católico.*

*La mañana del 29, amanece con un fuerte dispositivo policial alrededor de las viviendas de los familiares de las víctimas. La policía está dispuesta a protegerlas de los desaprensivos, capaces de cometer extorsión, sobornos y amenazas.*

*Ese día circula el comentario por el vecindario de que una desaprensiva, de sobrenombre La Cascorra, se dedicaba a engañar a menores para enviarlas fuera de Madrid. Utilizaba a su propia hija de 11 años de cebo, a la que detuvieron en la estación de Alcalá de Henares, junto con Carmen de 12, Aurora de 14 y Ángela de 16. Ángela, vecina con puerta de La Cascorra, declaró*

que la había convencido para que embaucase a las otras niñas y las llevase a Barcelona, reconociendo que la niña de 11 formaba parte del engaño.

Una de las mañanas siguientes, agotada por las noches sin dormir, sumida en profundos pensamientos, alguien llamó suavemente a la puerta. Un niño despeinado y algo cabizbajo, sin acertar a mirarle a los ojos, le dijo que acudiera ella con su marido al Bar Argüelles, donde alguien les esperaba. Dicho lo cual, giró sobre sus talones y echándose a correr, desapareció calle arriba.

Atónita y algo temerosa, comentó a Salvador lo ocurrido. La curiosidad fue más fuerte. El día de pleno verano, era tan caluroso que casi ahogaba. A los pocos minutos del aviso, entraron en el bar. En un rincón, sentados al fondo, pudieron ver a una pareja de novios, entrelazados de manos, riendo. En la barra, un joven con aspecto intelectual, tomando un café y en una mesa a mano izquierda, solitaria, una robusta mujer entrada en carnes, de facciones finas y mirada penetrante. La reconocieron al instante. Se trataba de Gertrudis Martínez, conocida con el sobrenombre de La Tula. Según se decía, se dedicaba a artes ocultas de adivinación. Mariana dio un respingo, no esperaba encontrarse a esa mujer de la cual se decía que antaño había sido acusada de tráfico de niños. Salvador con aspecto dejado, encogido y sin afeitarse, saludo sin entusiasmo a la extraña interlocutora. Mariana hizo lo mismo por pura educación, pues si por ella hubiera sido, tal y como entraron por la puerta, hubiera marchado. No entendía que tenía esa mujer que decirles.

Compartieron mesa y sin más preámbulos, Mariana inquirió a La Tula para que hablase:

- Usted dirá señora lo que quiere de mí - responde la maestra.
- Después de algunos circunloquios, la Tula se decide a abordar el tema de lleno.

- Yo sigo desconfiando de "Don Antonio" - viene a decir -. Su presencia en la calle de Hilarión Eslava no me la puedo explicar razonablemente; pero, es más, como yo no he abandonado un momento este asunto y estoy decidida a continuar hasta el fin, porque cuento con la aquiescencia hasta de los mismos jefes de la Policía - y habla de una personalidad, sin citar nombres -, todas las noches rondo por estas calles de los alrededores del barrio para ver si descubro algún indicio que me permita coger el cabo de una pista; y ¿qué cree usted que he visto? Pues al mismo "Don Antonio" que estaba una de las noches pasadas en la calle de Rodríguez San Pedro.
- La maestra escuchaba atentamente y de cuando en cuando comentaba las manifestaciones de La Tula, denotando su desconocimiento sobre el asunto.
- Pero ¿está usted segura de que era él?
- Segura. Le ví de lejos; pero, aunque había muy poca luz, me pareció él. Juraría que era él. Sí, lo juro; no tengo inconveniente en jurarlo; lo juro por mi madre, mi padre, lo juro por toda mi familia... - se extiende en una serie de pintorescos juramentos, como persona que necesita dar máximas garantías para que sus manifestaciones sean tenidas por ciertas-
- Hasta tal punto - prosigue dudo yo de "Don Antonio", que habían de demostrar que este señor no tenía relación con el caso y yo seguiré dudando... ¿usted no le conoce...? - miró expectante a la maestra.
- Nosotros, no, señora - contestaron casi al unísono marido y mujer.
- Pues yo les traeré a ustedes un retrato suyo. Yo quería saber si ustedes han tenido en cualquier momento alguna relación con el citado señor.
- Haciendo grandes aspavientos en señal de protesta, Mariana grita:
- Jamás, señora, jamás!

La Tula, queda pensativa por breves instantes, para continuar con la extraña conversación:

- Pues bien, es menester desentrañar este misterio y yo he de dar con el paradero de las niñas. ¿No saben ustedes de la existencia de alguna persona que se relacione con las madres de las niñas...? ¿No existe ninguna mujer que por su mala situación hubiera podido intervenir en el asunto...?

La maestra, perpleja por el interrogatorio de aquella ajena vecina, recapacita, antes de encontrar las palabras justa para expresarle a La Tula su falta de información sobre el misterio de la desaparición. Tanto es así, que quiere dejar claro a la señora hasta donde estriba su implicación, como ya ha quedado demostrada judicialmente. Tomando aliento, con los ojos agotados, pero como es habitual en ella, con la sonrisa puesta, vuelve a relatar por enésima vez, la secuencia, desde que manda a María Ortega a comprar patatas y comienza a sospechar que algo ocurre, al no regresar a tiempo para la comida.

Dando por concluida la conversación, Salvador, insta para que se levanten y marchen del local de una vez. Aquella mujer no es de su agrado.

Mariana, da un suspiro y se levanta con señales de agotamiento de la silla, entonces La Tula se gira hacia ellos y grita:

- Y ya saben ustedes, no falten, les espero el próximo martes a las seis de la tarde en la calle de San Bernardo. Si yo no doy con las niñas, dejaría La Tula de ser quien es... - la propuesta era, mostrarles una imagen de ese tal "Don Antonio".

Al salir el matrimonio del bar, la vidente se percata del movimiento que el joven de la barra ha hecho, como ocultando algo bajo el brazo. Sin más, se pronuncia como es su costumbre:

- ¿Qué escondes ahí...? te he visto. Algo llevas bajo el brazo que ocultas - increpó sin miedo a la acusación que estaba haciendo.
- A usted no le importa. Es mi trabajo. Sólo decirle que la conversación que acaba de mantener con la maestra y su esposo, está escrita. Mañana será publicada en el diario al

que represento. Soy periodista. Pasaba por aquí, decidí tomarme un café, y sorpresa... - sonrió con socarronería.

- Estoy harta, de la policía y de los periodistas. Se enteran de todo. Un día le voy a dar a uno un disgusto. ¡No publique usted, que me ha visto aquí con la maestra!, se lo suplico.
- ¡Y qué lograría con eso...? No es mucho más interesante que se sepa que La Tula, que nada tiene que ver con este asunto, abandona a los suyos para ocuparse horas y horas en enterarse de detalles relativos a la desaparición de las niñas? ¿Por qué acusa tan insistentemente a una persona determinada? ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Obedece simplemente su detectivismo al cebo de las 3.000 pesetas?

Sospechas y más sospechas, sospechosos e inquisidores. Así un día y otro, sin más datos a los que recurrir. La policía continuaba recogiendo información de los declarantes. Aceptando cada uno de los pequeños indicios que los ciudadanos aportaban, muchos sin ningún tipo de credibilidad, otros mucho más posibles, conducían a las autoridades competentes a abrir nuevas vías de investigación.

Fue llamada a declarar la madre de la niña María Ortega, la señora María Guirao, quien expuso todo lo ocurrido la mañana de la desaparición. Fue destacable, el hecho de que la señora Guirao se extendiera largamente en su entrevista con el señor juez, debido a que su esposo Enrique Ortega, se encontraba encarcelado en la prisión Modelo a consecuencia de una denuncia presentada por una vecina llamada María Alcalde, quien acusó a éste de haber atentado contra el pudor de su nieta Pilar Vicente de tan sólo 11 años. Motivo por el cual las dos vecinas se enemistaron y acabaron viéndose las caras en un juicio de faltas el pasado día 12 de mayo, por ofensas de palabra. Aún así, y después de todo lo ocurrido entre ellas, la señora Guirao, confirmó que no tenía ninguna sospecha de su enemistada vecina. De todos modos, la policía llamó a declarar a

la señora Alcalde, momento en el que quedó probado, todo lo justificado por la declarante, viéndose liberada del penoso asunto.

Durante la tarde, fueron llamados por el Sr. Juez Fernández Quirós, la maestra, el Sr. Antonio González y el Sr. Tomás del val.

Mariana, se limitó a responder de forma contundente y concisa todas las preguntas que se le realizaron. No había olvidado ninguno de los instantes vívidos aquella mañana, tal y como se los relataba al juez, pensó que quedarían en su memoria in eternum. No pudo ocultar su pesar. Marchó profundamente afectada, al volverse a sentir parte del destino de aquella a las que tanto quería. Salvador, que esperaba fuera del edificio de la Dirección de Seguridad del Estado, sujetó a su mujer por el brazo y en silencio, regresaron a su domicilio.

Pasados unas horas, cuando los declarantes citados hubieron marchado, el Sr. Juez decidió acudir en persona a la tienda de ultramarinos próxima a la plaza de la Moncloa. Habló con los tenderos, quienes confirmaron de nuevo su declaración y de allí partió a la cárcel Modelo, en concreto a la celda 636, donde tomó declaración a Enrique Ortega.

Por la noche, estaba en boca de todo el vecindario una nueva sospecha aparecida en el diario ABC, donde se informaba de la lectura de una carta anónima recibida en el despacho del Sr. Juez, donde un declarante anónimo, que se negaba a identificarse, amparándose en su derecho de reserva absoluta, declaraba que en la mañana del sábado 24, vio pasar, cuando se hallaba frente a la cárcel Modelo, un automóvil ocupado por un caballero, dos señoras y tres niñas de las edades de las desaparecidas. Según su testimonio, las niñas iban cohibidas y a punto de romper a llorar, y el caballero y las señoras trataban de animarlas.

A la mañana siguiente y debido a consecutivas coincidencias, se acababa de abrir una que parecía la más fiable. La nueva sospecha policial, fue cogiendo forma conforme pasaban las horas de aquel primero de junio. No fue de extrañar que se extendieran comentarios entre los



vecinos que se continuaban haciendo por los alrededores, haciendo conjeturas y estúpidas suposiciones. Tanto es así, que el rumor adquirió tanta fuerza que la mayoría se dejó arrastrar por las emociones de venganza. Aquella mañana numerosos padres acudieron a la escuela del barrio a sacar a sus hijos del mismo colegio al que acudían los hijos de la mayor sospechosa. Ventanas y balcones se cerraron a su paso, pequeños comercios, le negaron la entrada. Increpaciones varias, insultos aislados, voces acusadores que poco a poco fueron cogiendo fuerza conforme avanzaba el día.

Regresaba Mariana por la calle de Hilarión Eslava, de vuelta a su casa, después de haber sido llamada a declarar de nuevo y de haber corroborado todo lo dicho. Salvador, estaba en casa inquieto esperándola, la llamada de la policía le había cogido por sorpresa, impidiéndole acompañar a su esposa. Se quedó angustiado con los niños.

Su miedo se acrecentó, algo ocurría fuera. De repente, se escucharon fuertes gritos encolerizados. Más de quince, veinte personas, en su mayoría mujeres y jóvenes, advirtiendo la presencia de la maestra, se dirigieron en manada hacia ella, rodeándola.

Mariana, supo que no tenía nada que hacer en su defensa. El grupo era una jauría, con deseos fervientes de liberar toda la rabia que les había producido el suceso. Atinó unos segundos antes de que se abalanzaran sobre ella, a dirigirse a Dios. Cerró los ojos. No opuso resistencia. Se entregó a la humillación, incluso creyó que la merecía. Cuando le arrancaron un trozo de blusa, gritó más por la vergüenza de la desnudez que por el arañazo que acompañó el estirón.

Salvador, desde la ventana, descubrió que era Mariana el objetivo de aquel cruel apaleamiento. Salió corriendo, apartando a la gente, ayudado por algunos vecinos incrédulos que conocían muy bien al matrimonio. Gritó la inocencia de su mujer, mientras conseguía acercarse a ella. La recogió del suelo, medio desnuda, empapada en lágrimas, vapuleada, humillada...

No podía entender como aquella gente, los mismos a los que su mujer entregó toda su ayuda, se habían vuelto contra ella sin escrúpulos, ni siquiera presunción de inocencia.

Entraron en casa, mientras escuchaba como le advertían que en breve la policía acudiría a detenerla. No daba crédito. No entendía que designios habían provocado semejante confusión. En qué mente cabía que Mariana fuera capaz de algo tan propio de criminales.

Mientras curaba sus heridas corporales, supo que ella continuaba preocupada por el destino de las niñas y por sus hijos. El suyo, estaba en manos de Dios, no en manos de los hombres. Poco le importaba lo que hicieran con ella. Le pidió entre susurros a Salvador que ocurriera lo que ocurriese, protegiera a sus hijos de aquella gente. Si era necesario sacarlos del barrio, que lo hiciese. Le sugirió que acudiera al párroco, quien buscaría refugio para el pequeño Salvador y Luís.

La Guardia Civil, ajenos a las batallas vecinales, continuaba trabajando activamente, dando numerosas batidas y practicando registros en muchos sitios de los alrededores de Madrid, albergues de gente maleante, tribus de gitanos y casa de dormir de barrios externos.

En la Dirección de Seguridad se seguían recibiendo avisos, anónimos y confidencias que la policía aprovechaba para sus gestiones, aunque ninguno de ellos hasta el momento, había dado sus frutos.

Los familiares del falsamente acusado señor Matías Escribano Ortega, acudieron a recogerlo, con muestras de gran angustia, en cuanto fue liberado aquella tarde del día 30, habiendo sido arrestado durante horas, cuando el peso de la sospecha cayó sobre su persona, sin pruebas acusatorias concluyentes, tal y como declaró a los periodistas aquella tarde el Sr. Juez, después de la minuciosa investigación llevada a cabo por sus hombres de confianza.

Con motivo de diversos avisos y comentarios por parte de fervorosos entrometidos, llegaron voces a la Dirección de Seguridad de que las tres niñas habían sido vistas sobre las cinco de la tarde del sábado 24, en un carrusel instalado en la plaza de la Moncloa, con el nombre de Voladores Venecia. Llamado a declarar, el encargado Sr. Nicolás Vallejo, expresó la posibilidad de que pudieran ser las desaparecidas, las niñas que él vio al pie del aparato. Las señas que facilitó en cuanto al aspecto físico, edad e indumentaria eran coincidentes. Incluso detalló que una de ellas llevaba un capacho y que quedó fuera de los voladores, mientras sus dos compañeras subían a ellos. Destacó algo que le llamó la atención, una de las niñas al bajar, se mostró terriblemente inquieta cuando advirtió que había perdido un pendiente de oro. En el momento en el que la niña estaba llamando la atención con su disgusto, se acercó un hombre que se entretuvo unos instantes hablando con ellas, para después llevárselas del lugar.

Al tiempo que en las dependencias se recibía esta información, otro equipo policial, se disponía a practicar un escrupuloso sondeo en el estanque del Palomar próximo a la Moncloa.

Desde el brutal encarnizamiento de los vecinos contra Mariana, ningún miembro de la familia osó salir de casa, ni tampoco permitieron la entrada de nadie. En la unión familiar, permaneció el único amparo constatable después de las absurdas acusaciones vertidas sobre la madre.

En la víspera del primero de junio, cuando parecía que en el exterior los ánimos se habían calmado, se escuchó de repente a la jauría acercarse a la vivienda. Salvador se vio obligado a proteger a su familia. Escondió a sus hijos en la habitación y les dio estrictas órdenes de no salir de allí bajo ningún concepto. Salvador, el hijo mayor se hizo responsable de su hermano y le garantizó a su padre que nada iba a ocurrírles, que él fuera en auxilio de su madre.

*El párroco, días antes prometió hospitalidad a los pequeños, en caso de que algo grave ocurriera. Cuando regresó al comedor, encontró a Mariana, en pie, sus piernas flaqueaban, pero su mirada estaba puesta en la puerta de entrada, con un único objetivo, dar la cara.*

*En ningún momento pasó por su cabeza esconderse, ni huir, ni enfermarse con idea de hacerse la víctima. No tenía nada, absolutamente nada que ocultar. Estaba dispuesta a dar cara a la justicia, si llegaba el caso.*

*Y así fue.*

*Se escuchó golpear la puerta. Abrió. Era la policía.*

*Perdonando demasiado al que yerra se comete injusticia con el que no yerra.*

*Baltasar de Castiglione*

*Madrid, Junio de 1924*

*22.00 horas del día 2*

*Mariana, no osaba protestar y mucho menos pedir a la celadora una triste toalla indispensable para su aseo diario, supuso que más adelante se la darían. Necesitaba urgentemente darse una ducha, aunque pensó que quizás sería preferible no decir nada y esperar a que fueran ellas las que se lo ordenasen. Debería aprender el funcionamiento del centro a marchas forzadas, se daba cuenta de que allí cada una se espabilaba como mejor sabía. No existía el concepto de compañerismo ni nada similar.*

*Mientras dejaba pasar las interminables horas entre aquellas cuatro paredes, volcada en sus plegarias repetitivas, estaba más segura de que sus sospechas eran acertadas, no encontrarían nunca a las niñas. Nunca. Parecía como si se las hubiera tragado la tierra. Se pudriría en la cárcel injustamente, con tan sólo treinta y siete años, sin poder siquiera demostrar su inocencia.*

*¡Qué tragedia! ¡Cómo ha podido ocurrir esto? – la torturaban sus pensamientos y emociones –.*

Tienen que aparecer..., alguien las debe haber secuestrado. Las han podido sacar del país. En algún lugar tienen que estar. ¿Y si nunca las devuelven? ¿Cómo las autoridades van a saber a donde las han llevado...?

Díos, dame entendimiento para sobrellevar esto. Nunca he hecho daño alguno a nadie, no soy capaz... ¿qué está ocurriendo...? - El desconsuelo se apoderaba de ella cada minuto que pasaba.

Se arrodilló junto al camastro y oró, con la intensidad que surgía de su dolor y también de un resquicio de fe que aún perduraba.

Acabó sus plegarias y se tumbó. Aquel catre duro y chorreante de olores diversos, muy parecido al que encontró en su casa el primer día que la visitó y donde no consintió dormir ni una sola noche, podría parecer que lo habían guardado todos aquellos años, para después colocarlo en su celda y obligarla a usarlo tal y como no hizo en su momento. Esta vez no le quedaba más remedio que obligar a su cuerpo a someterse a las posibles consecuencias derivadas del contacto de su piel con la infinidad de diminutas bacterias que con toda seguridad se encontraban bajo la sábana que lo cubría. Debía reconocerse como una mujer alto escrupulosa para la suciedad y los olores. Esta vez no estaba embarazada, ni había posibilidades de estarlo.

Deseaba quedarse dormida unas horas y olvidarse de todo durante ese tiempo... Así, seguramente, sería capaz de ver las cosas con más claridad, desde otra perspectiva. Ahora su cabeza, sus pensamientos y sus expectativas derivaban únicamente en lo catastrófico de las circunstancias. ¿Qué sería de sus hijos? ¿Cómo estarían? ¿Y su marido? ¿Cómo se las apañaría con su problema de hígado? Salvador, no estaba en un estado óptimo de salud como para soportar con animosidad aquel calvario que se le había venido encima ¿Y si no lo conseguía? ¿Y si se venía abajo sin que ella pudiera estar a su lado para respaldarlo?

Se convenció de que Díos le abriría los ojos, su cuerpo se tornaría fuerte y valeroso para soportar aquella carga, la dura prueba que le estaba tocando vivir. Dio las gracias por ello.

*Por fin, acostada y enajenada en sus obsesivos pensamientos, hurgó, segundo tras segundo con el fin de encontrar alguna explicación a todo lo que le estaba ocurriendo. Pensó en la posibilidad de que aquello se tratara de un castigo. Pero, ¿por qué?. Lloró, esta vez por las criaturas y por sus respectivas familias. Sintió la angustia de sus madres, la misma que a ella le invadía por no saber de sus hijos. Sintió el miedo entrar libremente en su corazón y allí sucumbir al temor del dolor y la muerte. Por primera vez en su vida, quiso morir. Pidió perdón al Señor por aquellos pensamientos tan alejados de sus creencias y su fe católica. Siempre supo que no estaba sola, que Él la acunó en la soledad de su niñez, la apoyó y le dio valor en todas las decisiones que tomó en su vida y que ahora cuando más le necesitaba, no iba a abandonarla. Respiró profundamente, recuperando el recuerdo de la paz interior y así consiguió alejar esos pensamientos destructivos, para poco a poco recuperar la esperanza.*

*Le asaltó de repente, el recuerdo de su buena amiga Mercedes Morales. Al entrar en prisión, creyó escuchar a una celadora nombrarla. Quiso creer que no era ella, sino alguien con su mismo nombre. La sintió cercana y rememoró momentos de oración y compañía. La consideraba una excelente persona, con un corazón sobresaliente que la llevaba a entregarse al servicio de los más necesitados. Mercedes, estaba soltera, nunca tuvo intenciones de contraer matrimonio, siempre decía que crear una familia la limitaba, en cambio, su soltería le permitía sentir que todos, la sociedad al completo, eran su gran familia. Se trataba de una mujer diferente para la época, con ideas claras y contundentes, que actuaba como sentía y a un tiempo respetaba a quienes opinaban tan diferente a ella. Una mujer implacable. La añoró una vez más. Pidió por ella y por su tranquilidad. No podría soportar que su amiga, por el simple hecho de serlo, se viera involucrada en problemas judiciales.*

*El hedor era tan insoportable que le impedía conciliar el sueño, intentó relajarse, imaginando que se encontraba en el campo, sobre la tierra dura y que aquel no era otro que aroma de flores.*

*Poco a poco, su imaginación comenzó a hacer efecto.*

*Su mente, se elevó y en esa sublimación permaneció impávida, sintiendo como descansaba en un prado, precioso, con un tupido manto verde que cubría la totalidad del valle, pequeñas florecillas silvestres crecían sobre la superficie, emanando un fuerte y penetrante aroma indefinible, grato a los sentidos. Cogió aire fresco, respiró hondo, hinchó sus pulmones y se dejó arrastrar por el sonido de los cantos de unos pájaros que revoloteaban sobre su cabeza. Los escuchó atentamente, sintió su música tan cercana que casi podía tocarla. Algo parecía que se la llevaba de su hogar, un fuerte sentimiento, oponía resistencia.*

*Seguidamente, no fue capaz de recordar nada más. Su rostro humedecido, envejecido por el llanto, se apagó.*

*El único tirano al que acepto en este mundo, es la queda vocecita que se oye dentro de mí.*

*Mahatma Gandhi*



*Madrid, 3 de junio de 1924*

*Despertó de un vago sueño, sensible a los acontecimientos del día anterior. Sin fuerzas para levantarse, para pensar, para entender. Se creyó indigno. Se mancilló el nombre. Se ungió de ira. Se mostró ausente. Un caos en su interior, se apoderó del pobre hombre. Su mujer en la cárcel. Aquello clamaba cualquier entendimiento. Una mujer noble, serena, inteligente, pero sobre todo entregada a la causa y su única causa era dar amor, servir a quien lo necesitara, estar al lado de quien lo requiriese. ¿De qué sirvió tanta entrega...? ¿Cómo ha podido ser...?*

*La voz del pequeño de la casa, lo hizo reverdecer. Por mucho que quisiera proteger a sus hijos del dolor, era imposible. Su rostro lo decía todo. Fueron ellos los que le dieron la motivación y la voluntad para levantarse y buscar un punto de cohesión en su interior, que le permitiera, ya fuera por unos minutos ver las cosas con la claridad suficiente como para tomar decisiones acertadas.*

*Recordó las palabras de Mariana. La iglesia podría ayudarle. Sin más se vistió, exigió a los niños que hicieran lo propio y salieron temprano de casa, antes de que la vergüenza se apoderara de él, tras la mirada acusadora de los vecinos sin escrúpulos.*

*Regresó a casa de noche, dando tumbos, aligerado por tener a los niños a buen recaudo, agradecido, pero la pena seguía enquistada en lo más profundo de su corazón. Un transeúnte apiadado, intentó darle ánimos. Le extendió el periódico del día y le recomendó que lo leyera, para tranquilizarse. Hay muchos más sospechosos - le dijo. Todavía no des el caso por perdido - y marchó.*

Cerró tras de sí, con el objetivo puesto en arrellanarse sutilmente en el sofá. No podía con su alma. Dejó el periódico sobre la mesita e hizo aquello que el cuerpo le mandaba. Pareció dormirse, entre sacudidas de miedo y rabia. Sucumbió, de forma frágil, pero sucumbió al cansancio.

Al filtrarse los primeros rayos del verano, por el ventanal principal, regresó a la triste realidad. El peso de las emociones, no le dejaban respirar. Sintió el dolor instalado en todo su cuerpo. Perpetuando la depresión interior en la que se había sumergido. Sin fuerzas, al ver el diario que un desconocido le regalase, se decidió a cogerlo y echarle un vistazo.

En la página 17 del ABC, un titular decía: **LAS NIÑAS DESAPARECIDAS. LAS CUATRO PISTAS DE LA POLICÍA Y DEL JUZGADO DE INSTRUCCIÓN.** En letra más pequeña, continuaba: *La pista de El Escorial, Don Antonio, el personaje desconocido y la compañía de circo ambulante.*

Aquel titular llamó su atención, con un poco de suerte, saldría a la luz la verdad y Mariana sería liberada de todo cargo.

Leyó:

La desaparición de las niñas de la barriada conocida por Caño Gordo, situada detrás del Instituto Rubio, continúa siendo el tema de las conversaciones, porque el suceso reviste un carácter folletinesco. A cada hora que transcurre, aumenta la desorientación, y Policía y Juzgado saltan en sus trabajos, de una a otra parte, abandonando investigaciones que poco antes parecían conducir al descubrimiento del paradero de las niñas.

A causa de los extremos a cuya comprobación han acudido las autoridades encargadas de estos trabajos, reina alguna confusión. Creemos oportuno y conveniente, indicar en el día de hoy, cuando han transcurrido ya diez días desde que las pequeñas desaparecieron sin dejar rastro, las pistas principales que siguen la Policía y el Juzgado, o aquellas que han preocupado grandemente los pasados días y cuyos indicios no han sido aclarados.

#### **El Sacerdote**

Sigue sin aparecer el sacerdote que fue visto por varias niñas en la barriada. Se trata de una persona de alta estatura, joven, moreno, con granos en el rostro. No existen otros indicios sobre este personaje. La Policía obtuvo en los primeros días algunos datos sobre él, y finalmente, parece abandonada la pista.

### **La pista de El Escorial**

Sobre la aparición de las tres niñas en la taberna del Petit, de la calle del Rey, de El Escorial, nada ha logrado comprobarse. El capitán de la Guardia Civil, jefe de la línea, ha expuesto su opinión de que se trata de una pista falsa; mas es evidente que no existe dato alguno que desvirtúe las manifestaciones de las tres personas cuya atención se fijó en el joven moreno y sus tres infantiles acompañantes. No hay grandes motivos para suponer que las tres niñas de El Escorial sean las mismas tres niñas de la calle Hilarión Eslava, pero tampoco existe uno solo que aconseje el abandono total de la pista.

El hecho extraño de la desaparición de los cuatro, a poco de ser vistos en la taberna de la calle del Rey, ha impedido una comprobación, que hubiera sido muy interesante.

### **D. Antonio, el personaje desconocido**

Desde hace días circula una versión que también ha recogido la Policía.

Cuando ésta inició sus investigaciones para aclarar este suceso, dirigió sus trabajos a vigilar a aquellas personas de conducta dudosa, que por sus antecedentes fueran capaces de realizar comercios vergonzosos. Una de ellas fue una mujer llamada Gertrudis Martínez, que tiene su domicilio en la Travesía de las Pozas, número 4. Esta mujer está procesada por delito de corrupción de menores, y la Policía dirigió sus trabajos a averiguar si había tenido alguna relación con el caso objeto de las investigaciones.

Ya fuera porque dicha mujer, que es conocida por la Tula, deseara congraciarse con los que la sometieron a estrechos interrogatorios, ya fuera porque lo juzgara caso de justicia o de conciencia, se mostró muy resuelta, desde el primer momento, a prestar su ayuda a la acción de la justicia. Ella nada tenía que ver con la desaparición de las tres niñas, pero conocía a una persona – dijo – que tal vez fuera la que había intervenido en el asunto. Se trataba de un elegante caballero, que en diversas ocasiones había dado motivo con sus conversaciones a un bien justificado recelo por su parte.

Así las cosas, la Policía y el Juzgado debieron, según nuestra creencia, tratar de arrancar por hábiles procedimientos, una declaración a la Tula que condujera al descubrimiento de este nuevo personaje.

- No sé quién es; no sé donde vive – declaró, ella –, pero yo pondré de mi parte todo lo posible, para que la policía proceda a su detención.
- Y en efecto, se ha comprobado que la Tula, en más de una ocasión, se ha molestado estos días pasados en acudir a un sitio y a otro, procurándose informes relativos al famoso D. Antonio.

- ¿Cómo fue conocido este nombre? Se asegura que la Tula y él se encontraron en la misma calle de Hilarión Eslava a raíz de la desaparición de las tres niñas, cuando aún la Policía no había acudido en busca de los informes de dicha mujer. Ésta según dicen tres o cuatro vecinas de la barriada que presenciaron el encuentro, se llevó, sorprendida, las manos al rostro y exclamó:
- ¡Don Antonio!
- Poco después hablaba claramente de este personaje pero ya negó que hubiera pronunciado este nombre.
- No sé cómo se llama ni donde vive - dice constantemente -, pero le encontraré.

No obstante, hay quien afirma que hasta se tutean.

¿Qué tipo tiene D. Antonio? Las vecinas de la barriada que le vieron dicen que es un caballero alto, proporcionado y muy elegante. Un suboficial del Ejército, que vive en aquellos alrededores, también ha creído ver a este personaje, y habla de él diciendo que es alto de buenas carnes y muy bien vestido. El encuentro con dicho suboficial fue uno de los pasados días, en una segunda aparición por la barriada. Se acercó a él, y deteniéndose a contemplar aquellos cerros del arrabal madrileño, poco dignos, en verdad de admiración, exclamó:

- ¡Es hermoso este paisaje! ¿No es cierto?

El suboficial le contestó distraídamente y se alejó sin entablar conversación.

Cuando después oyó hablar de la intervención del elegante caballero en este asunto, advirtió, por las señas que le dieron, que se trataba de la misma persona.

La Tula dice del caballero en cuestión que tiene "muchos billetes", que es el autor de la desaparición de las niñas.

A juicio de esta mujer, el asunto es una corrupción de menores, a la que quizás no sea ajena persona muy allegada a las criaturas.

Una vez desaparecidas éstas, quien las tenga en su poder, alarmado por la excesiva importancia que el hecho ha adquirido, las sigue ocultando, temeroso de la sanción.

La Tula afirma que conoce a muchas personas de la barriada de Caño Gordo, entre ellas a la maestra doña Mariana Escuder con la que ha hablado dos veces preguntándole si conocía al misterioso caballero de quien ella sospechaba.

El jefe de la primera brigada, Sr. Fenoll, que asegura conoce el nombre de dicho caballero, afirma que las sospechas de la Tula son en absoluto infundadas por tratarse de una persona honorable por todos conceptos, incapaz de una villanía de tal especie.

No concede tampoco importancia a ninguna de las manifestaciones de la mujer.

La maestra de las niñas desaparecidas, doña Mariana Escuder, afirma que la Tula la ha entrevistado dos veces para preguntarle si había visto por la barriada al caballero misterioso, cuyas señas, aunque muy inconcretas son las conocidas y que quedan expresadas.

### **La compañía de circo ambulante**

Por último, la última pista importante, o sea basada en datos y suposiciones dignas de ser tenidas en cuenta, nace del proceder un poco extraño observado por una de las familias de la vecindad de la calle Hilarión Eslava.

Sin prueba alguna, sin otra base que un cúmulo de indicios que eran sobrado suficientes para adoptar una determinación, la policía detuvo en la tarde del pasado domingo a la madre de la niña María del val, la más pequeña de las desaparecidas.

La hermana mayor de la niña María del val no vive en el domicilio paterno.

También fue detenida por la policía, en Vallecas, punto de su residencia, así como de la mayorcita María Ortega, llamada María Guirao, y la maestra Mariana Escuder.

Las cuatro mujeres pasaron la noche prestando declaración. Ya de mañana fueron conducidas al Juzgado. En el barrio causaron estas detenciones gran sensación y el vecindario mostro se muy sorprendido.

Quedó en el domicilio la madre de la niña Angelita Cuevas que, como se ha dicho, se encuentra gravemente enferma. Cuando ayer acudimos a la calle de Hilarión Eslava, las cuatro mujeres no habían regresado a su domicilio. Hablamos brevemente con Tomás del val, padre de la más pequeña de las desaparecidas, que no acertaba a explicarse la detención de su mujer.

En la conversación aludió a uno de sus hijos, llamado Miguel, que es artista de circo y que se halla actualmente en Teruel. Forma parte del número de gimnastas denominados "Los Pilar", que han trabajado en diversos teatros de Madrid.

- Miguel - decía - me escribe diariamente, sin que falte su carta un solo día, y se interesa mucho por la niña.

La existencia de este joven artista de circo, que trabaja en una compañía ambulante, ha determinado, sin duda, a la Policía a someter a Dionisia Paredes a un extenso interrogatorio. Esta mujer es gallega y posee una gran presencia de ánimo, que le hace aparecer despreocupada en extremo.

Cuando a última hora de la tarde, de regreso a su domicilio, ya libertada por orden del juez, se mostraba ofendida por la sospecha de que ella hubiera facilitado la explotación de su propia hija y las de las vecinas por una compañía de títeres.

Porque este es el fundamento de esta detención. Enrique Ortega ha declarado en la cárcel que sospecha de Miguel del val, cuyos ejercicios de equilibristas habían deslumbrado en cierta ocasión a su pequeña María, que mostró deseos de comenzar a trabajar con él.

Dionisia Paredes y su hijastra, niegan toda posibilidad de este caso.

La Policía ha teleografiado a Teruel, y a estas horas se estarán practicando en esta población las averiguaciones necesarias respecto del artista de circo.

Este es el estado del asunto. Las niñas continúan sin ser halladas, y aunque sigue alejado, por fortuna, todo temor de desenlace trágico - aunque en la vida triste de abandono y de miseria de las tres familias de la barriada de Hilarión Eslava, existen sobrados motivos dramáticos -, el suceso sigue apasionando a las gentes, por su carácter misterioso y folletinesco.

Alzó la mirada entristecida de las páginas de aquel periódico, en el que una vez más volvía a escribirse con letras de sangre el nombre de su mujer.

Pensó en ella y en el valor que necesitaba para superar esta desgracia, que los había atrapado sin quererlo.

En posteriores días, continuaron llenándose los periódicos de páginas y más páginas sobre el tema.

El miércoles 13 de agosto, quedó francamente decepcionado, al leer que varios sacerdotes y otros religiosos estaban siendo interrogados, debido a que existían indicios que dirigían las sospechas de la policía hacia nuevos derroteros.

Era como si en todo aquello, nadie fuera a salir ileso.

*Sí murmurar la verdad aún puede ser la justicia de los débiles, la calumnía no puede ser otra cosa que la venganza de los cobardes.*

*Jacinto Benavente*

*Madrid, julio de 1924*

*12.00 horas del día 14*

*- Señora Mariana, piden por usted - le hizo saber la rígida celadora del turno de mañana con voz firme, dándole prisas por obedecer.*

*Un fuerte sobresalto de corazón la hizo reaccionar, se levantó de la cama haciendo un esfuerzo por acompañar a la chica que ya había abierto la celda.*

*- Recoja sus cosas, un abogado quiere hablar con usted. La está esperando. Espabile.*

*Al escuchar aquellas palabras el corazón se le volvió a acelerar una vez más. Un nudo en la garganta que casi la ahoga, le impidió articular palabra. No quería tener falsas esperanzas, pero y sí la llamaban para devolverle la libertad.*

*El Sr. Rubio, el abogado de oficio que le destinaron, era una gran persona. Durante aquel largo mes que la habían tenido encerrada entre rejas, cualquier novedad que se producía le había sido comunicada. Le pareció extraño aquella repentina reunión, hacía tan solo unos días que su abogado había acudido a visitarla y en ningún momento le comentó que pudieran haber indicios de la localización de las niñas. Algo tenía que haber ocurrido durante aquellos cuatro días. ¡Y sí*

hubieran aparecido? Su corazón estaba puesto constantemente en las pobres madres. Lo que deberían estar sufriendo...

Los días que ella misma había estado separada de sus hijos, sabiendo que estaban protegidos por el padre y por la iglesia, habían sido una amargura.

El no poder verlos, hablar con ellos, peinarlos y besarles todos los días...

Volvió en sí, no era el momento de lamentaciones, debía volcar todas sus energías en rogar que las niñas fueran encontradas. Eso era lo único que debía tener en mente. Recuperar a las niñas. De camino al encuentro con su abogado, rezó, pidió a Dios que la ayudara.

Tranquilízate, Mariana, - se dijo a sí misma, intentando no perder la compostura, no podía permitirse derrumbarse a esas altura, aquello no la conduciría a nada -. Quizás sólo se trataba de formalizar algún trámite - pensó - quizás piensan trasladarme a otro lugar. Dios mío, ayúdame, permíte que pueda salir de aquí.

Arrastrando una pierna tras otra, con la mirada fijada en las sucias y desgastadas baldosas, evitando así que se pudieran percibir sus ojos llorosos, siguió a la joven celadora hasta una pequeña antesala con varias sillas de madera colocadas contra la pared. Le ofreció sentarse mientras ella permaneció a su lado, impasible. Esperaron juntas, sin cruzar palabra o mirada alguna, silencio. Absoluto silencio desesperante.

No tenía idea de cuantos minutos habían pasado ya. Los nervios no le permitían estar por más tiempo inmóvil. Solicitó permiso a la chica, quien no puso objeción, veía a la rea como una desgraciada, medio loca, pues por las noches la había escuchado hablar sola. Interpretó, otra vez erróneamente, las oraciones nocturnas como un trastorno psíquico. Se la volvía a juzgar sin pruebas. Parecía que aquel era su sino.



*Se dedicó a caminar visiblemente alterada, arriba y abajo consumiendo los pequeños pasos que la diminuta estancia permitía. En un momento dado, le pareció escuchar ruido en la habitación contigua. Con expreso disímulo, abrió su sentido del oído al máximo. El murmullo se hacía cada vez más perceptible. Ahora ya podía identificar voces masculinas, debían haber llegado ya su abogado y algún otro funcionario o agente de policía. A duras penas pudo distinguir la voz gruesa del Sr. Rubio. Al otro, su interlocutor no lo había escuchado nunca antes.*

*La espera se hacía interminable, le pareció, en aquellos momentos, más duro que cualquier tortura. No podía sacarse de la cabeza que con un poco de suerte y ayuda celestial, pronto volvería a abrazar a sus pequeños y a su esposo. Pobre Salvador – se compadeció – debe estar sufriendo tanto o más que yo. ¿Como lo habrá hecho para arreglárselas con el vecindario? Un nudo de rabia, se instaló en la boca del estómago. ¡qué barbaridad!!, nos han destrozado la familia y no puedo hacer nada para remediarlo – gritó en su interior. Se emocionó de nuevo.*

*-¿Mariana Escuder de Marcilla y Lucas?*

*- Sí, soy yo, señor.- Estaba tan ensimismada que no se había percatado que alguien había abierto la puerta hasta que escuchó su nombre, alto y claro.*

*- Acompañeme, por favor.*

*- Por supuesto. – Notó como le flaqueaban las piernas, como siempre le ocurría ante una situación de incertidumbre. Como imaginó, entraron en el despacho contiguo, aquel del que procedían las voces.*

*El Sr. Rubio, se acercó a ella y la invitó a tomar asiento. Esta vez sería mejor hacerlo. Miró de frente al otro señor y se sentó. El desconocido, situado detrás de la mesa, se levantó de su silla como signo de educación hasta que todos hubieron tomado asiento.*

*Sin poder evitarlo se aferró a la mano de su abogado, titubeando antes de hablar.*

*- Perdón, ¿han encontrado a las niñas? - ese era su mayor interés.*

*- No, todavía no, - recibió unas cariñosas palmadas -. Estate tranquila, sabemos que tu no eres culpable de nada. No existen pruebas que te relacionen con la desaparición y sin pruebas no te pueden seguir reteniendo en este centro, - el abogado, notó los temblores de la mujer -. Ahora, vendrá el inspector y te explicará algunos términos legales que deberás tener en cuenta.*

*- ¿Esto significa que me dejan libre...? - atinó a preguntar.*

*- Por supuesto, mujer. Espera y verás.*

*Dicho esto, se abrió la puerta por la que apareció un fornido hombre entrado en carnes, con una incipiente calvicie, que seguramente lo envejecía mucho más de lo que en realidad era. No iba vestido de uniforme como ella se esperaba, pero efectivamente, era la persona que esperaban.*

*- Señora, - la saludó, dándole la mano.*

*Continuó saludando, primero al abogado y después al director del centro penitenciario.*

*- ¿Están listos los trámites administrativos? - le pregunto al director.*

*- Aquí está todo en regla, - mostró una pila de papeles con membretes oficiales firmados y con sellos en todas sus páginas.*

*- Bien, señora, imagino que el Sr. Rubio la habrá informado sobre las infructuosas pesquisas que hemos realizado en cuanto al caso que nos ocupa. Registramos su casa a raíz del incendio - se escuchó de pronto como carraspeaba el abogado de Mariana -.*

*- Perdón, ¿de qué incendio me habla...? no entiendo.*

*Su abogado se acercó a ella con delicadeza y le dijo que en cuanto finalizaran con los papeles le explicaría lo que había pasado. Debía estar tranquila porque su marido e hijos estaban perfectamente.*

*- Está bien, sigamos, - se dirigió de nuevo al inspector.*

*- Después de registrar su vivienda, hicimos lo propio con la de la Sra. Morales. En ninguno de los casos hemos encontrado indicios de un posible secuestro. Por tanto, por el poder que la ley me otorga, debo comunicarle que queda usted en libertad sin cargos. Antes de proceder, quisiera añadir unos comentarios. Le recomiendo que mientras el proceso siga abierto, no debería usted ausentarse del país, sin antes notificarlo en una comisaría de policía, especificar su destino y los motivos que la mueven a viajar. En ese caso, mis compañeros le expedirán un permiso especial con el compromiso de entregarlo de vuelta en la fecha que acuerden. Lo mismo es válido para un cambio eventual o definitivo de vivienda. Son recomendaciones para que no tenga problemas de nuevo. ¿Lo ha entendido?- la miró de frente, por encima de las diminutas gafas de cristal grueso, esperando un respuesta afirmativa.*

*Mariana se miró a su abogado, quien le dirigió una reconfortante sonrisa, aún a sabiendas que aquello que tenía que explicarle más tarde iba a ser otro duro golpe.*

*- Está claro, muy claro. No tengo ninguna intención de huir de la justicia. El Señor conoce la verdad y me apoya, ha escuchado mis plegarias. - Se dirigió al inspector con talante serio para formularle una pregunta - ¿Sí me permite una cuestión que desconozco...?*

*- Usted dirá.*

*- ¿Qué pasará con la Sra. Morales?, le puedo asegurar que es tan inocente como yo. La conozco muy bien, no sería capaz de hacerle daño a nadie, siempre se ha comportado con nosotros y con todo el vecindario, admirablemente.*

*- No se preocupe por ella. Ha quedado también en libertad - le aseguró, tranquilizándola.*

- Gracias a Dios - se repitió en agradecimientos - su salud no es muy buena. Temía que pudiera empeorar después de todo este barullo. Gracias, Sr. Inspector por todo.

- Ahora el Sr. González le facilitará los documentos necesarios y le devolverá sus pertenencias. Deseo que todo acabe pronto, a ver si podemos cerrar el caso de una vez por todas y que todo vuelva a la normalidad. Es un caso realmente, desesperante. Ha sido lamentable, que haya tenido que permanecer en prisión, pero así son las normas. Le pido disculpas.

- Todo lo que tenía que decir ya lo he dicho en reiteradas ocasiones. Lo que tengo claro es que no ha afectado solamente a mi familia, si no a cuatro familias más y a la de la Sra. Morales. El desaprensivo que haya sido capaz de hacer este daño, será condenado en su momento. A partir de ahora, pondré todas mis energías en que se descubra la verdad. Tenemos derecho a dejar de sufrir de una vez. - Asombrosamente, Mariana estaba más serena que nunca, sin necesidad de luchar por controlar sus emociones.

- Haremos todo lo posible, señora, se lo garantizo.

Se despidieron del Sr. Inspector y del director del centro y regresaron a la sala de al lado, en espera de los papeles que le otorgarían esa libertad tan justa y anhelada.

-¿Cómo se encuentra? - le preguntó el abogado preocupado.

- Mucho mejor, bueno, no sé, me siento extraña, siento un vacío interior difícil de explicar. Parecerá una locura, pero no le puedo decir que esté feliz por la noticia. No descansaré hasta que las niñas aparezcan, vivas, o Dios no lo quiera, muertas. Lo sé, algo en mi interior me lo dice.

- Supongo que es normal sentirse así.

- Creo que tiene algo importante que explicarme. - Alzó la vista hasta encontrar los ojos de su abogado, que intentaban desviar la atención hacia otro punto.

- Sí, es difícil tener que decir esto. Su casa. Ha sufrido un grave incendio. Está quemada. -

No era capaz de soportar la mirada de su clienta. La tenía por una mujer fuerte, valiente, valerosa, en cambio temía que aquello consiguiera derrumbarla.

- Quiero saber los detalles.

El Sr. Rubio, dedicó unos minutos en explicar con detalle lo ocurrido en la casa de Mariana en la calle de Hilarión Eslava. Alguien tenía que decírselo.

Cuando se recompuso, pensó en que lo único importante ahora era su familia, su marido y sus dos hijos, nada más, que eran ellos lo que la debían preocupar, aquella casa, después de todo lo sucedido ya no podía ser su hogar. Si ellos estaban bien, qué más podía pedir...

- Su marido no conoce todavía la noticia de su salida. Si lo prefiere le acompaño. Estoy a su disposición, - se ofreció.

- Sí, quizás será preferible que me acompañe. Salvador es muy sensible. Sé a ciencia cierta que él ha sufrido más que yo en esta historia. Se lo puede creer, le conozco muy bien, él es así. Después de este nuevo golpe, temo por su salud. Aunque corpulento es un hombre frágil. ¿No sé qué vamos a hacer...? - se lamentó.

- Ahora podrán estar tranquilos en cuanto a la policía se refiere, no creo que les vuelvan a molestar, si no es para confirmar alguna declaración. En cuanto a los vecinos... ¿qué le puedo decir...?

Mariana, miró hacia arriba, como si sus ojos pudieran percibir a Dios, traspasando su mirada techos y tejados.

- Le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí. Nunca le podré pagar con dinero su dedicación y amabilidad. Es usted un profesional de veras y ahora sí quiere, también un amigo.

La venganza es una especie de justicia salvaje.

Francis Bacon

Segur de Calafell, verano de 1986

- No entiendo que la metieran en prisión sin ninguna prueba sobre su culpabilidad. No es posible, - me quejé a mi abuela, indignada.
- Y tanto que lo fue. Quizás hoy en día no suceda tan a menudo, pero antes era algo bastante habitual. De todos modos, la historia de la humanidad está plagada de este tipo de falsas acusaciones. Parece que no vayamos nunca a aprender de ello.
- No pueden consentir que una persona inocente quede encerrada de por vida por algo que no ha hecho, es muy injusto, - Laura se mostró indignada.
- Sí, pero es así. A mi madre, el encierro le duró poco, pero hay quien se queda para el resto de su vida, eso sí que es lamentable.

La abuela tenía razón, cuanta gente se estarán, en estos momentos, pudriendo en las cárceles del mundo sin haberse demostrado su culpabilidad, o con pruebas o testigos falsos o simplemente por errores judiciales. Muy probablemente, muchos de ellos no conocerán la libertad nunca más, no tendrán tanta suerte, como al fin y al cabo tuvo mi bisabuela Mariana.

- Ya ves como eso de rezar no le funciona igual a todo el mundo, - observé, esperando cual sería su opinión al respecto.

- Es posible, pero ten en cuenta que a un ferviente creyente como era mi madre le fue de mucha ayuda, se sintió acompañada y protegida y lo más importante, en ningún momento perdió la esperanza ni la fe. Es una postura muy respetable, diría más, muy inteligente.

- Respetar, por supuesto, pero se me hace difícil no estallar, no gritar, protestar enérgicamente, echar la ira que debe producirte una situación de impotencia de ese calibre. Me da la sensación de que mantuvo, en todo momento una actitud, digamos ingenua e incluso poco juiciosa, - opiné, desafortunadamente, sin tener en cuenta la cultura, la personalidad, es decir, el carácter de cada uno. Si todos somos diferentes, no podemos reaccionar de igual modo ante circunstancias idénticas, es lógico.

- Ninguna de nosotras, ni nadie puede juzgar a alguien por su forma de actuar ante los problemas. De hecho, no deberíamos juzgar si no queremos ser juzgados, dijo alguien.

Laura, cortó nuestra conversación, opinando que nos estábamos desviando de lo que realmente nos interesaba. En ese momento de receso, solicité un descanso para poner en orden todos los apuntes. Había comprado una libreta para tomar notas para el libro. Era importante no dejar ningún cabo suelto. Suerte teníamos que la memoria de mi abuela era bastante buena. Hicimos un pequeño receso. Laura aprovechó para sacar unos refrescos y unos zumos de fruta. La velada, se animaba. Necesitábamos energía para continuar con el relato.

- Hay algo que todavía no sabemos, - observé -. ¿Cómo sucedió el incendio? ¿Se quedaron sin casa? ¿Fue provocado? - me precipité interrogándola. A Pilar no le gustaba que la mareasen. Laura insistió.

- Es cierto, ¿qué pasó con la casa? ¿Cómo se quemó?

Mi madre, aunque buena conocedora de la historia de su abuela, se mantenía expectante a las explicaciones de Pilar, como si fuera aquella la primera vez que la escuchaba. Puso calma y nos advirtió que aquella parte no nos iba a gustar nada.

- Desgraciadamente fue provocado. Cuando lo digo me duele en el alma, pero fue así. El vecindario, en un ataque de locura conjunta, echaron la puerta abajo y prendieron fuego a cortinas, muebles y ropa. Esto sucedió, tan sólo unos días antes de que Mariana quedara libre y por tanto demostrada su inocencia. - Mi hermana y yo, lanzamos una exclamación, aquello no lo habíamos escuchado nunca antes -. No quedó nada, todas sus pertenencias se convirtieron en cenizas, en pocos minutos el fuego avanzó por toda la casa, quemando muebles y todo lo que encontraba. Salvador, aún tuvo que dar gracias a que una vecina le avisó a tiempo y pudo rescatar algunas cosas. Mi madre me contó que nunca supieron quién fue esa vecina que dio el aviso, ni tan siquiera Salvador recordó nunca quien le avisó.

- ¿Te imaginas que ellos hubieran estado dentro...? ¡Qué horror!!!!!! - gritó Laura, imaginándoselo -.

- No seas boba, eso no ocurrió, no es necesario imaginarse nada. Por suerte, no fue así. Se quemó la casa, ellos estaban vivos, en definitiva, eso era lo importante, que ellos estuvieran bien - fue mi madre, Carmen, quien intervino. Mi hermana tiene tendencia a fantasear con cosas de este estilo, después sueña por las noches y tiene pesadillas.

- Durante esos cuatro días, ¿qué hizo Salvador y los niños? ¿Dónde pasaron la noche si no tenían casa? - pregunté, haciendo callar a mi hermana.

- Salvador, se vio obligado a dormir en la calle con los dos pequeños, hasta que el segundo día una institución caritativa católica, alertada por el párroco del barrio, le recogió a los niños y le



ofreció una cama a él para pasar las noches. De ese modo, pudo acudir al trabajo, mientras los niños eran atendidos por gente caritativa.

La presión social por la acusación de Mariana, provocó que lo despidieran de la imprenta, aún cuando su patrón le dijo textualmente, que lo hacía porque se veía obligado a ello, no porque los consideraran culpables, pero que no le interesaba que el negocio se viniera abajo por hacer un acto de caridad.

- Es decir, que lo perdieron todo.

- Todo, absolutamente todo. Algo que no nos podemos imaginar. Perdieron todo aquello que les había costado tanto ganar. Su casa, sus pertenencias, sus recuerdos, su piano, el único recuerdo que tenía de su padre y todas esas pequeñas cosas que cuando las tenemos a mano no les damos importancia, ni nos percatamos del valor que tienen, pero que cuando las perdemos, son de las primeras cosas que encontramos a faltar. Aunque, esto no sería lo grave de la situación, al fin y al cabo, estamos hablando únicamente de pérdida material. El daño más grave fue el moral. Imaginaros lo que sería si de repente os sintierais rechazadas por todo el mundo, por vuestros amigos, conocidos, vecinos, compañeros de trabajo, en la escuela, en la tienda, en todas partes. Imaginaros esa situación trasladada a nuestros días, con los medios divulgativos actuales, prensa, televisión, internet... Ellos, podríamos decir que tuvieron la suerte de que podían pasar desapercibidos físicamente y salir del núcleo del problema, como hicieron. Pero a alguien que le ocurra algo similar hoy en día, está condenado socialmente en todas partes, las noticias, fotografías y opiniones pueden llegar a todos los rincones del mundo. Eso sí que me parece grave. Quizás porque debido a lo ocurrido, soy demasiado sensible a estos temas.

- Tiene que ser muy duro verse rechazado de pronto por las mismas personas que hace tan sólo unos minutos eran tus entrañables vecinos, incluso algunos, buenos amigos. Parece increíble como las personas nos dejamos arrastrar por los sentimientos de odio, sobre todo de forma

colectiva, como si el apoyo de otro, contribuyera en darnos más la razón, es cuando ese odio se vuelve más profundo e irracional y por tanto, cuando ya no hay cabida para el razonamiento. Llegados a ese punto, es muy difícil recuperar la estima por muy demostrada que haya quedado la inocencia del acusado. Como mucho, se pasa a la vergüenza. Hay quien ni eso. Pedantes y obtusos los hay por todas partes, desgraciadamente. - Me sentía terriblemente removida por dentro, no podía permitir que mis sentimientos me arrastraran a mí también. Debía ser coherente con mis opiniones. No iba a consentir que el rencor contra aquellas personas se apoderara de mí - Imaginaros que panorama encontró Mariana al regresar. Era desolador. Mi madre siempre me dijo que le quedó grabada para siempre en la memoria, la cara de su marido cuando se encontraron a su salida de la cárcel. Cuando reaccionó al saberla libre, fue cuando consiguió exteriorizar todo lo que se había estado guardando hasta entonces. Fue muy duro conseguir que se recompusiera. Tenía un aspecto terrible, se mostraba cabizbajo, desgastado, muy delgado. Sus movimientos parecía que estaban hechos a cámara lenta. No le quedaban fuerzas para más.

Estirada sobre la cama observaba como por los pequeños agujeros de la persiana del ventanal del comedor, donde me tocó dormir, penetraba con dificultad la luz del día, que tímidamente intentaba invadirme para acabar de desvelarme. Mi marido, dormía profundamente. Con cuidado para no molestarle, me deslicé hasta los pies y salí silenciosa a la terraza. Me apetecía notar el aire fresco de la mañana, un frescor que duraría pocos minutos, el sol se empezaba a levantar con fuerza y ganas sobre el cielo despejado. Prometía ser un día caluroso.

Acerqué a la baranda el balancín en el que me encantaba columpiarme, observando detenidamente el agua de aquel mar azul, tan apetecible. Para variar, como mi propio carácter

obligada, volví a dar vueltas sobre el tema de mi bisabuela. Era como si tuviera la necesidad de encontrar explicaciones a todos los actos, cuando aquello no iba a ser posible, como si la propia Mariana me estuviera transmitiendo el dolor que había sufrido. Sentí la ofensa en propia piel, por la reacción que aquel grupo de gente inculta e incivilizada protagonizaron y por las consecuencias de ello. Simplemente para satisfacerse a sí mismos buscando un culpable, sin dar cabida a cualquier otra posibilidad.

Mi admiración hacia Mariana estribaba en su fe, tuvo muy claro desde un primer momento que si ella era inocente, la justicia pondría las cosas en su sitio. Estoy convencida de que yo no hubiera tenido esa fe, nunca. ¿Será cierto que la fe mueve montañas? Su fe era tan grande que nunca nada ni nadie pudieron con ella. Debo decir que me causa admiración.

Deseé por un momento despertar a mi abuela para poder continuar escuchando el relato. Nunca he sabido reprimir esa ansiedad que me producen estas cosas. No obstante, la tranquilidad del mar me contagió la calma, en realidad no había prisa, teníamos todo el tiempo del mundo. Estábamos de vacaciones. Cerré los ojos y me dejé llevar por el silencio, me encanta disfrutar de estos instantes de soledad que nos son tan beneficiosos a todos.

*La justicia sobre la fuerza, es la impotencia, la fuerza sin justicia es tiranía.*

*Blaíse Pascal*

*Barcelona, julio de 1924*

*17.00 horas del día 14*

*Dña. Paquita, una extraña señorona entrada en carnes, afable y muy católica, conocida de Mariana en sus tertulias parroquianas, le había cedido un maltrecho sillón a Salvador para dormir aquella noche, hasta que encontrara una solución, después de lo ocurrido. No le importaba seguir alimentando a los pequeños, incluso pudo compartir cena con el padre de las criaturas, pero era evidente, que aquella solución no podía alargarse en el tiempo.*

*Los niños estaban en la improvisada clase que el párroco, junto a otros feligreses, habían habilitado en un pequeño anexo a su parroquia y que servía para atender a esos pequeños, que por diferentes circunstancias familiares, no estaban escolarizados. Salvador y Luís, compartían juegos y penas con esos niños, mientras esperaban el regreso de su madre, sin entender, verdaderamente lo que estaba ocurriendo.*

*Estando los niños ausentes, de repente se escucharon voces, algunos gritos de alerta y algo de confusión. Paquita, descorrió la cortina de la salita y se percató como en otras ventanas y balcones, sus vecinos hacían lo propio. Algo ocurría fuera y ella no iba a quedarse sin saberlo. Se*

ajustó el delantal amarillento y con los dedos ensalivados, arrastró sus cuatro pelos hacia tras, en un acto de peinarse, antes de salir a fuera.

Un señor de semblante serio, acompañaba a una delgada mujer, que también sería pero decidida, caminaba en dirección a su puerta. Un remolino de gente curiosa, casi los rodeaba, esta vez en silencio o haciendo comentarios en voz baja.

Conforme se acercaba se percató que se trataba de Mariana. Exhaló un grito apagado, entre alegría y sorpresa. Rauda, se dirigió al interior para alertar a Salvador del regreso de su esposa.

Fundidos en un afectuoso y entrañable abrazo, entraron en la casa. Paquita, cerró con llave, puertas, ventanas y cortinas. A nadie le interesaba, nada de lo que la pareja hablase. El Sr. Rubio, se despidió de ellos, mientras entregaba un sobre a Mariana con la documentación de su proceso. Tras él, desapareció también Paquita, no sin antes haber besado a su amiga.

- Volveré más tarde con los niños. En una hora los traigo. Hablad todo el tiempo que necesitéis, sentiros como en casa - miró a Mariana a los ojos y añadió - Dios es misericordioso.

La pareja, afectada por todo lo vivido, no era capaz de soltarse de las manos. Ella, le explicó su experiencia entre barrotes, de forma resumida, ansiosa por conocer, como le había ido al resto de su familia.

- Cada día, me he asegurado por el bienestar de los niños. Dña. Paquita, su hermana Eloísa y Mercedes la cajera, les han mantenido bien alimentados. Salvador ha llorado mucho, a escondidas, lo sé, pero ya le conoces. Para él tú eres la mejor madre, no puede entender que alguien no crea en tí. Luís parece que lo lleva mejor, aunque aparenta no sentirse afectado

por tu ausencia, no deja de preguntar una y otra vez, cuando volverá a verte. El otro día no pude evitar llorar delante de él. Me preguntó muy serio si le estaba ocultando que habías muerto. Cuando le dije que no, que de ningún modo estabas muerta, que lo único que ocurría era que estabas cumpliendo con unos trámites judiciales y que hasta que no se resolvieran, no podrías volver a casa, me respondió de forma sorprendente. "Papi, cuando sea mayor, trabajaré en ese sitio donde hacen los trámites tan lentos, que dejan a los niños sin ver a su madre muchos días. ¿Qué te parece...? ¿Qué tendré que estudiar...?". Ya le dije que quizás lo llevaba en la sangre, y que como su abuelo, podría ser un excelente juez.

Mariana, conmovida por todo lo que Salvador le estaba contando, deseaba más que nunca estrechar a sus hijos. Hacerles saber que esos dichosos "trámites" ya habían concluido y que a partir de entonces nada ni nadie iba a separarlos.

Secó con la yema de sus dedos las tímidas lágrimas que de nuevo resbalaban por el rostro de su esposo, emocionado al tenerla a su lado y poder compartir el sufrimiento y la soledad de todos aquellos días separados. Algo que no había ocurrido en todo el tiempo que llevaban juntos.

- Gracias a que la prensa comenzó a creer en tu presunción de inocencia, los ánimos en el barrio se fueron calmando. Después de comprobar que las increpaciones habían cesado y aún con temor en el cuerpo, pero con la cabeza alta, tan sólo hace una semana, decidí volver a nuestra casa. A la mañana siguiente, temprano, una mujer de unos cuarenta años aproximadamente, no recuerdo su nombre, llamó con sigilo a la puerta. Me sorprendí. No me pareció una hora para hacer visitas. Estuve a punto de no abrir, pero finalmente...

Solamente atinó a decirme que saliera de casa con urgencia, que se habían vuelto locos, que yo solo, no podía hacer nada para detenerlos. Dijo textualmente: No sé de lo que pueden ser capaces, están obnubilados. Protege a tus hijos y márchate, rápido, no dudes, márchate. Cuando se fue, quedé paralizado, no supe que hacer, no entendía nada, pero algo me decía que aquella mujer tenía razón. Tardé unos segundos en reaccionar – se le hizo un nudo en la garganta, carraspeó y siguió explicando a su mujer lo sucedido durante su ausencia, mientras ella no cesaba de acariciarle la mejilla -. Por lo que sé, echaron la puerta abajo, algunos portaban candiles encendidos. Primero se dedicaron a destrozarlo todo a golpes, como no tuvieron suficiente, remataron prendiendo fuego a la casa. Lo peor es que no fue algo espontáneo, lo tenían todo planeado. Debieron estarlo planeando durante días. Fue algo totalmente premeditado. Alguno de ellos tuvo sed de venganza y los otros se unieron al vandalismo. Tengo sospechas de que en el acto intervino algún familiar de una de las niñas, pero no sé nada más. Aunque eso tanto da. Hubiera querido dar las gracias a aquella mujer que me salvó la vida, pero no sé cómo se llama, ni siquiera donde vive, sólo la reconozco de vista. – Se escuchó un profundo suspiro - ahora estás conmigo – exclamó, y abrazó a su mujer como nunca antes lo había hecho. Estuvieron así cogidos largo rato.

- Debemos superar esta experiencia. Tenemos que seguir con nuestras vidas. Sé que lo conseguiremos.
- Sólo hago que imaginarme que hubiera pasado si no esa mujer no me hubiera alertado. ¿Crees que hubiesen sido capaces de...? – Su tono de voz se había vuelto más contundente, lleno de ira. Era una manera de desahogarse, porque el mal ya estaba hecho. No cesaba de torturarse recordando la cantidad de veces que tanto él como su mujer habían ayudado a

aquellos seres ahora despreciables. No podía entender que habían hecho tan mal para que nadie les creyera.

No nos queda nada, absolutamente nada ¿qué vamos a hacer? Tenemos que pensar algo, - cerró los ojos con un lamento - yo ya no tengo fuerzas para pensar. Lo único que sé es que tenemos que irnos de aquí. Donde tú quieras. Es indiferente un lugar u otro, Valencia, Sevilla, Barcelona. Podemos regresar a Huesca. A cualquier sitio menos aquí. Lo único que puede pasar, es que no nos acepten en ningún sitio. ¿Entonces que vamos a hacer...?- se lamentó, descorazonado.

- No digas estupideces. Tenemos que sobreponernos. Te aseguro que encontraremos el lugar adecuado para comenzar una nueva vida. Esta experiencia nos ha hecho fuertes, tenemos que aprovecharnos de esta fortaleza. Recuerda algo muy importante, soy inocente, no he hecho nada malo, soy inocente, puedo caminar con la cabeza muy alta, ¿entiendes? Inocente. No lo olvides. Eso es lo que debe prevalecer por encima de todo. No tenemos de qué avergonzarnos. Una solución sería volver a Huesca, pero hay algo que no me convence. Allí no podrías desarrollar tu trabajo, lo que te apasiona, conoces y dominas, volver allí sería dar un paso atrás. Tenemos que empezar desde el punto en el que nos quedamos, creo que es lo más juicioso. Síno tendrías que decidirte por trabajar en otra profesión. Sería una pena, la imprenta es tu oficio, tienes que aprovechar esos conocimientos, no sería coherente echarlos por la borda, pese a tu dolencia. ¿No sé qué opinas pero...?- lo observó con ternura.

- Creo que tienes razón. Sería magnífico poder continuar con mi oficio. ¿qué otra cosa podría hacer? Toda la vida he vivido entre imprentas, papeles y tinta, no conozco otra cosa. Mi hígado podrá resistirlo unos años más, no queda otro remedio.



- Yo puedo dar clases de música... - se detuvo de repente, de su antiguo piano de cola, solamente quedaban cuatro hierros y el esqueleto del teclado.

Recordó lo elegante y bonito que había sido su piano, el piano de su padre y también el de su abuelo. Cerró los ojos. Le pareció distinguir una mezcla de las diferentes melodías que durante años habían emitido aquellas teclas.

No podía dar clases de nada, sus libros escolares también habían servido como acelerantes del incendio. Hasta aquel preciso instante, no fue consciente de todo lo que había perdido. No pudo evitar un repentino nudo de garganta. Tenía que controlar las emociones. No quería que Salvador se sintiera peor de lo que ya estaba. No se dejaría llevar por los sentimientos de angustia que la sobrecogían, mezclados con rabia e impotencia. Respiró profundo y se permitió sentir. No, aquello era amargura. Estaba segura. Aquello era amargura. Era el regusto de la desesperación, el que todas las víctimas sentían cuando la realidad del mundo se venía encima. Era, la triste evidencia de que muy probablemente no podría volver a vivir tranquila el resto de su vida. Sólo deseaba orar. Orar y no dejar nunca de orar. Lo necesitaba, era imperioso recibir el arrullo del Señor.

Mariana y Salvador, una vez sobrepuestos de los interminables acontecimientos, decidieron que tenían que mentalizarse y ser fuertes, sacar fuerzas de donde no quedaban para continuar viviendo. Lo harían por sus hijos. Por sus hijos estaban obligados a hacer todo lo posible.

De forma conjunta, establecieron una lista de posibilidades, llena de dudas, pero también llena de envidiables planes que con el tiempo podrían funcionar. Tardaron un par de días en decidirse ante todas aquellas opciones, pero finalmente lo hicieron.

*Entre las posibilidades, había una que llamaba más la atención que cualquiera. Ya que Salvador le dejó a ella la elección, no pensó más.*

*Habían apagado ya las luces del diáfano dormitorio en el que dormían más de veinte personas, perteneciente a la comunidad católica de un barrio de las afueras de Madrid, donde de algún modo podían pasar más desapercibidos que en las cercanías de Caño Gordto. Los cuatro se acurrucaron estrechándose con fuerza el uno contra el otro a la espera del amanecer de un nuevo día. Un día decisivo en sus vidas. No les quedaban palabras de agradecimientos para todos aquellos que velaron por ellos durante los días de penuria. Esas son las pruebas que nos pone el Señor, para comprender que hasta en los instantes de mayor oscuridad, siempre, siempre hay un rayo de luz. Y esa luz, puede transportarla, quien menos imaginemos.*

*Eran tan sólo las siete de la mañana cuando el ruido de otros compañeros de habitación que se despertaban, les sacó de sus dulces sueños para traerlos de vuelta a la cruda realidad. Mariana, adquirió semblante serio para dirigirse a su familia. En su decisión estaba el futuro de todos ellos. Recaía de alguna manera en ella toda la responsabilidad, estaba dispuesta a asumir el error en caso de producirse, pero en aquel momento era inamovible su propuesta.*

- *Nos vamos a vivir a Barcelona.- Escrutó los rostros de sus tres hombres, Salvador sólo atinó a decir:*
- *¿Pues qué hacemos aquí parados...? vayámonos ya.*

*Sonrieron y se besaron. Para ellos cualquier lugar sería más acogedor que el actual Madrid. Habían pasado muchos días y las niñas seguían sin aparecer. La aparición de las pequeñas sería lo único que les devolvería el respeto de sus vecinos y aquello no iba a producirse en breve.*

*Dos entrañables ancianas del centro católico, les dieron unas pocas monedas para que pudieran comer durante el camino. Se despidieron, sumamente agradecidos por el apoyo.*

*Salvador tuvo la valentía de presentarse en su antiguo empleo y explicarle al dueño sus intenciones. Le rogó que le hiciera el favor de facilitarle alguna dirección en Barcelona, donde pudiera desempeñar su oficio, estaba convencido de que le ayudaría. Esperó más de una hora a que el Sr. Velasco saliera a su encuentro con buenas noticias. Durante la espera, había conseguido ponerse en contacto con un colega de la capital catalana, quien le había garantizado que lo contrataría temporalmente e incluso les facilitaría a él y a su familia un lugar donde vivir hasta que pudieran costearse algo mejor. Casi no se lo podían creer, no habían hecho más que decidirse por aquel lugar y ya les llegaba la ayuda desde tan lejos.*

*Dio gracias una vez más, por encontrar personas caritativas.*

*Evidentemente, no disponían de suficiente dinero como para coger un tren que los llevara de Chamartín hasta la estación de Francia en Barcelona. Debían arriesgarse y subir con un billete sencillo, para un trayecto de una hora. Si el revisor no lo advertía, podrían continuar y si no, se verían obligados a abandonar el tren o a vanagloriarse de la caridad de los compañeros de pasaje. Se pusieron en marcha. Con las monedas prestadas, compró por el camino algo de leche, manzanas, queso y pan, aún le sobró para otras tres comidas, más o menos. Debía racionar muy bien lo poco que tenía.*

*Tardaron dos horas largas en llegar hasta la estación de Chamartín. El primer tren salía a las seis de la tarde. No había más que pensar, se arriesgarían y subirían a él.*

Observaba por el hueco libre que quedaba entre el marco y la ventana de guillotina, que Salvador, como pudo, bajó del todo, para hacer el ambiente algo más respirable y aprovechar para disfrutar del agradable aire que chocaba contra sus rostros tímidos y ausentes. Hacía una tarde bochornosa, el cielo estaba limpio y claro, la claridad la obligaba a mantener los ojos cerrados, algo perfecto para relajarse y comenzar a tener pensamientos positivos. Tenía la intuición que nunca más volvería sobre sus pasos, estaba convencida de que aquella sería la última vez que disfrutaría de aquellas inmensas extensiones de terreno aún por explotar y que con toda seguridad, nunca más volvería a abrazar a las personas que tanto apreciaba, incluso después de lo ocurrido y que quedaban atrás, en el pasado como algo acabado y definitivo. El aprecio no lo perdería, pero de una cosa estaba segura, nunca más volvería a ser tan confiada.

Luis reclinado sobre su falda y Salvador sobre la de su padre, dormían tranquilamente ajenos a sus pensamientos. Solamente su marido adivinaba lo que estaba pasando por su cabeza.

- Tú también piensas que no volveremos a ver nunca más estas tierras ni a las personas que quedan atrás, ¿no es eso?

- Sí, estoy segura.

- No te preocupes, aquí no nos quedan amistades, nadie de confianza. En Barcelona conoceremos gente nueva y con un poco de suerte y sacrificio, olvidaremos este horrible año para siempre. Si puedo evitarlo, no regresaré jamás, en el fondo me da mucha lástima, pero no podría soportarlo...- hablaba mirando por la ventana, como si aquellas palabras las estuviera dejando caer sobre el terreno que cruzaban para que quedaran grabadas en él.

- De Madrid tenemos que llevarnos todo lo bueno, nuestros hijos han nacido aquí y siempre, siempre les hablaré de las maravillas que esconde su tierra, el encanto de esta ciudad. Ha sido una parte muy importante de nuestras vidas.

Estuvieron largo rato recordando el día que se instalaron en la casa nueva, las semanas siguientes a la llegada, trabajando día y noche para dejar la casa en condiciones de ser habitada. Los numerosos gastos y cuando por fin consiguieron tenerla lista, la alegría de haberlo conseguido a tiempo para comenzar a preparar la llegada de su primer hijo.

El trayecto era largo, deberían intentar dormir un poco. La llegada a Barcelona sería muy diferente que cuando llegaron a Madrid. A Madrid llegaron con una suma importante de dinero ahorrado y un trabajo interesante para Salvador. A Barcelona iban con los bolsillos vacíos, pero con un trabajo asegurado y un lugar donde vivir, no estaba nada mal.

Estaban profundamente dormidos cuando Luís se despertó llorando, tenía hambre, se puso de muy mal humor. Mariana, le acercó la leche y le dio a mordisquear un poco de queso. Por suerte se calmó y volvió a quedarse dormido. Era de madrugada, Salvador también estaba despierto. Todos tenían hambre. Se repartieron la comida guardando la leche para Luís. Mariana, casi no probó bocado, ella era más resistente podía soportarlo.

Una mujer frente a ellos, acompañada de un niño de la misma edad que Luís, entabló conversación. No se identificaron, no explicaron los motivos de su viaje, simplemente se limitaron a escuchar a la señora, que no paraba de quejarse por tener que hacer aquel trayecto hasta Zaragoza tan a menudo. Se trataba de la mujer de un agricultor, que debido a la escasez y a la economía, se dedicaba ella misma con su hijo a cuestras a transportar la recolecta de frutas y verduras de sus tierras para venderlas en Madrid, donde le pagaban casi el triple que en Zaragoza. El caserío y las tierras donde vivían, estaba a pocos kilómetros de la capital aragonesa, donde se llegaba en autobús. El viaje era muy pesado, pero valía la pena, contrataba

dos chicos que cargaban y descargaban en origen y destino y el resto les quedaba limpio. Entre la conversación dejó entrever que necesitaba mano de obra para una nueva recolección que tenían prevista hacer en pocos días, tres de sus trabajadores de siempre se habían marchado a otras Masías y les habían dejado plantados.

Salvador no pudo evitar entrometerse al oír aquello. Él podría ayudar y ganarse un dinero.

- Permítame que la interrumpa señora, si usted necesita un ayudante, yo estoy disponible - le aseguró, optimista.

- ¿Pero ustedes no iban a Barcelona...? - preguntó, extrañada por el ofrecimiento.

- Sí, aunque lo cierto es que necesitamos dinero. Como ve tenemos dos niños y casi no nos queda para alimentarlos. Si a usted le pareciese bien, mi marido y yo podríamos ayudarla.

Salvador, el hijo, que ya no podía aguantar más aquella situación, habló con determinación.

- Señora, yo también colaboraré. Puedo hacerlo. Tengo hambre y mis padres no tienen para darme de comer. Quiero ser útil. - Miró a la mujer, evitando mirar a sus padres.

- Por mí no hay ningún inconveniente, está hecho. - sentenció.

Acordaron el precio hora de cada uno de ellos. Hubo trato de inmediato. Lo que necesitaban era disponer de algo con lo que sobrevivir hasta llegar a su destino. Otra persona caritativa se había cruzado en su camino. Lo agradecieron de corazón.

*El orgullo divide a los hombres, la humildad les une.*

*J.B. Lacordaire*

*Camino de Barcelona, Agosto de 1924*

*Se habían hecho ya las seis de la tarde. Sus pies ya no respondían, el peso de Luis en los brazos, aún era más agotador. Tenían que descansar y comer algo. Mientras Salvador tomaba asiento sobre unas rocas cercanas al camino de aquel pueblo que atravesaban, en la provincia de Lérida, Mariana se dirigió a la tienda de comestibles que se encontraba al otro lado. Compró zanahorias, tomates, peras, manzanas, queso, pan y unas almendras. No disponía para cocinar, por tanto todas sus comidas tenían que ser en crudo y al natural. Suerte tenían de encontrar agua en el camino, en fuentes naturales, donde podían refrescarse y además asearse un poco. Hubiera dado todo lo que tenía por una buena ducha, pero por el momento no iba a poder ser. Llevaban ya algunos días así, estaban empezándose a acostumbrar. Los niños comieron con avidez. Eran un encanto, pese a todo, no protestaban, seguían los consejos de sus padres al pie de la letra. Los miraba con ternura, agradecida, sabía que algún día los volvería a ver sonreír.*

*Había sido una suerte encontrar a Teresa, el trabajo había sido muy duro, como todo trabajo en el campo al que no estaban acostumbrados, pero había valido la pena. Ahora tenían algún dinero para poder seguir su camino hasta Barcelona. Se preguntaba cada día, como sería su vida allí, como iban a hacerlo para sobrevivir. La respuesta era siempre positiva.*

*Camínaron y descansaron y volvieron a caminar, así horas y horas, a veces tanto daba si era de día o de noche. Perdiéron la noción de tiempo, pero no del espacio, habían trazado muy bien el recorrido. Ayudados por gente con la que se topaban, supieron en todo momento hacia donde dirigirse. En pocos kilómetros entrarían ya en la provincia de Barcelona.*

*La ilusión estaba depositada por completo en aquella ciudad, totalmente desconocida y misteriosa para ellos. A esta sensación se añadía el miedo a descubrir que allí pudieran ser también rechazados. Idea que la atormentaba de tanto en tanto, impidiéndole disfrutar completamente, del brusco cambio que habían dado sus vidas. El infrahumano trato que habían recibido en la capital, quedaba ya atrás, lejos, como si hiciera años de aquello. Sus fuerzas se vertían en el presente, el presente y el futuro, eso era lo que debía preocuparles.*

*Estaban ya en Barcelona, aún quedaba mucho camino hasta el núcleo, pero ahora la ilusión les hacía olvidar el cansancio. Aprovechaba las largas horas de silencio para disfrutar del paisaje por el que se introducían, había ido cambiando notablemente desde que dejaron Zaragoza, Lérida y ahora, aquellas montañas verdes gracias a las lluvias de la pasada primavera. Le pareció precioso.*

*La ciudad de Barcelona, se adivinaba confortable, lucía un sol espléndido, aunque se percibía la humedad por la proximidad del mar. El mar – suspiró – todavía no lo conocía. Podría mojar sus pies en el mar mediterráneo, sería un placer poder ver aquel paisaje que siempre imaginó. Tan pronto como le fuera posible, lo haría.*

*Los últimos kilómetros se hicieron interminables. Se adentraban en una aventura de la que no conocían el desenlace. Un cambio radical de vida, en una ciudad extraña y desconocida. Todo*



había ido demasiado rápido, habían pasado de una vida estable y acomodada, a un desorden total, un cambio tan brutal y sorprendente que nunca se habrían imaginado.

*¿Qué otra desventura le depararía el destino...? – pensó.*

*En la barriada de Sarriá, en la parte posterior de la calle Capuchinos, encontraron la casa del matrimonio Gasull. Notar el calor que ofrecían aquellas personas les infundió ánimos. El Sr. Gasull, un hombre que debía rondar los cincuenta, de baja estatura y algo rechoncho, se mostró sumamente amable. Después de saludarles, los presentó a Eulalia, su esposa. Ella, casi más alta que su marido, delgada y bastante guapa, parecía más arisca, aunque no por ello menos amable. El Sr. Gasull, les rogó que acompañaran a su señora. Dejó muy claro, que hasta la mañana siguiente no comenzaría el trabajo. Les tocaba instalarse, descansar y recuperarse.*

*-¿Cómo ha ido el viaje? – Eulalia intentó mostrarse interesada, no sabía que decírles a aquellos extraños.*

*- Bastante bien después de todo. Los niños están agotados, han sido muchos días de camino. Bueno, la verdad es que estamos todos destrozados. Pero estoy segura de que ha valido la pena.*

*- No entiendo, ¿han venido hasta Barcelona caminando...? – se giró, incrédula.*

*- Bueno, desde Madrid, no, en realidad, desde Zaragoza, allí estuvimos varias semanas. Conseguimos un trabajo, pero preferimos guardar el dinero para comer y para cuando llegáramos aquí. Lo cierto es, que no sabíamos que nos íbamos a encontrar. Hemos sabido, por primera vez, lo que es no disponer de un céntimo y la verdad es, que si puedo evitarlo, eso no nos volverá a suceder, - confesó.*

*- Dios mío, es increíble, pero estarán ustedes que no se aguantarán derechos... Les ruego que me sigan, les enseñaré el recinto que he adaptado para ustedes. Cuando Velasco llamó a mi marido, no nos advirtió de su situación tan apurada. ¿Qué les ocurrió para que tuvieran que marchar de Madrid tan precipitadamente?*

Mariana y Salvador se miraron, él en un gesto de asentimiento invitó a su mujer a explicarse. Los dos estaban de acuerdo en decir la verdad, sería absurdo esconder algo que podría descubrirse tarde o temprano. Sí eran rechazados por ello, ya encontrarían otro lugar, y otro y otro y los que hicieran falta, pero tenían claro que debían ir con la verdad por delante. No tenían de qué avergonzarse.

Mariana, cogió aire en profundidad y comenzó a explicarle a Eulalia su historia, saltándose los detalles escabrosos, tampoco hacía falta regodearse en ellos. La Sra. Gasull la escuchó con atención, casi sin pestañear, asombrada. Al concluir, no tuvo mucho que añadir.

- Me parece una aberración lo que han hecho con ustedes. Soy católica y de la opinión que debemos saber perdonar. Ahora tienen que olvidar eso y centrarse en su nueva vida aquí. Les deseo toda la suerte, por nuestra parte, pueden estar tranquilos. La he mirado a los ojos y sé que dice usted la verdad, no tengo la menor duda, - reanudó el paso, para meterse por la parte trasera de lo que parecía ser la imprenta donde trabajaría Salvador.

Subieron una cuesta bastante empinada y se adentraron en un camino que daba a una especie de almacén o algo parecido.

- Sí me acompañan les mostraré el lugar en el que podrán instalarse hasta que ustedes decidan. Siento que sea algo oscuro y húmedo, pero sí consiguen rehabilitarlo, podrán sentirse cómodos. Es todo lo que puedo ofrecerles, se disculpó.

- Estamos muy agradecidos por lo que están haciendo por nosotros, máxime teniendo en cuenta que somos unos desconocidos, y encima con pésimas recomendaciones, no podemos pedir más.

- No es cierto que tengan ustedes malas recomendaciones, el Sr. Velasco ha hablado con Jaume, mi marido y ha recomendado expresamente a Salvador para nuestra empresa. Le puedo

asegurar que sus recomendaciones son excelentes. Siendo un buen profesional como parece ser, les garantizo que no tardarán en ganarse bien la vida y aspirar a algo mejor. Como usted sabrá es un oficio poco común, es difícil encontrar alguien que además de ser bueno, le apasione la imprenta. La mayoría de los trabajadores que hemos tenido no cesaban de quejarse del olor de la tinta y los disolventes, hasta del polvo que desprende el papel. No les gusta y se van en pocas semanas, normalmente buscan trabajo en la construcción. Bueno, les deseo de corazón que se integren en esta ciudad y disfruten de todo lo bueno que tiene. – Les entregó una llave y se despidió dándoles un beso a los niños. Cuando giraba sobre sus talones, se detuvo – Perdonen, estaba pensando que sería mejor si me llevara a los niños a casa, les diera un baño, una buena comida y los pusiera a dormir. ¿No sé qué les parece...?- preguntó.

- Sí, mamá, me voy con ella, tengo hambre y sueño – fue Salvador quien por vez primera se atrevió a opinar antes de que sus padres dijeran algo.

- No sé... ¿no será un abuso..., señora? Bueno..., quizás sería lo mejor, – parecía dudar mientras sentía la grandeza de su interlocutora -. De acuerdo, está bien. Luis, cariño, esta señora os llevará a su casa y os dará de comer y podrás dormir en una cama, ¿qué te parece? Mamá te verá mañana.

Luis, no dudó un segundo, se lanzó a los brazos de la Sra. Gasull como si fuera su salvación. Eulalia, les mostró la entrada de la casa que estaba justo por encima de donde se encontraban, para cualquier cosa que necesitaran o por sí querían ver a los niños antes de acostarse.

Mariana y Salvador se deshicieron en gratitudes a los señores Gasull. Nunca sabrían como pagarles lo que estaban haciendo por ellos.

Los niños estaban a buen recaudo, ahora les tocaba a ellos, bajaron hasta la puerta de entrada de lo que de ahora en adelante sería su hogar. Abrieron la desvencijada puerta de madera pintada en otro tiempo en color verde que daba acceso a un espacio de unos veinte metros cuadrados

aproximadamente. La estancia se encontraba en el subterráneo de la casa principal de los Gasull. Ciertamente era oscura y húmeda por la falta de claridad, solamente una pequeña ventana en la parte más alta, iluminaba escasamente las cuatro paredes. Lo mejor de todo era que estaba completamente limpia, aún a falta de una mano de pintura, tanto el suelo como paredes y techo se veía limpio de polvo y suciedad. En un extremo había una cama de metro treinta en la que reposaba unas sábanas blancas de algodón. Mariana, casi no se lo podía creer, el colchón parecía nuevo y encima había sábanas de algodón, limpias, recién planchadas, aquello era un lujo. Corrió a abrazar a su marido. Aquellos pequeños detalles les levantaron el ánimo. Estaban en el buen camino.

El Sr. Gasull vino en busca de Salvador para mostrarte el lugar de trabajo donde debería acudir al día siguiente sobre las ocho de la mañana, sería jornada partida, con dos horas de descanso al medio día entre las dos y las cuatro, para finalizar la jornada a las siete de la tarde. Era un horario magnífico.

Mariana se quedó en la habitación familiarizándose con todos los rincones de la casa, pensando en cómo convertirla en un lugar acogedor y confortable con lo mínimo posible.

Por el momento no disponían de un candil para sustituir la luz natural y alumbrase al llegar la noche. Más adelante, cuando dispusieran de recursos para comenzar a comprar los utensilios necesarios para las actividades diarias, adquirirían uno, mientras se arreglarían con velas.

El problema del agua era el peor, era muy maníática con la limpieza y la higiene personal. A la mañana siguiente hablaría con Eulalia para ver como lo podían solucionar. Escuchó unas voces en la calle, salió a comprobar si era Salvador que volvía de la imprenta.

Venía acompañado de Eulalia, traían dos cubos llenos de agua, como si le hubieran leído el pensamiento.

- Se me había olvidado darle los cubos. Su hijo puede venir todos los días a coger el agua que necesiten. Ahora le mostraré donde está el caño, por el momento hemos traído esto.

- Es usted muy amable, lo hubiera hecho yo misma, - vio el cielo abierto por el ofrecimiento.

- Los niños están descansando ya. Si lo desean pueden subir a echarles un vistazo y darles un beso de buenas noches, ustedes también necesitan descansar.

- No sé como agradecersele, es cierto que estamos agotados. - Acompañó a Eulalia al piso superior por el que se accedía por la parte delantera de la casa, la que daba a la calle principal, donde unas magníficas vistas se abrían ante sus ojos. En el horizonte pudo identificar a duras penas el mar.

La casa era más grande de lo que dos personas solas pueden necesitar. Un suelo de cerámica decorada era lo que más le llamó la atención. Era precioso, digno de unas finas manos. Pensó que debía ser muy caro, pero no dijo nada. La casa era austera, con todo lo útil, sin lujos, acogedora, llena de ventanales que permanecían entreabiertos para refrescar el interior con la brisa de media tarde que comenzaba a levantarse. Atravesaron un largo pasillo en el que había puertas cerradas a ambos lados en todo su recorrido. Entraron en la habitación del extremo. Era pequeña, con dos camas individuales y una mesita central con una lamparilla que emitía una luz tenue. Un hermoso rosario de madera noble, colgaba en el centro de la pared frontal. Los niños descansaban como hacía semanas que no lo hacían. Se acercó a besarles en la frente y salió con sigilo.

Al cerrarse por fin la puerta tras ellos, se quedaron un buen rato mirándose, percibiendo la serenidad que de pronto les había embargado. Se dieron un tímido beso. sin más se tumbaron para dejarse llevar por el sueño.

El cansancio era tan extremo que casi no se percató de la dureza de aquel colchón, ni de los huecos y bultos que presentaba por todas partes. La lana que los rellenaba se había agolpado en

algunos puntos, al día siguiente se entretendría en dejarla más homogéneamente repartida, sacudiendo su superficie con un leño.

La noche pareció breve, la luz del amanecer despertó a Mariana, quien a su vez hizo lo propio con Salvador. Fue una jornada algo caótica. Los niños, también se habían despertado temprano. Eulalia les dio algo de desayuno y bajaron enseguida a encontrarse con su madre.

Por el momento los pequeños no tenían escuela donde ir. Tan pronto estuvieran instalados se dedicaría a buscar el colegio público más cercano. Por el momento Salvador hijo se entretendría cuidando de su hermano y transportando el agua que su madre necesitaba para la limpieza y el aseo.

Le quedaba algo de dinero con el que compró para comer caliente. Hizo caldo en el pequeño fogón que disponía sobre una repisa y un poco de pan que horneó en la cocina de Eulalia y que repartió entre las dos familias. Comieron juntos en una mesa, por vez primera desde hacía tiempo, tristes todavía, pero agradecidos.

Superada la primera jornada, Salvador regresó de la imprenta justo para tomar la cena y volver a la cama.

- Mama, ¿cómo dormiremos? solamente hay una cama - Salvador, estaba intrigado por saber cómo iban a caber los cuatro.

- Nos estrecharemos un poco, Luís ocupa poco, no te preocupes. - Para Luís, todo aquello era como una aventura constante. Cada nuevo día aportaba novedades. Era, de todos quien se mostraba más adaptado que ninguno, no entendía porque su familia tenía la mirada triste.

- De momento, id a dormir tranquilos, nosotros ya encontraremos un hueco. Lo primero que haremos será comprar una cama para vosotros, - les consoló.

Mariana observó a Salvador que a punto estaba de estallar de impotencia por no poder ofrecer a sus hijos unas mínimas condiciones de vida. Se acercó a abrazarlo con fuerza, tranquilizándolo. Algo en él, continuaba deprimido.

- Recemos juntos, eso te reconfortará, - le sugirió.

- He llegado a creer que no hay consuelo posible. Aunque los señores Gasull se están portando con nosotros inmejorablemente, no hago más que pensar, darle vueltas a todo, me siento ridículo, me avergüenza esta situación, vivir como delincuentes, parece que nos sigamos ocultado, reclusos aquí en este subterráneo. Y nuestros hijos, sin escuela, sin ropa para cambiarse. Me siento apesadumbrado, a veces creo que no tendré fuerzas. Solamente hablando contigo me consuelo.

- No puedes perder la fe a estas alturas. No te das cuenta de cómo nos está hiendo todo, es una suerte que podamos dormir esta noche todos juntos en una cama, no una desgracia. No tenemos nada de qué avergonzarnos, nada en absoluto. Somos personas leales que se han visto involucradas en una grave situación, nada más. Olvídate del pasado e intentemos vivir el presente para labrarnos un futuro. Eso es lo único que nos debe preocupar. Lo único. - Fue tajante, directa, contundente, habló al mismo tiempo que sujetaba a su marido por el mentón para que alzara la cabeza y la mirara a los ojos.

- Te admiro, Mariana, de veras, te admiro. No entiendo como todavía te quedan fuerzas para ser tan optimista. No te has planteado que es posible que aquí tampoco nos admitan... - casi no le salía la voz del cuerpo mientras dialogaba con voz enfermiza.

- Tengo la conciencia muy tranquila y te digo algo, estoy muy segura, tengo total fe en que un día u otro, tarde o temprano la verdad saldrá a la luz y ese día quienes podrán respirar tranquilos serán los familiares de las víctimas, nosotros deberíamos estarlo desde el momento en que la justicia no encontró pruebas acusadoras contra mi persona. Créeme. Da tiempo al tiempo.

*Es el tiempo, el que pone las cosas en su sitio. Lo que debes hacer para quitarte de encima esa congoja, es perdonar el daño que nos han causado, esa será la única forma de que recuperes la autoestima y la seguridad en tí mismo, debes hacerlo por nosotros, - le objetó.*

*- Perdonar, ¿me estás pidiendo que perdone a esos energúmenos que nos han destrozado la vida...? - su ira aumentó, al punto de alzar la voz, algo nada habitual en él -. No pienso perdonar a esos desgraciados, no puedo, ¿no lo entiendes?, no puedo hacerlo, es así de simple. Tengo demasiada rabia acumulada. Siento la necesidad de gritar, golpear, insultar a alguno de ellos, si se cruzaran en mi camino, no sé de qué sería capaz, después de los favores que siempre les hiciste. No se merecen el perdón. - Se lamentó, esta vez con un hilo de voz, impotente y avergonzado por haber dejado al descubierto sus sentimientos más profundos. Nunca se había sentido de ese modo, nunca le había ocurrido en la vida nada, que le hubiera hecho exteriorizar ira o resentimiento. No se reconocía a sí mismo.*

*- No puedes permitir que la ira se apodere de tí, estarás perdido si lo haces. Debes intentar serenarte. Sé práctico, créeme. Ahora cálmate, te lo ruego - le suplicó, mientras el corazón se le hacía pedazos al ver a Salvador en aquel estado de abatimiento.*

*- Tienes que entenderme, yo sólo veo que tenemos dos hijos que alimentar. No disponemos de ahorros, ni de hogar y ya casi ni de ganas de vivir. Los señores Gasull saben quiénes somos, en breve lo sabrá todo el barrio de Sarriá y después toda Barcelona, estaremos en el mismo punto que hace tan sólo unos meses. En la calle, sin hogar, sin trabajo, sin nada. - Se intensificó su sufrimiento de tal manera que provocaron que unas lágrimas brotaran, imposibles de detener. Mariana, con una ternura exagerada, se las limpió.*

*- No creo que nadie tenga porqué despreciarnos. Ni tan siquiera los señores Gasull hicieron comentario alguno, no te debes preocupar por eso ahora.*



- En la imprenta lo saben todos. Lo noté por la forma en que me miraban... me sentí despreciable.

- Nada de eso. Seguramente, fueron imaginaciones tuyas. Son tus compañeros, debes abrirte a ellos, entablar relación, verás como cuando te conozcan todo cambiará, - le aseguró, pues estaba segura de ello.

- Ojalá tengas razón...

- Te comprendo Salvador, pero tenemos que ser fuertes. Un poco más, sólo un poco más. Confía. Debes confiar.

- Lo intentaré, pero no prometo nada. - Entornó los ojos llorosos y se mantuvieron largo rato abrazados transmitiéndose seguridad.

Tenía que ser fuerte, más fuerte que él. Estaba claro que a Salvador se le estaban agotando las ganas de seguir luchando. Intentaría con todas sus fuerzas animarlo, algo que le sería útil también a sí misma.

Con las manos entrelazadas, oraron. Y ahí supieron que nunca, nunca nadie está solo. Su devoción por la Virgen María, hizo que todo su Ser se estremeciera, la sintió en su corazón, la sintió acariciándole el pelo, la sintió dándole aliento y valor, coraje y tesón. La sintió dentro, muy adentro. Concluyeron, dando las gracias a Dios, en entrega y humildad.

Cada día que pasaba un nuevo recuerdo se apoderaba de la mente de su marido haciéndole tambalear de nuevo, pensamientos que evocaban su vida anterior, imposibles de frenar.

Sus hijos, por suerte, eran los más optimistas. Habían visto de cerca el lamentable estado anímico de sus padres y a su manera lo habían comprendido. Tenían muy claro que no podían

mostrarse exigentes. Lo que de verdad les preocupaba era no ver a su padre alegre. Estaba orgullosa de ellos, nunca habían sido caprichosos, sino más bien conformistas, seguramente era debido a lo que les había tocado vivir. Pese a la deficiente economía y la falta de costumbre a sobrevivir con aquella escasez, en ningún momento osaron quejarse, se lamentaron o lloriquearon, eran dos chicos ejemplares, pensó, adaptados a todo, comprensivos y compadecidos por la pena de sus padres. Estaba segura de que si todo aquello hubiera sucedido de más mayores, ahora estaría enfrentándose a un grave problema, pues las consecuencias en plena adolescencia pueden ser irreversibles.

Salvador, quien más se parecía a ella, sufría en silencio. Él no sabía que su madre había descubierto que todas las noches rezaba por ellos y por su hermano pequeño, haciendo la promesa de que algún día estaría muy cerca del Señor para acatar su palabra y liberar a los inocentes como su madre, de la injusticia ciega, por culpa de insensibles carentes de sentimientos.

Se acurrucó como pudo junto al pequeño de sus hijos e intentó dormir un rato antes de que un nuevo día se levantara. Salvador padre y Salvador hijo, dormían profundamente en el otro lado del colchón, encogidos y abrazados, pese al sofocante calor, con cara de serenidad. En su envejecido rostro se le dibujó una sincera sonrisa, que pronto se esfumó. El ruido de sus propias tripas la inquietaba, para olvidarse del hambre que sentía, se puso a orar a Dios, como tenía costumbre hacer, suplicándole que al día siguiente dispusieran de algo para comer, al menos para sus hijos. Aún quedaban dos días para que Salvador recibiera la paga semanal, de la semana anterior ya no quedaba un céntimo. Tendría que empezar a buscar trabajo ella también.

*No consideramos que la justicia se nos presente por naturaleza, porque sí, sino porque se puede enseñar y se aprende con la práctica.*

*Platón*

*Barcelona, julio de 1925*

*Desde hacía unos días, siempre por las mañanas se encontraba algo indispuesta, después de comer alguna cosa se le pasaban todos los males. Al principio, creyó que era debido a que el hambre le estaba provocando trastornos digestivos, aunque de un tiempo a esta parte, las cosas iban mucho mejor, tenían lo justo para comer, pero no se saltaban ninguna comida, por tanto, no tendría que continuar dándole la culpa a la falta de alimento. Dejaría pasar un par de semanas más para comprobar si sus verdaderas sospechas eran ciertas.*

*Entre la disciplina y monotonía diaria, fue sobrellevando ese malestar que pronto tendría una explicación. Pasadas esas semanas, supo de donde le venían todos los males. No había lugar a dudas. ¿Cómo se lo iba a comunicar a su marido, sin que montara en cólera? – se le presentaba una difícil situación de nuevo. Aquel no era, por supuesto, el momento más idóneo. Estaba hecho, no se podía volver atrás, Dios así lo quiso.*

*Sería mucho peor esconderlo por más tiempo, cuanto antes lo supiera mucho mejor. Solamente le quedaba encontrar el momento oportuno, entonces se lo explicaría con toda naturalidad.*

*Precisamente a la mañana siguiente, fue él mismo quien le dio pie para sacar la conversación a la luz.*

*- ¿Has vuelto a marearte? - le preguntó, preocupado.*

*- No, no estoy mareada, es una especie de angustia extraña, - se rozó el vientre.*

*- Si continuas así, te llevaré al médico, no es normal, - le aseguró.*

*- Sí, sí que lo es. - Se dirigió a los niños que se estaban acabando de asear - venga, ir más aprisa que llegaréis tarde a la escuela.*

*- Tenemos tiempo de sobras, mamá. Siempre con prisas... - protestó Salvador.*

*- Sobre la repisa tenéis un vaso de leche y algún resto de pan con queso.*

*Se lo tomaron prestos y se despidieron para ir a la escuela. Salvador, el mayor, se ocupaba de Luis sin problemas, podía confiar, el colegio les quedaba muy cercano y no tenían siquiera que cruzar la calle, además en la esquina se encontraban con dos niñas, vecinas de la calle de abajo, de la misma edad que Salvador y que les encantaba jugar con el pequeño Luis, travieso y vivaracho, también encantador. Gracias a los padres Escolapios y al Sr. Gasull que interfirió en su momento, desde hacía ya unos meses, acudían diariamente a clase y poco a poco conseguían ponerse al día con los estudios que habían dejado abandonados. Durante el tiempo que habían estado sin ir a la escuela, Mariana, no había permitido que su hijo mayor perdiese el ritmo, con papeles inservibles que Salvador traía del trabajo, le obligaba a hacer caligrafía, algunos ejercicios de matemáticas, dictados, etc.. Lo más interesante era cuando disponían de tiempo libre y se adentraban en la montaña cercana a la casa y estudiaban la naturaleza.*

*Desde hacía un tiempo, ya disponían de una pequeña mesa y cuatro sillas. Habían podido comprar otro colchón, que colocaban en el suelo, donde dormían los niños. En cuanto dispusieran de unos céntimos, comprarían un candil, para devolverle a la Sra. Gasull el que tan amablemente les prestara. Al ritmo que los chicos crecían, iba a ser imposible ahorrar nada.*

Observando a su hijo Salvador recordó que era más urgente comprarle unos zapatos. Iba a ser un muchacho alto, esperaba que pronto alcanzara el pie de su padre y así poder compartir tanto el calzado como la ropa.

- Cuando cobres la paga de esta semana, lo primero que tenemos que hacer es comprar unos zapatos a Salvador. No puede seguir yendo de esa guisa, - le hizo saber a su marido, dándose cuenta al momento del error por haberle sacado un tema económico, en un momento inoportuno.

- De acuerdo, pero no me cambies de tema. Me tienes preocupado, Mariana. No te veo saludable.

- Estoy bien. Lo mío no es ninguna enfermedad, - le sonrió, esperando que hubiera captado la insinuación.

- Aprovecha esta tarde y ves al médico - le recomendó. Si quieres puedo acompañarte.

- No, no será necesario, iré más adelante, - cogió aire y con disimulada naturalidad prosiguió

- Estoy embarazada, - levantó la vista y le observó con ternura.

- Pero,... - a Salvador le temblaba la voz.

- Ya sé lo que vas a decir. Ya sé que ahora no es el momento para tener más hijos. Díos nos lo ha enviado, tenemos que aceptarlo. - No iba desencaminada cuando pensó que aquello causaría una fuerte impresión en su marido.

Se hizo una larga pausa para dar tiempo a que Salvador digiriese noticia.

- Será bienvenido, o bienvenida, - acertó a decir profundamente resignado. No tenía argumentos para achacarle la responsabilidad a su mujer, aquello había sido cosa de los dos, obviamente.

- Llegas tarde. A la noche hablamos. ¿No estás enfadado, verdad? - le preguntó con expresión inocente y dejando entrever una leve sonrisa. La besó con ternura acariciándole el vientre, sin emitir palabra alguna, cerró la puerta tras de sí, más angustiado que contento. - Se giró para devolverle la sonrisa con la intención de no dejarla preocupada.

*El invierno se presentaba crudo, con las pocas mantas que consiguieron de la caridad y muy apretujados el uno contra el otro, tendrían que pasar el peor tramo del año. Lo superarían, igual que lo habían hecho el año anterior.*

*Su prominente barriga iba en aumento y eso que todavía le faltaban unas semanas para alumbrar. El bebé debería nacer durante la última semana del año, justo para recibir la época de frío más dura. No había quedado nada de los objetos ni de la ropita que podría haber aprovechado de sus hermanos. No le quedó más remedio que investigar si por el barrio había alguna buena vecina que le pudiera dejar prestados temporalmente una cunita y alguna prenda de abrigo.*

*Como siempre su buena amiga Eulalia la ayudó en la búsqueda. Varias fueron las personas que le ofrecieron diversos útiles indispensables para la criatura.*

*Una vez a solas en su casa, se emocionó pensando que aún quedaban personas con humanidad que les echasen una mano. Barcelona, demasiado alejada de la barriada de donde fueron expulsados, se mostró compasiva. Imaginaba que por no sentirse influenciados por las acusaciones de las que eran objeto en el barrio madrileño. Aquí no solamente los respetaban, sino que incluso los consideraban meras víctimas del entorno. No se trataba de que la gente de un lugar u otro fuera mejor o peor, se trataba de donde se había producido el incidente.*

*Para celebrar aquella Navidad que se acercaba a pasos agigantados, quería ofrecer a su familia una comida lo más especial posible. Haciendo grandes esfuerzos, consiguió ahorrar el dinero preciso para poder comprar un pollo a una vecina que los criaba, quien le hizo un precio especial.*

*Era consciente de que era una buena cocinera. El guiso, le salió un exquisito, estaba para chuparse los dedos, como dijeron sus hijos. Los pequeños no se podían creer que por fin pudieran celebrar la Navidad, emocionados, se pasaron la semana contando los días que faltaban para el evento.*

*Estaban saboreando el ágape cuando Luis formuló una pregunta inesperada:*

*- Mamá, ¿este año podré tener algún juguete? - debió pensar que sí todo comenzaba a ser diferente, quizás tuviera la fortuna de conseguir un juguete para sus momentos de ocio.*

*Mariana se lo miró con cariño, sin saber que responder, por suerte Salvador salió en su ayuda:*

*- Haremos una cosa, empezaremos jugando. Escribiremos en una carta lo que cada uno de nosotros desearía tener para este año que empieza. ¿Qué os parece? - miró de reojo a su esposa, indicándole que lo dejase todo en sus manos. Mariana, parecía crispada por momentos.*

*- Bien, que buena idea, papá ¿cuando la podemos comenzar? - se entusiasmó Salvador.*

*- Pues,... cuando queráis, ahora mismo, por ejemplo.*

*Mariana se miró a su marido con cara de asustada. No les podían dar falsas esperanzas. Pensó que Salvador se estaba equivocando. No podrían cumplir sus deseos. Había sido una idea estúpida. Se sintió muy molesta con él, más que nunca.*

*- No te preocupes, alguna cosa haremos. Son niños, es lógico que pidan un juguete, bastante prudentes son. Mis hijos son ejemplares, se han comportado y ahora es el momento de recompensarles, - sentenció, justificando sus actos.*

*- ¿De dónde lo sacarás?, dime, ¿de dónde...? - Mariana, imploraba con sus ojos una explicación. Salvador, percibió la angustia de ella y quedó pensativo unos segundos.*

*- Yo mismo los haré con mis propias manos. Ya verás. Confía en mí.*

*- No sé cómo te las apañarás, pero sí te pido una cosa, no consientas que los niños se lleven un desengaño - le suplicó, con espíritu protector.*

*Después de leer la carta de los deseos de sus hijos, Salvador, llevaba en secreto aquello tan importante que hacía para ellos, con el fin de cumplir buena parte de sus expectativas. Ni tan*

siquiera su mujer, había podido adivinar de qué se trataba. Le había pedido que confiara y eso era, ni más ni menos, lo que estaba haciendo, aunque le costara un gran esfuerzo.

Había pasado ya fin de año y la criatura no mostraba interés por conocer a su familia.

- Debe imaginarse el frío que hace aquí fuera y prefiere quedarse calentita dentro de la barriga, - decía a modo de broma. Eulalia, le daba la razón. Era normal que se sintiera inquieta y estuviera deseando dar a luz de una vez. - Me siento demasiado pesada para soportar muchos días más, no sé si lo resistiré.

- Parece mentira que hayas parido ya dos hijos y en el tercero andes con tantos remilgos - la riñó con cariño.

- Este embarazo ha sido diferente, he estado mucho más nerviosa que en los anteriores, con los niños fue diferente, tengo la sensación de que aquí está la niña, - se acarició la abultada barriga que parecía a punto de estallar.

El martes día 5 de 1926, se despertó claro y soleado. Un sol que era de agradecer, luminoso, agradable, envolvente. Se levantó sin hacer ruido, en el momento de incorporarse notó claramente como le tiraban del camisón. El impaciente de Salvador solicitaba el desayuno.

- Luis, levántate, ves aseándote. Tengo hambre, - animó al perezoso de su hermano.

El hermano, a diferencia de todos los días se espabiló de golpe, saltó por encima de la cama como una rana ansiosa, detectando al lado de la puerta de entrada dos bultos cubiertos por una sábana.

- Aquí debajo hay algo - advirtió Luis - ¿podemos destaparlo? - preguntó demostrando su impaciencia.



Hacía tiempo que los rostros de sus hijos no reflejaban aquel gesto de felicidad que les acababa de captar y que tanto la emocionó. Salvador había cumplido su palabra, se sentía orgullosa.

Retiraron la sábana dando un fuerte estirón. Se escucharon dos gritos de admiración al unísono. Se trataba de dos juguetes de madera, hechos a mano, pulcramente acabados y pintados. Uno de ellos tenía forma de carreta, este era para Luis, con su rueda, sus soportes y su mango. El otro, se trataba de un avión del ejército para Salvador. Estaban tan bien hechos que nadie podría diferenciarlos de los que se vendían en un comercio, en cualquiera de las tiendas más prestigiosas.

El día fue especial en todos los aspectos. Aún con la ausencia del bebé. Tenía muy claro que si en un par de días más no se ponía de parto, volvería a ver a la comadrona para que le diera un vistazo.

La madrugada del día nueve se despertó varias veces seguidas con fuertes pinchazos en el bajo vientre. A la quinta vez, el dolor comenzó a ser más punzante. Alertó a Salvador.

Aunque sabía que de un momento a otro llegaría la hora, se sintió trastornado de tal manera que no supo que hacer. Las dos veces anteriores le había ocurrido lo mismo. No entendía como las mujeres en aquellos momentos podían mostrarse tan serenas, teniendo en cuenta la envergadura de la situación.

- Date prisa, ves a buscar a la comadrona, el bebé está a punto de nacer. Rápido - le indicó.

Sobre la cama, se retorció de dolor, intentando no gritar demasiado para no asustar a los niños. Eulalia, llegó alertada por Salvador. Cogió a los niños y los llevó a la habitación del fondo de su hogar para que continuaran durmiendo y Mariana se sintiera más tranquila.

*Después de casi seis horas de parto, aquel sábado nueve de enero de 1926 nació Pilar, la primera hija del matrimonio Gómez Escuder de Marcilla. Por suerte para todos, no hubo complicaciones.*

*Era pequeñita, de cabello clarito, tenía una abundante cabellera rizada que la hacía muy graciosa. Estaba un poco demasiado delgada, sus piernas larguiruchas, al igual que el resto de su cuerpo, estaban por llenar. Desde el primer momento, dejó claro con sus llantos el hambre que padecía. Se cogió al pecho de la madre con desesperación. Si en algún momento no salía suficiente cantidad, arrancaba a llorar a pleno pulmón, reclamando el alimento de la única manera que sabía hacerlo.*

*Salvador, estaba contento por cómo había ido todo. Era consciente, no obstante, que a partir de aquel momento había una boca más que alimentar. Era tan bonita la pequeña, que su carita y sus sonrisas le hacían olvidar momentáneamente los inconvenientes que comportaba un tercer hijo. Llegó un momento que se olvidó completamente de las dificultades y sólo tenía ojos para la niña, su niña, quien había traído a la casa de nuevo la alegría.*

*Se planteó que iba a ser optimista a partir de entonces, aquella hija le había cambiado. Su familia iba a salir adelante. Lo sabía.*

SEGUNDA

PARTE

*El brazo del universo moral es largo, pero se dobla hacia la justicia.*

*Martín Luther King*

*Madrid, 16 de febrero de 1928*

*- ¡Eh! Mirar que he encontrado, - José, alertó a sus compañeros.*

*- Pero, ¿qué es eso?*

*- Pues no sé, no tengo ni idea, - contestó el otro.*

*- Pues a mí, lo que me parece es una pelota, - Rafael, que solamente contaba cinco años, era muy imaginativo, sólo pensaba en el juego, la forma del objeto, rápidamente la identificó con su diversión preferida.*

*- Tienes razón, no sé si es una pelota o no, pero nos puede servir. A ver si la coges, - lanzó el objeto tan fuerte como fue capaz -. A José Ortega, a sus doce años, le fascinaba el mundo del fútbol. Tan pronto salían de la escuela con su hermano Rafael, alentaban a sus amigos para ir a la explanada a jugar, no podían pasar un solo día sin hacerlo, hasta el punto que cuando no disponían de balón, que solía ocurrírles a menudo, se lo inventaban con lo que pillaran, habían llegado a utilizar piedras del vertedero, con las que se destrozaban el calzado y les caía una tremenda bronca al volver a casa. Aquello de hoy, era muy extraño, pero ideal, quizás demasiado*

duro. Se habían ido hasta los campos abiertos de la calle Cea Bermúdez, donde disponían de suficiente espacio y no molestaban a nadie. El campo, lleno de vertidos era un pozo de sorpresas, siempre encontraban cosas.

- No me gusta esta pelota, - comentó uno de ellos.

- ¡Cómo que no? es perfecta, - dijo otro.

- Pues a mí no me lo parece, - puso cara de asco al tocarla.

A pesar de disgustarle, accedió a continuar con el juego, no tenía ganas de discutir, habían venido a jugar y eso harían.

Faltaba poco para las vacaciones de verano, entonces podrían aprovechar de veras las tardes. Hasta entonces, tenían pensado reunir suficiente dinero para comprar una pelota entre todos, si juntaban unos cuantos céntimos cada uno, la conseguirían pronto, lo que no tenían claro era quien se la iba a llevar a casa y hacerse responsable. Parecía que nadie se fiaba de nadie. Habían discutido ya en varias ocasiones por ello, sin tan siquiera disponer todavía del balón. Hasta que no se pusieran de acuerdo, no lo comprarían. José pensaba que quizás lo compraría él, así también podría decidir quién jugaría y quien no sería bien recibido, estaba harto de que Alberto siempre quisiera disponer de todo y hacerse lo que él ordenara.

A pocos metros de donde jugaban los niños, unos amigos universitarios, conversaban de forma amena, ajenos a las discusiones de los pequeños futbolistas.

- ¿Qué quieres tomar? - preguntó uno de ellos.

- Un vino de Cabezuelo, por favor, - confirmó su interlocutor.

- Que sean dos, - dijo al camarero.

- ¿Cómo te han ido los exámenes?

- Pues no lo sé. Creo que no muy bien, para variar, - se lamentó.

- Siempre te pasa igual.

- ¡¿qué quieres que te diga? Estuve estudiando toda la noche, pero precisamente la tercera pregunta de anatomía era la que no tenía nada clara. No tuve tiempo de repasarla lo suficiente.

- ¡¿qué dices?, si era muy sencilla. Te has complicado más de la cuenta. Estaba hecha con malicia para hacer caer a torpes como tú - se le rió en la cara.

- Encíma no te rías, mal amigo, - le dió un empujón como muestra de su desagrado por sus comentarios jocosos.

José Fernández acostumbraba a tratar con sorna al pobre Miguel. En el fondo le daba lástima, con lo buena persona que era..., siempre le salía todo mal, para sus adentros, lo consideraba un gafe. La verdad es que no se lo merecía, en absoluto, pero parecía que todo en su vida iba al revés. Los estudios no eran ni mucho menos su punto débil. Su debilidad, en realidad eran las mujeres. Miguel, era mucho más atractivo que su amigo, más alto y hasta más atlético, en cambio las mujeres ni lo advertían. Pudiera ser por la gran timidez que demostraba.

- Ya te lo diré si he conseguido aprobar, - se quejó, sin demasiada convicción.

- Sí hombre, seguro que sí, no te preocupes, - le consoló, dándole unos golpecitos de burla en el hombro.

- Me voy para casa. Aprovecharé para descansar. Llevo una semana... con tanto clavar los codos, que no he tenido tiempo de leer el último libro de aventuras que me compré. Es lo que más me apetece hacer en estos momentos, así podré olvidarme por unas horas de los dichosos exámenes, lo que sea será. Hasta el día de las notas no quiero volver a oír hablar de estudios. Que te quede claro, - advirtió muy serio a su amigo.

- Espera - lo retuvo, apurando el culo del vaso de aquel vino en demasía agrío -. Te acompaño hasta la plaza, yo también voy para casa. Hablando en serio ¡qué opinas sobre el Doctor Álvarez...? - comenzó a acelerar el paso, mientras Miguel hacía por alcanzarle.

- Lo considero un hueso duro de roer. No sé que tiene, pero me hace sentir que nunca conseguiré acabar los estudios, - se sintió apesadumbrado por su notable negatividad y falta de confianza.

Siempre había sentido envidia sana por José. Tenía la certeza de que su amigo nunca le jugaría una mala pasada. Algunas veces se había llegado a sentir mal consigo mismo, cuando imaginaba la situación al revés. Se veía a sí mismo como el afortunado y a su amigo como el desgraciado al que todo le salía mal, quien nunca acertaba en sus decisiones, a quien las chicas no hacían caso, mientras se peleaban por estar con él. Cuando volvía a la cruda realidad, le sabía mal tener aquellos pensamientos, tanto que acudía rápido en busca de José para cerciorarse de que todo le iba tan bien como siempre, alegrándose entonces por ello y odiándose a sí mismo por tener aquellos sentimientos hacia alguien a quien estimaba de veras.

Si pretendía que aquellos sueños se hicieran realidad, sin afectar por supuesto a su amigo, debía comenzar a imitarlo. Se había planteado que lo más acertado sería mimetizarlo.

Quizás estoy exagerando al no aceptarme como soy, quizás no es para tanto, quizás si me abro un poco más a las chicas, será suficiente. En realidad yo no soy José, - pensó entre dientes, entrando en un mar de dudas como le ocurría a menudo.

Camínaban ágiles, atravesando el imaginario campo en el que unos chavales jugaban. José, se detuvo de pronto para hacerle observar algo.

- Mira eso. Fíjate con que están jugando esos chicos, - señaló hacia el descampado.

Se había fijado en un grupo de jóvenes de diferentes edades que daban golpes a una especie de objeto extraño casi esférico, pero que evidentemente no era un balón. Conforme se acercaban al lugar, se dieron cuenta de lo que se trataba. Aquello no era en modo alguno un objeto de juego. Se quedaron ambos boquiabiertos al constatarlo.

- Fíjate. ¿ves lo mismo que yo estoy viendo? - preguntó asustado José.

- No puede ser - comentó incrédulo Miguel - vamos, rápido, no lo podemos permitir.

- Dejarnos ver esa pelota, por favor - ordenó al niño que en aquel momento tenía la posesión.

El niño José, se agachó enseguida para escondérsela tras la espalda por miedo a que aquellos grandullones se la quitaran.

- No. Es nuestra, la queremos para jugar - advirtió el más valiente de ellos.

- No la queremos para quedárnosla, solamente queremos darle un vistazo, - le engañó José, el joven estudiante de medicina.

- Dásela, hazle caso, - le amenazó Miguel, aprovechándose de la superioridad que les podía demostrar a aquellos pequeñajos.

El chico sopesó la situación. Debía valorar que era preferible entregarla antes de que usaran la fuerza. Ya desde el primer momento en que sus compañeros se la mostraron, no supo decir el porqué, pero no le gustó nada. Aquellos jóvenes, debían saber más que ellos y averiguarían de qué se trataba. Pero antes de entregarla les obligaría a hacerles una promesa.

- Está bien, os la entregaré si me prometéis una cosa - advirtió.

- Dí, ¿de qué se trata?

- No hemos hecho nada malo. Cuando os la entregue nos dejaréis en paz. Lo hemos encontrado cerca de aquí, medio enterrada, la hemos cogido y nada más, no hemos hecho nada, no la hemos robado ni nada parecido. Os juro que estaba aquí. Explícaselo tú - señaló al muchacho que la encontró.

- De acuerdo, pero dáme lo ya. Os prometemos que no pasará nada. Estoy seguro de que no habéis hecho nada malo, tenéis cara de buenos chicos, - le alborotó el cabello como muestra de cordialidad.



*El resto del grupo observaba con gesto de fastidio, por culpa de aquello, ahora se quedarían sin juego. Tendrían que inventarse algo o decidirse por volver para casa, todavía era temprano y les habían arruinado como poco una hora de juego. Uno de ellos protestó, pero fue callado rápidamente por Miguel, quien lo amenazó con llamar a la policía, como si el niño fuera un delincuente.*

*- De acuerdo, aquí tenéis, - le entregó el objeto de la discusión con cara de resignación.*

*Tanto uno como el otro se lo miraron atónitos. Aquello que manejaban era claramente un cráneo, casi con toda seguridad, humano.*

*- ¿Cómo es posible que hayan encontrado este hueso aquí? - Miguel estaba perplejo.*

*- Es muy extraño. Debemos notificarlo a la policía, - propuso.*

*- Por supuesto, no es normal que se encuentren restos humanos medio enterrados en éste lugar. Esto no ha sido nunca un osario. Aunque esta zona fue un vertedero... de todos modos no es lógico. Las autoridades deben saberlo, - sentenció.*

*Los ocho muchachos, les rodearon de pronto con curiosidad al escuchar que iban a notificarlo a la policía. Era mejor no hacer demasiado revuelo para que no se montara un círculo de curiosos a su alrededor, sin tan siquiera saber cuál era verdadera la importancia del hallazgo.*

*- ¿Y si es de un perro? - preguntó el más curioso de los niños.*

*- No, por la forma y características es con toda seguridad humano. ¿Estás de acuerdo, Miguel?- se dirigió a su amigo y compañero de carrera.*

*- Por supuesto, lo tengo claro, no hay duda de que perteneció a un ser humano, - corroboró.*

*- Escuchadme bien, chicos - José, les rogó silencio, sin demasiada fortuna -. Por favor, escuchadme todos. Dejadme un momento hablar, esto es muy serio. Ahora os daré dinero para que vayáis a compraros una pelota de las de verdad, - se escucharon al momento gritos escandalosos que provocaron las miradas de la gente que pasaba por los alrededores -. Basta de*

escándalo, se acabó – sacó unas monedas del bolsillo dispuesto a entregárselas al chico mayor -. Pero antes dos cosas, necesito que me indiquéis el lugar exacto en el que apareció el cráneo -. Se dirigieron todos en comandita hacia la zona más baja del terreno, sorteando los escombros que se acumulaban. El niño que lo encontró lo condujo hasta ese punto. Miguel cogió una piedra grande y una vara metálica que utilizó para señalar el lugar -. Por último, una cosa más, no quiero que comentéis con nadie nada de lo que aquí ha ocurrido, ¿entendéis? Nada, ni una palabra. Cuando la policía esté al corriente, ya decidirán ellos lo que debe hacerse. Vosotros a lo vuestro. Venga, fuera de aquí, rápido – ordenó.

Uno de los niños, se hizo el rezagado, quedándose a unos metros de los jóvenes. José que lo vio, le preguntó qué pasaba.

- Prefiero quedarme aquí con vosotros hasta que llegue la policía, ¿puedo? – rogó con voz tímida.

- No, no puedes, venga ves con tus compañeros.

- Señor, solamente una pregunta ¿Cuándo uno se muere se queda así, con esa pinta...? ¿Dónde se le ha caído la carne y la piel? ¿y los ojos...?

- Te he dicho que te vayas – se lanzó a correr hacia él para asustarlo, finalmente el niño reaccionó y salió corriendo en busca de sus amigos.

-¿Qué piensas?- preguntó a Miguel que se mostraba silencioso.

- Pues que es algo muy extraño. Sí ha aparecido el cráneo, ¿Dónde está el resto del cuerpo? Quiero decir, que si seguimos escarbando por aquí, encontraremos más huesos, ¿no?- dedujo.

- ¿Pretendes que lo comprobemos nosotros? – insinuó José, inseguro de lo que proponía su amigo.

- Calla. Te has vuelto loco. Que lo hagan ellos. Nosotros solamente lo denunciaremos. Ni hablar. Vámonos de aquí.

Mientras caminaban en dirección a la comisaría del distrito Universidad, la más cercana al barrio, contemplaban el resto mortal, girándolo sobre sí mismo, cavilando sobre los motivos de un hallazgo como aquel.

- No sé que piensas tú, pero yo juraría que perteneció a alguien muy joven, - observó Miguel.

- Estaba pensando lo mismo, por las dimensiones del perímetro del hueso, no podía ser de alguien de más de 12, 13 años a lo sumo. - Un estremecimiento recorrió su espina dorsal -. Entreguémoslo de una vez. Vaya misterio, - exclamó intrigado y al mismo tiempo angustiado por lo que podía representar.

Entraron en comisaría con el objeto en la mano. Un oficial al observar lo que sostenían, entró presto por una puerta. Cerró tras de sí y al minuto apareció con quien se identificó como el comisario Roldán. Boquiabierto, sin saber qué decir, miró cauteloso a los ciudadanos que hacían semejante aportación, para acabar sometiendo a un breve interrogatorio.

- Ahora mismo envío a mis hombres al lugar, para que averigüen que pasa ahí. Por favor, no se muevan de aquí. Acompañaran al cabo hasta el lugar, allí levantarán acta de lo que ha sucedido. Espérense, - les rogó bastante alterado.

En pocos minutos, un eficiente dispositivo se puso en marcha.

Sentados en las dos únicas sillas disponibles ante el mostrador donde se expedían las denuncias de los ciudadanos, esperaron con el cráneo en la mano sin saber muy bien qué hacer con él, pues todo el que circulaba por la oficina los miraba con cara de sorpresa al comprobar el objeto que manejaban. Tras el mostrador, un policía uniformado contestó al teléfono en un par de ocasiones, sólo les llegaban palabras sueltas. Miguel, intentó averiguar con el fin de distraerse, de qué trataba la conversación del agente. Pudo saber que dialogaba en torno a un robo menor que acabó con una pelea callejera sin importancia.

El más mayor de los agentes, situado ante una impecable Hispano Olivetti, utilizando solamente los dedos índices de ambas manos, pulsaba con tanta fuerza las teclas que parecía que iban a saltar de un momento a otro, quedando al descubierto el esqueleto metálico. Se quejó dos veces consecutivas tras haberse equivocado. Dio un brusco tirón del papel, que fue a parar arrugado bajo la mesa de su compañero, al no atinar con el lanzamiento a la papelera. Introdujo otro, con la esperanza de que aquella vez no errara de nuevo.

Una puerta se abrió para dar paso a una joven sin uniforme que entregó unos papeles a cada uno de los trabajadores que se encontraban en la oficina. Al darse la vuelta para dirigirse al policía que atendía el teléfono, topó con José y Miguel, quienes la miraron emitiendo una amable sonrisa. Ella, bastante atractiva, se la devolvió. Miguel sin poder controlarse se sonrojó al tiempo que descendió su mirada hasta el suelo.

Su amigo se dio cuenta enseguida y comenzó a meterse con él para distraerse un rato. La espera se hacía larga.

- Le has gustado - le golpeó con el codo -. Te ha mirado a tí. ¿No te has dado cuenta? Dile algo, no seas tonto. Aprovecha, - le animó con socarronería.

- Déjame en paz ¡qué quieres que le diga? ¿quieres que haga el ridículo?- se quejó, molesto.

- Perdona, no te enfades, sólo era una broma. - Cesó unos segundos, para comenzar de nuevo a insistir -. No veo porqué no le puedes decir nada. Tampoco sería tan extraño. Es muy guapa - observó.

Viendo que su amigo no se decidía, fue él quien tomó la iniciativa. Se levantó de la silla y se dirigió al mostrador, donde la chica conversaba con el hombre del teléfono.

- Por favor, estamos esperando desde hace un rato al señor comisario. ¿Puede decirme si tardará mucho? Mi amigo tiene cosas que hacer, pero le hemos prometido que esperaríamos, - mintió.

La chica le dirigió otra agradable sonrisa, acercándose a él al mismo tiempo que escrutaba también a Miguel. Éste, tímido como siempre, se arrellanó en el asiento, constatando su turbación. José, disimuladamente, le hizo un gesto para que se acercara. Con un amago de reproche, se levantó, nervioso y dubitativo. No se fiaba de las ocurrencias de su amigo.

- Hola. Es cierto tengo un poco de prisa, - atinó a decir, siguiéndole la corriente a José.

- ¿Qué hacéis aquí? No tenéis aspecto de atracadores, ni de pendencieros, - observó.

- No, por supuesto. No somos nada de eso, - rió José por el comentario -. Explícale tu mismo Miguel. Es que mi amigo ha hecho un hallazgo muy interesante. Enséñaselo a esta señorita, - le animó.

La mirada asesina que proyectó, podía haberlo fulminado en un segundo de haber ido acompañada de fuego. ¿Por qué me hace esto? - pensó para sus adentros.

Ante la insistencia de José, no le quedó más remedio que explicarle a la joven lo que había ocurrido hacía tan sólo una hora en el descampado de la calle de Cea Bermúdez. Mientras su amigo, no cesaba de interrumpirlo, exagerando los hechos, intentando denotar que todo el mérito era de Miguel.

- Es que somos estudiantes de medicina, - informó.

- Ah! que interesante. - Cogió el cráneo y lo observó con detenimiento - parece muy extraño.

Me habéis dejado intrigada.

- Perdona que te haga una pregunta - Miguel se comenzó a envalentonar ante el interés de la chica - te molesta que pase por aquí para irme informando de cómo va la investigación. Ya que me he visto involucrado casualmente en el tema, me gustaría conocer el desenlace. ¿Crees que habrá algún problema?

- Ninguno, ven cuando quieras, aunque deberás entender que habrá cosas que pertenezcan al secreto sumarial - le advirtió.

- Claro, por supuesto, me hago cargo.

A los pocos minutos, el comisario apareció con dos agentes, rogándoles que les acompañaran. Miguel, antes de marchar, se giró con cautela para echar un vistazo a la joven que los había acompañado hasta la calle, sorprendiéndose al comprobar que ella también le observaba.

- Nos veremos, - le dijo con convencimiento.

- Sí, claro -acertó a contestar, ligeramente sonrojado de nuevo.

El comisario procedió a inspeccionar la zona, para ello pidió a sus hombres que le ayudasen en la búsqueda de pistas o indicios que delataran lo que allí había ocurrido. Solicitó también ayuda a unos trabajadores de una obra cercana, para que removiesen la tierra, al no disponer de los equipos necesarios para hacerlo. La sorpresa fue que a los pocos minutos, uno de los colaboradores voluntarios, en una de las paletadas, extraía a la vista de todos, un nuevo hueso.

- Parece que es aquí donde se encuentran, - señaló en una oquedad algo distanciada del punto que Miguel había marcado -. Estoy seguro que si profundizamos, encontraremos más - gritó.

- Debes tener cuidado con no enterrar más los restos. Creo que será mejor que se haga de forma más minuciosa. Traed palas, haremos diversos montones de tierra, cada uno de nosotros se encargará de uno, - ordenó.

Miguel, alertó al comisario de que podían haber huesos de menor tamaño, difíciles de identificar. Se ofreció, junto con José para ayudarles. Sus conocimientos de medicina, quizás pudieran servir de algo en aquella tarea.

A los pocos minutos, uno de los agentes extrajo otro hueso de su montículo, el que rápidamente los estudiantes identificaron. Se trataba de una tibia.

Se personó, entonces el médico forense, quien se dedicó a dictaminar todo aquello que iba saliendo a la luz. Al caer la noche y hacer recuento de los restos humanos encontrados, vieron

que había una tibia, tres cúbitos, varias vértebras y un radio. Además de varias monedas envejecidas de diez céntimos, una botita infantil, restos de un calcetín, un trozo de tejido de un vestido y el asa de un capazo.



Como era de esperar, la noticia se extendió rápidamente por el barrio. La gente del vecindario se aglomeraba ante el lugar, dificultando los trabajos de investigación y de paso, haciendo sus propias teorías.



*Roldán pidió a los estudiantes sus respectivas direcciones personales, para poderlos localizar e interrogarles más adelante. Les aconsejó, no obstante, que era preferible que fueran ellos quienes se acercaran a comisaría e hicieran una declaración jurada.*

*- Quisiera poder hablar también con el chico que encontró el cráneo, ¿sabéis donde lo puedo localizar?*

*Se miraron el uno al otro, sin saber que decir ni que excusa poner. No habían pensado en aquella posibilidad y por tanto, no tenían ni idea de cómo localizar al muchacho.*

*- No sabemos cómo se llama, pero le podemos hacer una descripción. Seguramente estará por aquí cerca. Podemos preguntar a otros chicos – sugirió Miguel.*

*- Está bien, ya lo solucionaremos. Acudid entonces a comisaría y hablar con mi compañero. Lo localizaremos, tiene que ser del barrio.*

*- Seguro que es de la zona, iba de la mano de su hermano pequeño, de unos cinco o seis años. No debían estar muy lejos de casa, imagino.*



*Se despidieron, marchando en dirección de nuevo a comisaría. Se había hecho muy tarde, pero aquello urgía más que cualquier otra cosa. Era como si nada importara tanto como descubrir el motivo de que aparecieran huesos humanos bajo tierra, en medio de la ciudad.*

*He aquí una evidencia que es también una norma,  
los únicos tónicos de la voluntad son la verdad y la justicia.*

*Santiago Ramón y Cajal*

*Barcelona, 18 de febrero de 1928*

*- Mariana, ven, mira esto, - gritó Salvador.*

*-¿Qué pasa? No me asustes así con estos chillidos, - le recriminó.*

*- No, mujer, no quiero asustarte, es que acabo de encontrar algo que nos interesa. Toma, lee tú misma.*

*Captada por la curiosidad que su marido le transmitía, cogió el diario que el Sr. Gasull daba a Salvador después de haberlo leído y con una rápida mirada, buscó impaciente la noticia que le indicaba. Por los titulares, se percató al instante de cual era de entre las muchas que había aquel día. El titular decía así:*

*"Han sido hallados los esqueletos de las niñas desaparecidas. Aparecen en unas excavaciones próximas a la calle de Hilarión Eslava".*

Red. y Admón., COLEGIATA, 7. Teléfonos 11.194 y 11.195.

## de Volpi en el do italiano

la agricultura deben  
vidades preferidas por  
os italianos”  
e 67 millones en enero

Por 173 votos y una ab-  
sencia italiana ha aproba-  
do la moneda del Gobier-  
no tras un largo discurso del  
Ministro de Hacienda, conde Volpi.  
El conde empezó haciendo historia  
de las realizadas en el presu-  
puesto en los primeros años  
que dieron como resulta-  
do del presupuesto en el  
año 1924-25. En enero de 1928  
ha sido de 67 millones de  
liras y anuncia un superávit con  
el año.

El mar y la tierra  
de Hacienda afirmó des-  
de la necesidad de reducir los gas-  
tos gastando toda la posible e-  
conomía a las Adminis-  
traciones provinciales y comunales. El  
Ministro de Hacienda pública y de  
debe tender hacia las dos  
actividades productivas indi-  
viduales, el mar y la tierra.  
El comercio italiano, que ocu-  
pa el cuarto lugar en la Marina  
mundial. En cuanto a la tie-  
rra, hay que enriquecerla por  
el parcelamiento, con objeto  
de aumentar la capacidad productiva  
de las generaciones italianas.  
El país está ya y provisto de me-  
dicos, setecientos mil hec-  
táreas seguras por este camino con  
abundancia aún, mediante la ayu-  
da del gobierno al crédito agrario y  
de los Estados para los intereses de  
los que fueran necesarios.  
El ministro recordó después los ma-  
gistrados y la intervención direc-  
ta del gobierno italiano en la larga  
lucha contra la especulación  
financiera. La diferencia resultante  
de la mensa jugada, al cerrarse las  
operaciones ha sido pagada por la especu-  
lación internacional.

La acumulación de reservas oro  
se ha operado sucesivamente los em-  
pleados extranjeros autorizados por el  
gobierno con grandes precauciones y  
medidas exclusivamente produc-  
tivas a estrechísima vigilancia y una  
selección de los empréstitos  
será realizada por el Comité  
técnico financiero, el cual es-  
tima apreciará la productividad de  
los empréstitos. No se consentirá nin-  
gun empréstito más a los Institutos pú-  
blicos ni a las provincias y Mu-  
nicipios.

ya medidas para poner en  
circulación el oro y en moneda oro  
billetes del Banco de Italia y  
de refuerzan la obligación en  
el Banco de Italia de mante-  
nerse de la moneda italiana den-  
tro de los límites de su valor oro. La

## HAN SIDO HALLADOS LOS ESQUELETOS DE LAS NIÑAS DESAPARECIDAS

Aparecen en unas excavaciones pró-  
ximas a la calle de Hilarión Eslava

Las niñas se refugiaron en una  
cueva que se hundió sobre ellas

### VARIOS OBJETOS HAN SERVI- DO PARA LA IDENTIFICACION

La maestra, a la que se acusó  
injustamente, tuvo que huir de  
Madrid, amenazada y perseguida.

Las madres de las desapareci-  
das dudan de que los res-  
tos sean de sus hijas

En las excavaciones que se efectúan  
en la calle de Cea Bermúdez han sido  
encontrados, frente a la de Hilarión Es-  
lava, los esqueletos de las tres niñas  
que desaparecieron de sus respectivos  
domicilios el día 24 de mayo de 1924.  
Según todos los indicios, las criaturas  
se cobijaron en una de las muchas cue-  
vas que existían en aquellos lugares, y  
un desprendimiento de tierras las se-  
pultó.

Las niñas se llamaban Angeles Cue-  
vas Guillén, de siete años; María de  
Val Paredes, de seis, y María Ortega  
Guirao, de diez. Cerca de los esqueletos  
se han hallado los elementos necesarios  
para que las familias hicieran la iden-  
tificación, entre otros el de 75 céntimos  
que la niña Mariquita Ortega recibió de  
la maestra doña Mariana Escudero para  
que fuese a comprar patatas, momento  
desde el cual no se volvió a saber nada  
de las pequeñas.

### El primer hallazgo

Ayer, en la sección de sucesos, dimos  
cuenta de que en las obras que se rea-  
lizan en la calle de Hilarión Eslava se  
habían encontrado unos restos humanos  
y cerca de ellos una bota y algunas  
piezas de cobre. Este ha sido el punto  
de origen del descubrimiento.

Los restos eran no más que un fémur  
y un cráneo. Este era tan pequeño  
que en un principio los que lo encon-  
traron creían que se trataba de la ca-  
beza de una cabra.

Entre los presentes figuraba un opo-  
rtario llamado José Fernández Sorio,  
que vive en la calle de Andrés Mellado,  
número 5, portería, quien por dedicar  
se a los estudios de medicina, afirmó  
que el hueso fue comunicado a un guar-  
dian municipal, y éste lo participó tele-  
fónicamente a la Comisaría del distri-  
to de la Universidad, a la que pertene-  
ce el lugar del hallazgo. Al enterarse  
de la noticia el comisario don Eusebio

*El corazón casi se le salió por la boca. Las piernas comenzaron a temblarle, se le descontroló el pulso, lo que le provocó un ligero mareo. Salvador la cogió rápido para ayudarla a que tomara asiento.*

*- ¡No me lo puedo creer! Están muertas... - se mostró sobrecogida.*

*- Sí, muertas... - ratificó Salvador -. Ahora al menos podrán descansar en paz, sus familiares y nosotros. Recemos porque sean ellas y que no se trate de un error, - opinó con aire que se juzgo egoísta.*

*- ¡Cómo puedes decir algo así? Nunca perdí la esperanza de que las encontraran con vida. Imaginé que las podían haber secuestrado para venderlas en adopción a otras familias y que en el fondo, pese a perder su verdadera identidad, estaban sanas y salvas. Si te soy sincera, hubiera preferido ese desenlace, aunque yo nunca hubiese recuperado la total credibilidad de la sociedad.*

*Sin poder evitarlo, se desahogó llorando entre los brazos de Salvador que le acariciaba el cabello con delicadeza, aún no entendiendo su postura.*

*- Que crees que a mí no me da lástima. Cuantas veces he soñado en que regresaban a sus casas como si no hubiera ocurrido nada y que nosotros volvíamos a nuestra casa de Madrid y recuperábamos nuestras credibilidad. Cuando me despierto y compruebo que se trata únicamente de un sueño, lloro para mí adentro de impotencia, no sólo por nosotros, te aseguro que también por ellas. En mis sueños aparecen tan reales, tan guapas y sonrientes... - se sinceró por primera vez en aquellos años con su esposa, quien quedó algo aturdida por aquella declaración.*

*- Me gustaría creer que cuando los médicos hagan el dictamen, certifiquen que se trata de otro suceso, no del nuestro. Podrían estar errados. No podemos perder la esperanza - insistió Mariana, en su obcecación.*

*- No quieras engañarte. Tienen pruebas. Han hallado objetos que han servido para la identificación. Son ellas Mariana, lo son. Tienes que ser realista y aceptarlo. Están muertas.*

*Sus padres podrán por fin darle cristiana sepultura y todos descansaremos. Debes aceptarlo tal como es -. La rodeó con sus brazos de nuevo ofreciéndole consuelo.*

*El pasado regresaba de nuevo para volverlos a abatir.*

*- Mira lo positivo de la historia, como tú siempre me dices. Podremos respirar tranquilos de una vez. Se habrá acabado para siempre el sufrimiento y la angustia por este problema. Nunca, nadie más nos señalará por la calle, nunca más nos sentiremos observados. Podremos levantar la cabeza bien alto y quien se cruce con nosotros, aquellos que nos acusaron, ahora deberán quitarse el sombrero a nuestro paso y pedirnos perdón y nosotros les perdonaremos y les diremos que la verdad siempre acaba por ver la luz. Y les rogaremos que nos dejen tranquilos, que queremos continuar viviendo como una familia cualquiera, en el anonimato, - se explayó algo emocionado por todas las sensaciones que su cuerpo iba notando a medida que hablaba imaginando el futuro inmediato. Su voz se alzó al pensar en todo lo que iban a reanudar -. volveremos a levantar nuestra casa y seremos la envidia del barrio. Nos haremos llamar señores y nunca más precisaremos de la caridad. Compraremos a nuestros hijos, zapatos nuevos y te regalaré un abrigo de lana, el más bonito de la tienda.*

*- Basta ya, Salvador. Deja de soñar despierto, - objetó, visiblemente molesta.*

*- No estoy soñando, estoy retornando a la vida. ¿Es que no lo entiendes?- se extrañó.*

*- Claro que sí, te entiendo, entiendo tu euforia, pero es mejor que nos mostremos cautos.*

*Esperemos a ver qué ocurre. No nos avancemos a los acontecimientos. Poco a poco, Salvador, poco a poco, - recomendó.*

*- De acuerdo, que sepas, de todos modos, que he dicho lo que pensaba. Soy sincero con mis sentimientos, es lo justo.*

*- Siempre lo has sido, - le hizo saber.*

Cuando se quedó sola en casa, bueno, entre aquellas cuatro paredes que formaban su hogar, su corazón se entristeció de nuevo, dejándole un vacío profundo que no conseguía llenar con nada. Cualquiera detalle, mientras limpiaba, ordenaba la casa o cocinaba. O bien, cuando se entretenía con su pequeña, la veía sonreír, jugar con sus manitas, cualquier cosa, por insignificante que pareciera le recordaba a las niñas, a esas niñas que nunca se convertirían en unas adolescentes, ni se casarían, ni tendrían hijos, a esas niñas que ella, de algún modo condenó, en el momento en que les hizo el encargo. Un terrible nudo, se aferraba a su garganta de modo que casi no la dejaba respirar. El dolor sobrevinía por diferentes motivos, a veces por una nimiedad otras veces por una acción repetitiva que la transportaba a su antiguo hogar en Caño Gordo, un lugar, que pese a todo añoraba profundamente. Si pudiese volver atrás, a aquel maldito día 24 de mayo, si aquello fuera posible...

El tema de los hallazgos los tuvo alterados de nuevos emocionalmente. Hubo días en los que Salvador aparentó ser más fuerte que ella, eran esos días en los que Mariana se quebraba, incapaz de seguir haciéndose la valiente. La prensa no cesaba de dar información al respecto. Prefería ser prudente.

El único modo que encontró para remontar aquellas caídas, era su apoyo en Dios. Era Él quien le imprimía fuerzas para seguir adelante, aunque mal viviendo, nunca perdería la fe. Pese a que se resistía, leía todo lo que caía en sus manos, referido al caso. Aquel día una noticia notificaba la finalización de las excavaciones por parte de las autoridades.

# DE MADRID

as y telegramas de la  
META

## El asunto de las niñas desaparecidas

Se dan por terminadas las excavaciones

La cuestión entra en un aspecto técnico

### LABOR DEL JUZGADO

Ayer domingo, el juez que instruye el sumario referente al hallazgo de los huesos en la calle de Cea Bermúdez, estuvo en el Palacio de Justicia, estudiando las actuaciones.

Los periodistas le preguntaron si podía dar detalles, contestando el juez que no tenía nuevos datos que aporten novedad al sumario.

Hoy el juez ha proseguido el estudio del sumario y volverá a recibirse el aviso de que se han encontrado más huesos.

Ayer no se practicaron excavaciones.

Muchos curiosos estuvieron ayer en el lugar del suceso, comentando lo ocurrido.

Creese también que los abogados pedirán al Instituto Geológico que dictamine cuanto se refiere a las tierras y al tiempo que puedan haber permanecido sin removerse, así como al estado de las mismas en relación con los huesos.

### LABOR DE LA POLICIA

En el despacho del director general de Seguridad se reunieron esta mañana, con éste, el jefe superior de Policía, señor del Valle, el juez instructor señor Fernández de Quirós y el comisario del distrito de la Universidad, señor Roldán.

A la salida, el señor del Valle, dijo a los periodistas:

—Nada nuevo sobre el asunto. Las excavaciones se dan por terminadas; la cuestión es ahora absolutamente técnica.

Se van a nombrar doctores, que serán los señores Maestre y Piga, para que emitan informe sobre los restos hallados.

La policía ha logrado averiguar quiénes eran casi todos los volqueteros que acudían a cargar y descargar en los desmontes de la calle de Cea Bermúdez.

Todos han sido oídos a declarar mañana ante el juez.

### INTERESA SABER QUE TIEMPO HACIA CUANDO HACE CUATRO AÑOS DESAPARECIERON LAS NIÑAS

El juez ofició esta mañana al alcalde al objeto de que le sean remitidos los planos de las obras que se realizaban en la calle de Cea Bermúdez antes de que desaparecieran las niñas, y los planos del estado actual, a fin de hacer las debidas contrastaciones.

El Instituto Geográfico y Estadístico, respondiendo a las preguntas que se le han hecho por la Dirección de Seguridad sobre los datos meteorológicos referentes a los días anteriores a la desaparición de las niñas, ha manifestado que durante los meses de Febrero, Marzo y Abril de 1924 el tiempo fué de gran humedad, lloviendo 31 días y nevando once. En los días de Mayo hasta el 24 se registraron tres días de lluvia bastante intensa. Por lo tanto, la hipótesis de que en aquellos días ocurrieran desprendimientos y corrimientos de tierras es muy verosímil.

### DICE UN CRIMINALISTA

Preguntado el criminalista señor Doval sobre el hallazgo de restos humanos, ha dicho:

“No tiene por ahora dicho asunto horizontes sensibles. Los problemas criminales no consienten hipótesis ante las conciencias de los encargados de plantearlos y precisa que el desapaesamiento espiritual convierta en extasis la mente del investigador con paciencia de benedictino que ahuyente toda clase de hipótesis, hasta que surjan pruebas flagrantes que afirmen la evidencia. Esta, falta. Esperemos, pues. Cualquier afirmación prematura no representa otra cosa que ir agrandando el rosario con otra y otras cuentas que harían interminable esta lefandía investigadora.”

Tenía ratos, en los que egoístamente, deseaba que aquellos restos fueran de las niñas y así acabar con su padecimiento, como bien decía Salvador. Sería, entonces el momento de descasar. Quizás entonces acabarían definitivamente las pesadillas que le asaltaban noche tras noche, obligándola a pasar interminables veladas de insomnio. A pesar de ello, su alma rechazaba aquella opción. Si aceptaba la muerte de las niñas, aceptaba su propio fracaso. Solamente eran tres niñitas pequeñas que justo empezaron a vivir cuando se les coartó ese derecho. No merecieron aquel final. Se enjuagó las lágrimas al escuchar que alguien llamaba a la puerta con insistencia.

Unos jóvenes extremadamente educados y amables, se presentaron poco antes de que Salvador y los niños llegaran para comer. Estaban muy interesados en su historia, pese a que en ningún momento se identificaron como periodistas. Sospecharon en todo momento de que lo eran, pero no entendieron porque no hablaron con claridad. Salvador dedujo que quizás pensarán que si decían ser lo que eran, les hubieran cerrado las puertas, después de lo que la prensa hizo con ellos en su momento.

Accedieron, no obstante, a la entrevista, no sin algo de recelo. Aquello de salir en la prensa no lo veían con muy buenos ojos. Aunque, en realidad eso no lo iban a poder evitar, por ello prefirieron que por lo menos, lo que se publicara, hubiera salido de sus bocas. Cuando los jóvenes dieron la charla por finalizada, quedaron contentos con las preguntas y respuestas que habían dado, intentando ser lo más simples y objetivos que pudieron, aún obviando algunas cosas por falta de pruebas.

Al día siguiente, 21 de febrero compraron varios rotativos en busca de las noticias que iban apareciendo en torno al caso.



Trascripción literal del artículo aparecido en *El Correo Catalán* del día 21 de febrero de 1928, traducido del catalán:

#### **"El caso de las niñas desaparecidas de Madrid"**

##### **HABLANDO CON LA MAESTRA MARIANA ESCUDER**

Una casualidad nos ha puesto en conocimiento que vivía en Barcelona la maestra Doña Mariana Escuder la cual educaba una de las niñas de la calle Hilarión Eslava, de Madrid, la desaparición de las cuales ha levantado y está levantando tanto revuelo.

Aunque en Barcelona esta clase de sucesos no nos interesen demasiado, especialmente cuando han ocurrido fuera de la ciudad, nos hemos decidido a visitar a la mencionada señora, suponiendo que sus manifestaciones podrían ser de indudable interés, en las actuales circunstancias que el sumario parece entrar en un período de insospechadas actividades. Nos ha costado mucho encontrar a la señora Escuder, a pesar de que teníamos la dirección exacta: Calle de Capuchinos número 14 de Sarriá.

Primero nos hemos encontrado que la calle de Capuchinos comienza ahora en la plaza Prat de la Riba, es decir, ya no de Prat de la Riba, sino de un nombre que no recordamos. Antes, allí comenzaba la calle de Cataluña y seguía después la de Capuchinos, sin nada del nombre de Cataluña.

Divagamos por los alrededores, preguntamos, volvimos a preguntar algo decepcionados. Al final, un vecino de Sarriá que conocía bien el barrio, se ofrece a acompañarnos y buscamos. Con paciencia y buenos deseos averiguamos que Doña Mariana Escuder vive en el número 14 de la parte antigua de la calle de Capuchinos, pero no entra por esta calle, sino por el barranco que hay en la parte de atrás, dominado por la parte del jardín del convento de los jesuitas.

Dísimulamos nuestra condición de periodistas y nos presentamos como podemos. Al final, conseguimos poder entablar conversación, ayudados por nuestra buena voluntad y educación y deferencia a la señora Escuder y su marido. No nos extraña nada la animosidad de esta familia contra ciertos diarios, porque las truculentas informaciones publicadas en Madrid los perjudicaron enormemente en su buen nombre y en los medios para ganarse la vida.

Tan pronto entramos en la vivienda, nos damos cuenta de la extrema pobreza que los abate. La señora Escuder es una señora que revela los sufrimientos endurecidos, pero tiene en los ojos una expresión de dulzura y serenidad que reconfortan y alejan de seguida toda idea de malos instintos y malas intenciones.

A ruegos reiterados nuestros, nos explica sucintamente su intervención en el desgraciado caso.

- Yo vivía tranquilamente cuidando de mi marido y de mis hijos en medio de la pobreza de los trabajadores. Mi marido cajista de imprenta, ya sufría el mal del hígado, que se le agravaba por las emanaciones inevitables del material que tenía que manejar y por el frío de Madrid. Un día me pidieron si quería enseñar a un chico de 18 años, el cual, por ser tartamudo y estar muy atrasado le daba vergüenza acudir a la escuela. Acedí y viendo el buen resultado obtenido, la familia me pidió si quería enseñar una niña, la cual, así se evitaría tener que ir lejos y aprendería más. Al cabo de poco tiempo ya tenía siete u ocho niñas, casi todas .....(parte ilegible)... Aquel día le dije que no tenía prisa.

Por otra parte, las madres de las niñas, en las acusaciones que les dictaba su dolor, me exceptuaban a mí de responsabilidad.

El clamor popular, inducido por gente desaprensiva, gritó contra un rapto y lo pagamos todos los que habíamos tenido alguna relación con aquellas niñas. Yo me vi más de un mes en prisión y mi amiga la Srta. Morales, a la cual yo había reconocido para gestionar la libertad y la mejora de condiciones del padre de la niña que más trato tenía conmigo, y para favorecer a esta misma niña, se vio acusada del crimen de haber raptado las niñas y habérselas entregado a personas con malas intenciones.

La señorita Morales murió de sentimiento y asco, bajo la acusación más absurda. ¿Quién le devolverá la vida y quien le dará la satisfacción de verse reivindicada en el aprecio popular?

- Y eso que dicen ahora, que se han encontrado los esqueletos de las niñas dentro de unas cuevas, ¿qué le parece?
- No sé qué decirle... No tendría nada de particular que las niñas sabiendo que yo no tenía prisa para recibir las patatas, al verse juntas, se parasen a jugar en las cuevas, las cuales no eran tales cuevas, sino grandes aberturas del terreno poco tupido, aunque las niñas les llamaban cuevas. Por cierto, que ahora recuerdo que un día escuché que las niñas decían que iban a jugar a las cuevas. Yo les dije que no fueran, porque era peligroso. Yo me refería principalmente al aspecto moral y al peligro que corrían las niñas mezclándose con los chicos por lugares no demasiado vigilados. Ellas me respondieron que sí jugaban y hacían casetas por la calle, los chicos que pasaban se las deshacían de una patada. Y que en cambio, en las cuevas estaban solas y nadie las estorbaba.
- ¿Cree que aquel día las niñas fueron a jugar a las cuevas?
- Sólo le puedo decir que, al darle los setenta y cinco céntimos, dije que no tenía prisa en recibir las patatas. No sé si la niña encontró a las otras y se pararon a jugar, y entonces sobrevino la desgracia.

Nos dirigimos al marido, Salvador Gómez y le preguntamos qué fue lo que movió a la familia a venir a Barcelona.

- Nosotros - responde - no teníamos nada que callar. Conozco a mi mujer y nunca dudé de su inocencia. Pero figúrese mis penas durante las semanas que ella pasó en prisión. Dormía por las calles, aún teniendo miedo de la indignación de la multitud y no podía pelearme con la gente. A parte de la escasa salud y fuerza, hubiera sido inútil hacer callar uno o dos. Mientras tanto, los niños permanecían abandonados a la buena de Dios.

Más tarde, una vez sobreseído la causa y reconocida legalmente la inocencia de mi mujer, pensamos en venir a Barcelona para buscar trabajo.

Aquí entré de cajista en una imprenta y no puedo quejarme del afecto de los dueños. ¿ve esta mesa? Me la dieron los dueños...”

(en este punto se pierde el final del artículo).

## Examinando un cráneo hacen un precioso descubrimiento

Desde muy temprano se encontraba ayer en su despacho oficial el juez del distrito de la Universidad, D. Felipe Fernández y Fernández de Quirós, cuya labor supera a todo elogio.

Próximamente a las diez y media de la mañana llegó al Palacio de los Juzgados el eminente cirujano Sr. Gómez Ulla, que inmediatamente pasó al despacho del señor Fernández de Quirós, al mismo tiempo que llegaba el doctor Pombo.

Los dos médicos permanecieron en el despacho del juez hasta las once y media, hora en que salió el doctor Pombo, manifestando que habían estado examinando unas fotografías.

El doctor Gómez Ulla expuso a los periodistas que solamente había ido a complementar al señor juez, deber que no había cumplido desde que fué designado para la Comisión que había de estudiar los huesos hallados en la calle de Cea Bermúdez.

El reportero recuerda que hace varios días, en una de las visitas hechas por el juez al lugar del macabro hallazgo, le fueron entregadas unas fotografías, y más tarde otra de una de las niñas desaparecidas, la que tenía curvadas las piernas, curvatura que se ve admirablemente, y recordando también que el doctor Gómez Ulla tiene en la Comisión de médicos nombrada por el Juzgado la misión de hacer el estudio del estado patológico de los huesos encontrados, no es aventurado suponer que la fotografía que según el doctor Pombo fueron a examinar sea la mencionada de la niña, que sufría la curvatura de los fémures, que es lo que tiene por misión estudiar el doctor Gómez Ulla, creencia que nos da mayor firmeza el venir observando desde que los huesos fueron llevados al Instituto de Medicina Legal que en la colección hecha por el doctor Villa, obra admirable de tan notable anatómico, solamente se ve un fémur, por cierto curvado

### En el laboratorio

Cuando llegamos ayer al Laboratorio de Medicina Legal encontramos al doctor Maestre, como siempre, pues es una incógnita el saber cuándo descansa, haciendo estudios al microscopio y reacciones diversas.

Don Tomás, siempre amable, pues no olvida su época de periodista, nos enseña las reacciones de distintos órdenes biológicos que está realizando, pues quiere unir al testimonio facilitado por los insectos, por los "trabajadores de la muerte", las

investigaciones biológicas, por las que se puede precisar la data de la muerte.

Los trabajos van tan adelantados, que espera poder dar al juez las conclusiones en los primeros días de la semana próxima, conclusiones en las que contesta la Comisión médica a las cuatro preguntas hechas por el Juzgado y probablemente algunas más y de importancia.

Los procedimientos que está usando para estos estudios son completamente nuevos, de gran precisión y muy delicados.

Una aclaración hemos de hacer, como conocedores que somos de esta materia, y dedicada a los impacientes.

En estos trabajos hay reacciones en las que se invierten cuatro días, y no debe de olvidarse que son muchas las que están haciendo.

### Un precioso hallazgo

Al penetrar en el Laboratorio de Medicina Legal encontramos al doctor Piga tan absorto en el estudio de una de los cráneos, que no advirtió nuestra llegada.

Con exquisito cuidado levantaba una concha del referido cráneo; debajo de aquella apareció cabello color castaño.

Al advertir el doctor Piga y el doctor Maestre de que habíamos descubierto tan importante hallazgo, ocultaron discretamente la calavera que examinaban.

### La ciencia del doctor Villa

Toda la mañana ha estado trabajando el doctor D. Julián de la Villa en el Laboratorio, continuando sus trabajos con el fosicroniómetro del doctor Maestre, haciendo perfiles admirables sobre papel milimétrico, trabajo que es de gran importancia para este interesantísimo estudio de Medicina legal, tan inmenso que no recordamos exista otro en los anales de la ciencia médico-legista.

Los trabajos llevados a cabo por el doctor Villa son de tal naturaleza que solamente persona de su valía y amor a su carrera es capaz de realizarlos.

### Dice el Sr. Kindelán

Algunos periodistas han hablado con el Sr. Kindelán, el cual ha manifestado que nada diría hasta que los médicos informen, cumpliendo con esto órdenes del juez, pero que si éste se lo consiente, al siguiente día de que los médicos entreguen su informe, facilitaría una nota a los periodistas.

# MADRID

DE "A B C"

ría orga-  
futuro  
en

el turno a las opi-  
manuel Argüelles y

bre la base de la  
bastaría la modifi-  
y reglamentos en  
de un pasado  
itu de los futuros  
para nada los fel-

ccionando su pun-  
ne adopte el par-  
mo Congreso, se-  
de sus opiniones;  
una Cámara cor-  
Cámara producto  
ambas Cámaras  
os de fiscalización  
y que en ellas  
oder legislativo;  
on se consigne el  
l, se garantice el  
considere al tra-  
rador de ciudadada-  
otado no deberá  
hereditarios, y  
na nacional debe  
normales y sin  
empre peligrosi-

AS Y  
NTES  
ACIONES

representación de

Rosa, de la co-  
varez Quintero  
se presentó  
sabel la nueva  
o Eñi Moreno,  
una artista des-  
pues durante  
adad de Fran-



El doctor Codina durante la notable conferencia que dió anoche en los salones de la Unión Patriótica.

(Fot. Fto)

## EL SUCESO DE LA CALLE DE CEA BERMUDEZ

### Según el doctor Maestre, todos los indicios permiten asegurar que los restos hallados coinciden con los que pudieran pertenecer a las niñas desaparecidas de la calle de Hilarión Eslava

No hay más que tres esqueletos, aunque incompletos. La muerte de las tres criaturas debió ocurrir hace cuatro años y en época de calor. En una de las costillas está señalada una de las piezas de diez céntimos encontradas en el lugar del suceso, lo que prueba que quedó debajo del cuerpo

### Hablando con el doctor Maestre

La figura del doctor Maestre

Ayer tarde recibió a uno de nuestros redactores el ilustre doctor Maestre, que es la figura científica más interesante en este su-

—Sí, señor, terminante, absolutamente terminante—añade—son de párvulo. Desmienta usted lo que se dijo en los primeros momentos de que uno de los esqueletos era de adulto.

dado, nada de eso nos ha producido preocupación, seguros de que el favor del público se conquista con estas pruebas de seriedad y de veracidad.

Claro es que a los contradictores, como de costumbre, les será fácil salir del atolladero diciendo ahora, como en otros

año 1924, que ha sido desde los primeros momentos la orientación de nuestra campaña.

A nuestro juicio, sólo falta para llegar al convencimiento que los doctores que realizan los estudios en el Laboratorio de Medicina legal de la Facultad de San Car-

Nueva noticia en la que parece confirmarse que los restos exhumados pertenecen a las tres niñas desaparecidas

*A veces damos el nombre de favor a la justicia y creemos de muy buena fe que fuimos buenos y generosos cuando no hemos sido más que justos.*

*Concepción Arenal*

*Madrid, abril y mayo de 1928*

*- Los Doctores Pombo, Píga, Segarra y Gómez Ulla, están a punto de salir del juzgado.*

*- Pronto conoceremos la resolución del caso. Todos los indicios conducen a pensar que los cadáveres son de las tres niñas. Hay demasiadas coincidencias.*

*- Estoy al corriente de lo que se está publicando en la prensa y según las declaraciones de eminentes científicos que han trabajado en el caso, es cierto que las niñas quedaron enterradas bajo un corrimiento de tierras. - José lo tenía claro. Era un admirador del forense Dr. Segarra. Había dado clases con él y tenía un talento especial para mantener durante todo el curso las aulas llenas. Era quizás el único que lo conseguía. Durante la carrera habían hecho más de cuatro o cinco jornadas de ausencias, pero nunca habían osado faltar a la asignatura del ilustre Doctor -. Me hubiera gustado hablar con él personalmente, puede que nos hubiera explicado cosas relacionadas con este asunto.*

*- ¡Qué imaginación tienes! - Miguel le criticó, pensando que aquello que comentaba era una absoluta estupidez de José.*

- No veo porqué no iba a hacerlo. Hemos sido sus alumnos predilectos. Conoce nuestra relación con el caso. Incluso nos hubiera podido solicitar ayuda durante la investigación, - opinó, en contra de su amigo.

- No ves que los trabajos pertenecen al secreto sumarial. El juez no se lo permitiría. No se trata de un juego, esto es mucho más serio de lo que te imaginas, hay muchas personas implicadas, - le hizo entender.

- ¿Crees que no lo sé? - preguntó escéptico - Estoy seguro de que si hablo personalmente con él, me permitirá dar un vistazo al sumario sin poner ninguna objeción -. Es oportuno tener diferentes puntos de vista.

- Ya los tiene, colaboran más de una decena de médicos. Conmigo no cuentes para hacer el más absoluto ridículo.

- Eres un cobarde, - se burló, para variar.

- Esta tarde he quedado con Carmen para ir al cine - le informó, cambiando totalmente de tema -. ¿Sí te quieres venir? ¿O es que acaso no tienes pareja que te acompañe...? - aprovechó ahora que las circunstancias habían cambiado en su favor.

- No quiero molestaros, estaréis mejor solos. Así no te cortarás en el momento de besarla - volvió a burlarse.

- Lo que te molesta es que esta vez la chica se fijara en mí, no estás acostumbrado a que una mujer deslumbrante te rechace y elija a tu amigo - le dijo con absoluta ironía.

- No te olvides de que fui yo quien te lo puso en bandeja el día de la denuncia, - le recordó.

- Sí, encima tendré que darte las gracias, que cara más dura, - rieron.

Recogió a Carmen en la puerta de Comisaría a la hora en punto, tal y como habían quedado

- Puede que pasemos de ir al cine. No me apetece, - le comentó con semblante serio.

- Como prefieras. ¿Qué quieres que hagamos?

- Sentarnos tranquilamente en un bar a tomar un refresco. ¿Qué te parece? Después ya veremos... - propuso.

- Me parece perfecto. Te veo triste, - le comentó preocupado.

- No es nada, llevo una tarde agobiante de trabajo. La historia de las niñas me tiene absorbida.

El único lugar en el que se podía estar tranquilo, sin molestos ruidos ni demasiada gente, era en el Bar-Restaurant La Bodeguilla, situado en las afueras del barrio, donde se podía tomar un bocado a buen precio y de buena calidad. Pensó en sí le alcanzaría para invitarla a cenar. Con disímulo contó las monedas que llevaba en su bolsillo. Le afectaría notablemente a su economía, pero por una vez, valdría la pena, ella lo merecía. Sentía una atracción irresistible, que nunca antes había sentido por nadie. De pobre no saldría por un gasto superfluo, - pensó.

El camarero llegó con un vaso que chorreaban espuma blanca y espesa, que se acercó presto a los labios para no desperdiciar una gota de la riquísima cerveza que servían en aquel lugar. Ella prefirió un refresco de limonada. La observó, no parecía que se le pasara el mal humor.

- Hoy han estado declarando varias persona, - le informó, denotando que aquel era el único tema de su interés en aquellos momentos.

- Te estás obsesionando con todo esto, ¿no crees?

- No es obsesión, es intriga, simple curiosidad. Si no te apetece no te lo explico, - comentó apesadumbrada.

- No es eso. Has tenido un día agotador, te lo noto. Quizás te convenga olvidarte por unas horas del tema. Aunque, la verdad es que a mí también me atrae...



- Perdona, es que estoy algo nerviosa. Se está alargando mucho, para mí es muy desagradable. Imagino las pobres niñas y... - calló de repente, algo atormentaba sus pensamientos.

- Tranquilízate. No podemos hacer nada ya, más de lo que estamos haciendo. Tengo entendido que se han encontrado otros objetos que se relacionan con ellas.

- Sí, cada vez hay más evidencias de que se trata de las niñas desaparecidas hace cuatro años. Yo estoy convencida. A unos dos metros de los primeros huesos, se han encontrado siete más, también un zapato, parte de un calcetín y un pedazo de cuero perteneciente a una botita. Hoy se ha hallado uno de los huesos que dará pruebas concluyentes para cerrar toda especulación. No te debería explicar esto..., pero necesito hablarlo con alguien.

- Sí vas a tener problemas por ello, prefiero que no me expliques nada, ya me enteraré cuando se publique en los periódicos, - le aconsejó.

- Me tienes que prometer que serás prudente, me juego el trabajo si esto sale de aquí, - le advirtió, decidida a seguir hablando -. Quiero conocer tu opinión.

- Como quieras, puedes confiar en mí plenamente, - aseguró.

- Uno de los restos encontrados es un fémur. Lo interesante de este hueso es que tiene una fractura mal soldada en su tercio medio. La madre de la niña más mayor, María Ortega ha sido interrogada por el Inspector esta misma tarde. Hablaban respecto a un accidente que la pequeña tuvo cuando contaba cinco años. Todo coincide, se fracturó el fémur que cicatrizó mal por una deficiente inmovilización que le dejó secuelas que la obligaban a caminar con una ligera cojera, sólo perceptible para alguien que se fijara con mucho detenimiento. En el Hospital del Niño Jesús han confirmado el accidente de María y las consecuencias físicas que tuvo.

Miguel, la observaba con atención, por lo que parecía había pocas posibilidades de error. Todo parecía indicar que en breve los doctores implicados tomarían una decisión definitiva, identificando los restos humanos como pertenecientes a aquellas tres desafortunadas niñas.

Por una parte se alegraba porque todo acabaría y las familias respectivas dejarían de vivir con aquella congoja diaria. Por otro lado, siempre había tenido la esperanza de que aquellos restos humanos perteneciesen a alguna fosa antigua y desconocida. Cada día que pasaba se acumulaban más pruebas concluyentes. En breve, no habría lugar para las dudas.

Encajó con serenidad la primera negativa para cenar juntos, pero no encajó tan bien, el que rechazara que la acompañara hasta su casa. Tenía la sensación de que aquello era desaprovechar el poco tiempo que tenían para estar juntos. Estaba claro que para ella no significaba lo mismo, sino, ¿cuál era el motivo de aquel rechazo repentino? Quizás, simplemente se trataba de que no era capaz de dejar sus preocupaciones a un lado para disfrutar de la velada en su plenitud. Por ello prefería retirarse, - se convenció a sí mismo, no sin razón.

La estudió con detenimiento mientras se alejaba calle abajo, contoneándose graciosa. Lo que desde el primer día le llamó la atención de veras, fueron el color indefinido de sus ojos, oscuros y vivos, que no precisaban de las palabras para hablar, su atrayente mirada, tanto como sus dulces y tiernas facciones. Sus labios, más bien pequeños y carnosos, pronunciaban su perfecta sonrisa. La cabellera semilarga, del mismo color de sus ojos, peinada hacia atrás y su piel, con aquel tono dorado como pocas, la convertían en la mujer más atractiva que nunca hubiera conocido.

Pensando con detenimiento, se percató de que a parte de su belleza exterior, destacaban por encima de todo sus cualidades como mujer, inteligente, educada y razonable, con empuje e iniciativa, amable, receptiva y un sinnúmero más de adjetivos que todavía le quedaban por descubrir. Si ella se lo permitía.

Le pareció extraño encontrarla en aquel penoso estado de abatimiento. No le hizo demasiada gracia dejarla en aquellas circunstancias, pero si ella no quería hablar no podía hacer más que esperar a que se le pasara. Analizando sus pensamientos y las emociones que brotaban al pensar en Carmen, se dio cuenta de que se había enamorado locamente. Regresó a casa y se acostó sin cenar. No tenía hambre, sólo deseaba sucumbir y dejarse llevar por el sueño. También lo necesitaba.

El día siguiente no fue demasiado mejor. La comisaría se volvió a llenar de declarantes que puntuales acudían a dar su versión en presencia del Inspector Jefe. De entre ellos se seleccionarían los que tuvieran que ir más tarde a declarar ante el juez instructor del caso.

Sentados en un banco de la universidad durante la pausa de media mañana, entre clase de anatomía y las prácticas de la tarde en laboratorio, junto con su amigo, hojearon la prensa en la que diariamente se recogía información sobre el avance de las pesquisas.

En el artículo de aquel día se daba detalle de las declaraciones de algunas de las personas habían hecho a las autoridades competentes. El Capataz de las obras, José Villaverde, explicaba los motivos por los cuales se habían formado aquellos montículos de tierra, según su versión eran debido a los vertidos que se producían en el lugar por parte de los volquetes, que trabajaban por los alrededores y que aprovechaban cualquier descuido para echar la carga, acumulándose ésta de tal modo que llegaron a formar los elevados desniveles que se observaban. En época de lluvias se producía el asentamiento y corrimiento de los escombros en el terreno, de ahí las grandes grietas y oquedades que parecía que pudieron producirse.

También había un interesante comentario sobre una de las botitas encontradas aquella semana. Ésta fue fácilmente identificada por la hermana de la pequeña María del Val, quien aseguró que se compró en una tienda de la calle San Dimas nº 2, propiedad de Severiana Alonso,

siendo esta señora reclamada por el juez para ratificar la declaración de la familia del val. La Sra. Severiana recordaba perfectamente a la niña, reconoció de inmediato que se trataba de un modelo de botas, idéntico a los que ella despachaba en su tienda en la época del suceso.

Más abajo, en un nuevo artículo, se podía leer la nota que el Museo Arqueológico de Madrid había emitido después del exhaustivo examen que expertos arqueólogos habían hecho a las monedas localizadas bajo uno de los cadáveres.

- Una nueva prueba coincidente, - advirtió Miguel.

- ¿De qué se trata? - se interesó José, mientras acababa de comerse el bocadillo del almuerzo.

- Esto de las monedas.

- ¿Qué han dicho los expertos?

- Según el dictamen que han emitido a raíz de las pruebas a las que han sido sometidas, concluyen que han debido permanecer enterradas por un espacio de tiempo que oscila entre tres y seis años, sin poder mostrarse más precisos, ya que el envejecimiento del metal es difícil de concretar.

- ¡Podían ser más específicos...!

- Parece ser que con esto ya es suficiente. Se admite la incertidumbre de dos años, teniendo en cuenta que ocurrió hace cuatro, el período entra dentro de lo calculado.

- Sí, pero quizás para el juez no sea un dato concluyente, - advirtió.

- Quizás no sea concluyente este dato en concreto pero sí lo son el cúmulo de datos con los que se trabaja. ¿No sé qué opinas tú? - preguntó Miguel.

- Estoy de acuerdo, pero estas cosas son difíciles de certificar. Hay demasiada gente implicada en la investigación, deberán ponerse de acuerdo. Entonces será cuando Fernández Quirós optará por dar una resolución definitiva y esperemos que irrevocable, por el bien de todos.

- Tengo la sensación de que eso ocurrirá en breve - sentenció.

*El Ingeniero Rodrigo varó, fue el encargado de realizar un detenido estudio de los terrenos, su porosidad, la existencia de filtraciones, la profundidad a la que se encontraron los huesos, etc., deduciendo sin temor a equivocarse que los restos humanos podrían haber estado enterrados perfectamente durante cuatro años.*

*Se añadía a todo ello el estudio que los geólogos Kíndelán y Messeguer del Instituto de Geología de Madrid, hacían, intentando averiguar si en el lugar del hallazgo se habían producido oquedades en forma de cueva, que apoyarían las conjeturas que se barajaban, para dar por cerrado el verdadero motivo de la muerte de las niñas, que todos los investigadores coincidían en opinar que había sobrevenido por el hundimiento de los cuerpos bajo la tierra, con la consecuente asfixia.*

*Como hacía todos los días desde que comenzó a salir con Carmen, se encaminó hacia la comisaría, cinco minutos antes de que finalizara su jornada laboral. No sabía cómo enfocarle el tema sin que se lo tomara a mal. Era consciente de que le había estado explicando mucho más de lo que le estaba permitido, por eso no quería hacerle más preguntas. Era preferible dejar que fuera ella quien hiciese los comentarios. A Carmen le costaba muy poco confiarle a Miguel las novedades que se habían producido durante la jornada. Era arriesgado para su trabajo, podía verse acusada de falta de ética profesional. Sin embargo, en cuanto estaban juntos recuperaban la conversación allí donde la dejaron el día anterior, como si se tratara de una historia por capítulos.*

*- Estás muy guapa hoy...- le hizo saber.*

*- Me ves guapa o quieres decir que soy guapa, - rió traviesa.*

*- Las dos cosas. Hoy estás especialmente atractiva, - insistió.*

*- Será porque se me ha pasado el mal humor. Estoy contenta - sonrió con gesto de coquetería.*

- Seguro que tiene que ser eso. Te luce la mirada – le aseguró, sabiéndose enamorado.

- Estás muy elocuente...

- No, simplemente soy sincero.

Le pasó el brazo por detrás de la cintura y de un golpe seco la acercó contra sus caderas.

Camínaron en silencio. Estaban tan cerca que podían escuchar el roce de sus ropas resbalando una sobre la otra.

- ¿Dónde quieres que vayamos, hoy? – quedó expectante.

- No sé, tú mismo... – dudó ella.

- Dime un sitio y te llevo, – insistió.

- En tren, me gustaría coger el tren y observar el paisaje por la ventana del vagón. Una vez lo hice y me encantó, es muy relajante. ¿Qué me dices...? – le instigó, mostrándose entusiasmada por la idea.

Miguel, evidentemente no podía negarle nada a aquella belleza de mujer.

Cogieron un billete sencillo. Carmen se colocó al lado de la ventana, para disfrutar del panorama. No tenían un rumbo fijo, cuando lo creyesen oportuno, se bajarían, disfrutarían del día y regresarían a la capital. Reconocía que el capricho podía parecer extraño, lo que le ocurría era que necesitaba alejarse de todo aquello, para poder estar más pendiente de su relación con Miguel, que no de su trabajo. Se recrearon durante largos minutos en el silencio de la tarde y en el precioso paisaje de las afueras de Madrid.

Se bajaron no demasiado distantes del origen. En aquel lugar sintieron mejor que nunca la atracción que les unía, libres de cualquier influencia ajena que no fuera la del entorno, un entorno acogedor que les convidó a dar un especial paseo.

Cogiendo la calle principal del pueblo, alcanzaron una especie de mirador desde el que se podía ver el valle de la montaña verde y densa, de naturaleza diversa, viva y creciente, en la que los

colores oscilaban entre los ocres suaves, casi amarillentos de las hojas secas, pasando por el verde pálido de las hojas nuevas, hasta llegar al verde oscuro de las hojas maduras y del resto de vegetación, encontrando también, anaranjados y granatosos de diferentes intensidades.

Un estrecho camino difícil de completar debido a la pronunciada pendiente y a las rocas y ramas que lo obstaculizaban, se abrió paso desde la parte más elevada del mirador hasta alcanzar un caudaloso cauce.

- Podríamos ir hasta allí abajo. ¿Te atreves? - preguntó socarrón. Dio un bote y de un solo salto se situó en la entrada del camino.

- Espérame, - le advirtió ella.

- Dame la mano, te haré de muro por si pierdes el equilibrio, - bromeó.

Una vez atravesaron el sendero, escogieron para descansar una oportuna roca que parecía que estaba hecha y colocada expresamente en forma de cómodo asiento, sin cantos cortantes ni molestas aristas.

Permanecieron cogidos de la mano sin decir nada, agradecidos por la paz que se respiraba, llenando sus pulmones de aire limpio y fresco. Aprovechando el regalo que les ofrecía la naturaleza.

Lo más extraño de todo, era que aunque se había trasladado lejos de su principal fuente de preocupaciones y que ante sí, tenía una preciosa tarde para compartirla con su pareja y desconectar, su mente obstinada la llevaba siempre al mismo punto una y otra vez. Insistente, terca como era ella.

- Me gustaría explicarte porque he tenido tan mal humor, - dijo de pronto, rompiendo el silencio.

- Si así te sientes mejor, adelante.

- Es por Mariana.

- ¿Mariana? ¿Quién es Mariana?

- La maestra de las niñas desaparecidas, a la que acusaron de secuestro.

- Es cierto, he oído hablar de ella. Tengo entendido que ya no vive en Madrid.

- Tuvo que marcharse a la fuerza. La echaron del barrio. Sé que he cometido una falta grave, pero me he sentido atraída por el expediente que se abrió hace cuatro años, cayó en mis manos de casualidad y no he podido evitarlo. Debí de haberlo entregado sin abrir, pero la curiosidad pudo conmigo, fue más fuerte que yo. Ya me entiendes...

- ¿Lo han descubierto tus superiores...?

- Estoy tranquila por eso. Lo que ocurre es que me quedé preocupada, trastornada por lo que ocurrió con esta señora.

- Tengo entendido que estuvo en prisión.

- El suceso crispó más de la cuenta a los vecinos, en momentos así, la personas buscamos un culpable, alguien a quien señalar y en el que volcar el odio que nos producen situaciones de esta envergadura, en este caso una de las muchas víctimas fue Mariana. Es triste pero es así. Lo que más me indigna es que si se demuestra que las niñas murieron por un simple accidente, todo se convierte en un cúmulo de casualidades que se enredan la una con la otra hasta formar una historia patética, que no tiene remedio ni solución. Es difícil de entender algo así.

- Un accidente muy desgraciado, el destino es así de caprichoso, está claro, nada se puede hacer.

Carmen, puso al corriente a Miguel de todo lo que el expediente de la maestra recogía sobre su implicación en el caso de las niñas. Aprovechó también para hablarte de la Srta. Morales y de algunos otros acusados por error. Le sentó bien hablar de ello. Finalmente le confesó a Miguel su verdadera preocupación. Ella era sobrina de una de las vecinas desatadas que contribuyó en la humillación que se le hizo a la maestra tan injustamente en medio de la calle, antes de su



detención. Había escuchado a su tía, hablar desde la ignorancia, con odio hacia esa señora, su amiga y la religión que procesaban. Aún pasados los años, todavía escuchaba de tanto en tanto hablar de las beatas corruptas, que tanto daño hicieron a las infelices niñas y a sus familias que habían confiado en ella para su educación.

El dolor de Carmen hizo que llorara en el hombre de su novio, sintiendo indignación por pertenecer a una de las familias que contribuyeron en las falsas acusaciones. Se daba cuenta que era muy sensible a los comentarios y juicios de sus familiares, y que nunca los había comprendido. Quizás por ello, por la severidad en sus corazones, ella siempre se había sentido muy alejada de las ideas, criterios y forma de actuar de la familia en la que había nacido.

Miguel la consoló y le habló de sus sentimientos de lealtad. Aquella conversación los había unido todavía más emocionalmente, pues la timidez tan arraigada en Miguel, provenía de la soberbia de su progenitor, quien siempre lo humilló, vejó y señaló como un inútil. Cuando su padre murió, tuvo un increíble encontronazo interior, una parte de él, lloró la muerte, la otra se sintió liberada. Fue como si de repente, algo se hubiera desprendido en él, para permitirle crecer en libertad y no en subordinación a su padre. Pasados los años, pudo llegar a entender el dolor de éste y su dureza ante la vida, pues ésta le había castigado sin padre ni madre.

La conversación con Carmen, le había ayudado a recordar el crecimiento que ambos estaban haciendo, con todo lo que habían vivido. No querer ver la realidad, causa ceguera. No querer sentir, causa miedo y dolor. Abrirnos a la comprensión y al entendimiento, con respeto, revierte en paz interior.

- Tengo claro desde hace tiempo, que cada individuo debemos responsabilizarnos de nuestros propios actos, nunca de los actos de los demás, por mucho que ellos, los responsables, pertenezcan a nuestra propia familia. Nunca más permitiré que mis miedos sean las frustraciones de mis antepasados.

- Tienes razón, por eso te amo - le abrazó.

Habían pasado un par de semanas desde la última salida, en la que sinceraron sus corazones. Ambos deseaban disfrutar del poco tiempo que disponían diariamente para estar juntos. Tan pronto se veían, hablaban de las novedades de la investigación, de lo que la prensa iba mencionando y de lo que Carmen averiguaba por su cuenta.

Pero hoy era un día especial, aquella misma mañana el juez había hecho pública la resolución del caso, apoyándose en los dictámenes recibidos por todos sus colaboradores, que habían conseguido enlazar las piezas de aquel complicado puzle que por fin estaba encajado.

Se esperaba impaciente en la puerta de la comisaría, para ir a comprar la edición de la tarde, tan pronto como fuera puesta a la venta. Carmen, apareció tan espléndida como siempre, se saludaron discretamente.

- ¿Conoces ya el informe del juez?

- Sí, más o menos. No hay nada sorprendente.

- Te encuentro apenada, - observó.

- Pues sí, no lo puedo evitar, he recibido una mala noticia. Hace unos meses murió la señorita Morales, la amiga de Mariana que se vio involucrada también en el caso, a quien también metieron en prisión durante unas semanas. ¿Recuerdas que te hablé de ella...?. Cogió una terrible depresión que no pudo superar. Lo peor es que murió sin conocer la verdad. Es una pena, al menos a su amiga Mariana se le podrá reconocer públicamente su inocencia, es lo mínimo que puede hacerse. La prensa debería hacerse eco de ello. Ahora, además se añade el problema de salud de su esposo, parece que ha empeorado y se ha visto obligado a dejar el trabajo en la imprenta en la que estaba. Tiene una grave afección en el hígado, agravada por las emanaciones de las tintas y disolventes que utilizan. La situación se les vuelve a enturbiar.

- Se debería hacer algo por ellos, no tengo idea de qué, pero estoy seguro de que se me ocurrirá,  
- comentario pensativo.

- He tenido una idea, a ver qué te parece. Podríamos escribir una carta a todos los periódicos, sugiriéndoles que se abra una suscripción económica a favor de Mariana. Estoy segura de que habrá gente dispuesta a colaborar. ¿Qué opinas?

- Que es una idea estupenda.

Hojearon el diario de arriba abajo. Según los médicos forenses, tres de los datos que los habían ayudado a decidirse eran, en primer término el estudio que determinó el tiempo aproximado del entierro de los cuerpos bajo tierra y que coincidía con los cuatro años de la desaparición. En segundo término, la identificación del sexo mediante la valoración del tamaño de los cráneos y del formato de la pelvis, todos ellos femeninos e infantiles, sin lugar a dudas. Por último, el estudio de la mosca ofida cadaverina que aporta la fecha aproximada de la putrefacción del cuerpo y que coincide también con los cuatro años de la desaparición. Según el informe la muerte les había sobrevenido por asfixia, derivada del aplastamiento de la tierra sobre sus cuerpos.

Las familias de las tres niñas fueron debidamente informadas del triste desenlace. Añadía el periodista, que sus madres se habían resignado ya a aceptar que sus hijas no regresarían nunca, solicitando un funeral digno para ellas.

A pie de página aparecía una nota que aclaraba que durante la próxima semana serían enterradas cristianamente. Se oficiaría una misa privada por su eterno descanso.

Carmen y Miguel se miraron con ternura, dando por acabado el tema. Se dirigieron al bar de siempre y pidieron cerveza y limonada. Su conversación giró en torno a los estudios de Miguel y a la planificación de las próximas vacaciones de verano. Las niñas y el resto de implicados, quedarían en sus memorias para siempre.

## EL HALLAZGO DE LA CALLE DE CEA BERMUDEZ

# De manera rotunda afirman los médicos que los esqueletos son de tres niñas y que se pudrieron en el lugar del hallazgo

A las diez de la mañana llegaron al Laboratorio de Medicina Legal de la Facultad de Medicina los doctores Maestre y Piga; después fueron llegando los doctores Gómez Ulla, Pombo, Segarra y Villa, disculpando su asistencia, creemos que por enfermedad, el doctor Porpeta, quedando reunidos a las diez y media hasta las doce.

Al salir del despacho dijo el doctor Maestre a los periodistas, que aguardaban a la puerta del Laboratorio:

—Ahora vamos al Juzgado.

—¿Después nos dirá algo?—preguntamos los reporteros.

—No sé, no sé; ya veremos.

Y en un automóvil marcharon al Juzgado los doctores Maestre, Segarra, Villa y Pombo.

### En el Juzgado

A las doce y media llegaron los referidos doctores al Juzgado, llevando también la representación de sus otros compañeros.

Hasta la una y media de la tarde duró la

da por completo verificada cuando pudo afirmarse categóricamente, de manera inconcusca, que los tres cuerpecitos de los tres menores se han podrido en el mismo sitio donde sus huesos fueron hallados.

¿Qué pruebas hay que mantengan esta afirmación? Las siguientes, incontrovertibles:

El terreno en que se encontraron dichos huesos, aparte las impurezas que como ventero en aquel sitio pueda contener, está formado por las arenas tan conocidas del subsuelo de Madrid, compuestas de una mezcla de trocitos de cuarzo y de feldespato y de partículas de mica, mezcla a la que va añadida una pequeña cantidad de arcilla; material petrográfico completamente incoherente entre sí.

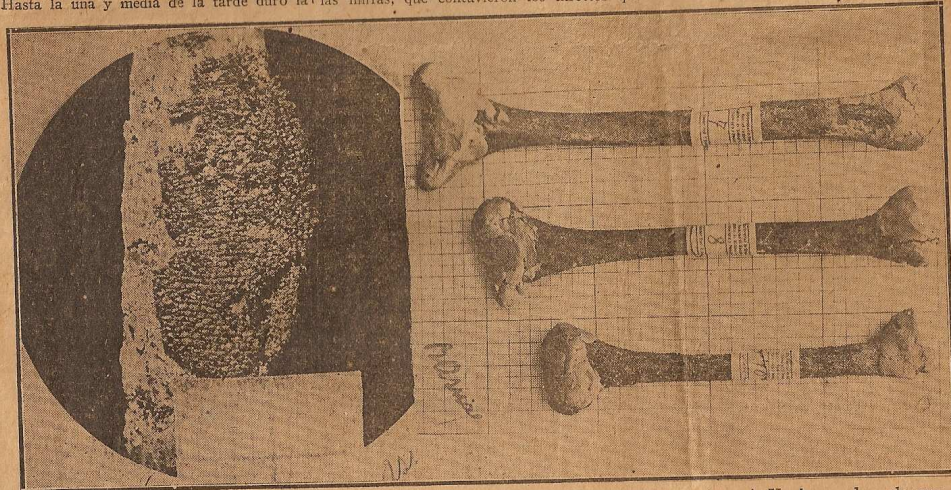
En el interior de los cráneos de los dos esqueletos—en los dos esqueletos de los que se poseen los cráneos completos—, y en los canales y agujeros de los huesos, se han encontrado un sin fin de cascarrones o pupas de las niñas, que contruyeron los insectos que

bloques en los cuales se ven tan diversos elementos incoherentes entre sí, adheridos unos con otros por medio de una especie de mástique pardo oscuro, negro en muchas partes, que se reblandece por el agua en pasta pegruzca y jabonosa, el cual no puede ser otra cosa que el licor cadavérico, sanguinolento, glutinoso y albuminoideo, de la putrefacción, que unió juntamente los elementos extraños en el bañado, constituyendo con ellos un mortero duro cuando se secó.

Pero podría argüirse diciendo que lo hallado dentro de los cráneos y en los huesos estudiados por la Comisión podría haberse traído dentro de ellos, procediendo los esqueletos de otra parte cuyo terreno fuera también de arenas amarillas compuestas de partículas de cuarzo, feldespato y mica. Pero a esta objeción salió pronto al camino el vigilante doctor Pombo, siempre diligente y precavido, el cual recogió, mientras los obreros sacaban los huesos del macabro hallazgo, un puñado de arena de alrededor de dichos huesos, la que en un

veres se pudrieron allí, en el lugar en que aparecieron sus huesos. La huella de ellos que presenta en la arena, entre el ángulo posterior y anterior, una mancha de óxido de hierro, los huesos, y objetos que se refirieron al Juzgado al Laboratorio de Medicina Legal, enviáronse cuatro monedas de cinco céntimos, todas de metal, y siete de cinco céntimos, todas de metal, y una moneda de diez céntimos, todas de metal, que presenta en su parte posterior una huella limpia de óxido de hierro, sobre la que se ajusta admirablemente una parte manchada de cardenillo. Pero una parte manchada de cardenillo en la parte posterior de su cara externa, la costilla antes dicha. Lo que denota que durante la putrefacción y destrucción de las ropas y partes blandas del cuerpo que corresponde la costilla, el cuerpo estuvo gravitando sobre las mismas, cuando desaparecieron todos los huesos, quedaron desnudos los huesos, a la vez en cuestión le tocó yacer sobre una mancha que tenía debajo, de la cual el cardenillo que la mancha, dejando la mancha con aquella huella limpia de óxido de hierro.

Es indudable, pues, que los cuerpos de los tres menores—dos de los cuales la Comisión ha declarado que los signos de la pubertad—“permiten considerarlos del sexo femenino”—se pudrieron en el mismo sitio donde fueron sus huesos encontrados.



Un trozo de tela de la camisa, adherida a uno de los huesos. (Microfotografía del doctor Aznar.) Un hueso de cada uno de los esqueletos, colocados sobre papel milimétrico.

Las investigaciones confirman finalmente la identificación de las niñas desaparecidas. Noticia aparecida en el diario La Nación, fecha desconocida.

*Todo hombre paga su grandeza con muchas pequeñeces,  
su victoria con muchas derrotas, su riqueza con múltiples quiebras.*

*Giovanni Papini*

*Barcelona, primavera de 1929*

*Había transcurrido un año de la confirmación pública de su inocencia y todavía se veía asaltada por periodistas en busca de declaraciones sensacionalistas que llenaran las páginas de sus rotativos. Intentó mostrarse amable con todos y cada uno de los que acudían a su hogar, algunos con claras ansias de levantar polémica. Buscando aquellas duras palabras de odio y recelo contra quienes la acusaron. Pero estas palabras no salieron nunca de su boca, porque su corazón no las sentía. Eran otras las emociones que en aquellos momentos de su vida ocupaban su interior. Todas ellas de tranquilidad y armonía.*

*Aprovechó que le ofrecían la oportunidad de opinar para dar las gracias a todas las personas caritativas que los ayudaron, bien ofreciéndoles un trozo de pan, unas jornadas de trabajo, ropa para sus hijos, etc., colaborando en que pudieran tener unas mínimas condiciones de vida con sus aportaciones, tan sumamente valiosas.*

*Quiso hablar sobre el respeto que siempre recibieron de los ciudadanos de Barcelona, quienes se mostraron acogedores en todo momento. Hizo una mención especial para la familia Gasull a los que desde hacía tiempo consideraba como su propia familia.*

*Concluyó la entrevista hablando de sus mejores e inolvidables días en Madrid y en su tierra natal, Huesca. Tenía muy claro que ya nunca regresaría ni a un lugar ni al otro por cuestiones principalmente económicas, algo que no provocaría que quedaran en el olvido.*

*Barcelona se había convertido en un lugar plagado de expectativas, en esta ciudad depositaron en su momento, todas las esperanzas de futuro, y habían obtenido una respuesta positiva. Tenían una hija nacida allí y otro bebé en camino. Aquella ciudad era su verdadero hogar, no le quedaba la menor duda.*

La fuerza del espíritu es la salud del cuerpo.

Solón

Segur de Calafell, verano de 1986

Todo parecía irreal. Como sacado de una película de misterio. Aquello le había ocurrido a mi familia. No me lo podía creer, pero era así.

La casualidad había provocado un importante descubrimiento, había sacado a la luz la verdad. Una verdad lejana, antigua, casi olvidada por la mayoría, pero nunca por los involucrados.

Cuantas calumnias, cuantas falsas acusaciones innecesarias, cuanto abuso,... Gracias a aquel chiquillo, a aquel entusiasta del fútbol y a aquel otro joven, el futuro médico de nombre José Fernández Gordo, y también a su tímido amigo, cuya identidad real es desconocida para nosotros, Miguel, como yo le he llamado, bien podría ser Javier, Pedro, Alfredo, Luis..., qué más da, una gran persona al fin y al cabo.

Me gusta imaginar que hoy en día, todavía en ejercicio de la medicina, han sido grandes profesionales, altamente reconocidos por su vocación y saber hacer. Nunca tendré ocasión de conocerles, ni a ellos ni a los familiares de aquellas desafortunadas niñas. Las mismas que un buen día parece que se las tragó la tierra con ganas, tardando casi cuatro años en vomítarlas.

Estaba claro, mi bisabuela Mariana era incapaz de hacer daño a nadie, lo sé, lo supe siempre. No dejo de pensar en cómo se pudo destruir la familia de aquel modo por un equívoco, por un error de

la sociedad. Es digno mencionar que la gravedad y la magnitud del drama se ha transmitido de padres a hijos, de boca en boca, hasta llegar a mis oídos, pero principalmente a mi corazón, tornándome sensible, intentando comprender el sufrimiento y la lucha que llevaron a cabo para rehacer sus vidas. La tortura psíquica que padecieron y que superaron admirablemente gracias a no haber perdido nunca la fe en que lo conseguirían. Me siento orgullosa de pertenecer a esta familia de luchadores.

Qué estupidez del destino. Cuatro familias destrozadas y una mujer fallecida por no haber podido soportar la infamia, la vergüenza de ser acusada de un hecho que no había cometido. Su único pecado había sido ser una buena amiga de Mariana, una religiosa caritativa. Las sospechas de los imaginarios crímenes, secuestros y corrupciones varias, las que la gente acusó sin pruebas ni evidencias, las que toda la vida la habían dedicado a hacer el bien por los demás. Quienes se esforzaron siempre por ser excelentes vecinas, amigas y confidentes de Dios. El mismo Dios que las llevó a la desgracia y a la deshonra social. El mismo que les dio el valor para continuar viviendo día tras día y al que tuvieron fe por encima de todo.

Es cierto que el tiempo pone a todos y a todas las cosas en su sitio, como no podía ser de otro modo.

Después de tanto sufrimiento, quedaba demostrado que Mariana Escuder, la Maestra, era INOCENTE. Escribo estas palabras y siento el palpitar del significado de esta palabra en propia piel.



# El caso de las niñas desaparecidas

## La calumnia destrozó un hogar en 1924

(Viene de la página 6)

de 1923, un estudiante de Medicina, don José Fernández Gordo, que pasaba por unos desmontes de la calle de Cea Bermúdez, en Madrid, observó cómo unos niños jugaban al fútbol con una calavera, que suponían de gato. Uno de los chicos era



Una fotografía de doña Mariana, en la época en que comenzó su calvario, en el año 1924

hermano de una de las niñas que cuatro años antes desaparecieron misteriosamente de la cercana villa de Madrid. Por eso el señor Perencejón se aproximó a los chicos y les arrebató su balón comprobando con espanto que era una calavera humana.

conocieron las telas, botas y dinero y se llegó a la conclusión de que en la trágica tarde de la desaparición, de Marijita, Angela y María, debieron ir a jugar a aquellos descampados, sorprendiéndolos un corrimiento de tierras que los sepultó. La muerte sobrevendría por asfixia.

### EL TIEMPO Y LA VERDAD CONTRA TODOS

La Prensa, consciente de que se había mostrado un tanto asustada cuatro años atrás, llegando también a sospechar que doña Mariana Escuder podía estar complicada en algún asunto deshonesto, reaccionó y llevó al primer plano de la actualidad el tema, dedicando a la pobre mujer toda su atención.

«El Debate» decía, en marzo de 1928: «Los periódicos, empeñados en que «el perro rabie», no se paran en los signos cuya finalidad no es otra que alcanzar, como no sea para justificación de actitudes sectarias de otros tiempos, les parece desahuciable. Los periódicos se pueden equivoocar. En cambio están en lo firme el volquetero señor Palánez y el transeúnte señor Perencejón. No faltan las burlas, ni tampoco las insinuaciones malévolas, a veces de excesiva crueldad. En uno de esos periódicos hemos leído que la infeliz maestra doña Mariana Escuder, que no había vuelto a ocuparse del asunto, ahora parece muy preocupada, a juzgar por una carta que, según ese periódico se dice que ha recibido una vezina de la calle de Huelmo... La supuesta carta es del marido de la infortunada maestra, que en su carta se ha estado riendo de humbros, y revela una iniquidad sospecho-

sa en su defensa abrieron una suscripción. Y fue el gobernador civil de Barcelona, general Milán del Bosch, quien se ofreció para hacer llegar a poder de la mujer calumniada el socorro caridoso de quienes comenzaban a despertar.

### LA MAESTRA HA CUMPLIDO SETENTA Y DOS AÑOS EN BARCELONA

Esta heroica mujer que vivió el mayor calvario que una persona digna y honesta pueda padecer, continúa viviendo en Barcelona. Y está muy bien conservada, aunque los años y las penas dejaron su huella en ella. La encontramos en casa de uno de sus yernos, don Antonio Alsina, que vive en la carretera de San Cugat, número 17, ya en las estribaciones del Tibidabo.

En el modesto pero limpio comedor en que fuimos recibidos, estaban, rodeando a doña Mariana Escuder, su dos hijas, Pilar y María, sus maridos y dos de los seis nietos que tiene hoy.

La memoria de la maestra es formidable. Casi tan grande como su simpatía. Mientras me mostraba los recortes de Prensa del año 1928, me iba diciendo:

—Yo soy de Huesca, ¿sabe usted? Y cumpla hoy, domingo 11 de marzo, setenta y dos años de edad. Lea usted todo esto... Verá cómo me atacaban «El Liberal», «Solidaridad Obrera», «El Imparcial», frente al «Nuevo de Barcelona», «El Correo Catalán», «A B C», «El Debate»...

—Tres meses pasó usted en la cárcel...

...mi esposo les ofreció nuestra casa. Y la malodencia llegó a su poder que entre mi marido y yo... ¡Infeliz mujer había un acuerdo... en contra mía...

—¿Lo del quiosco, ¿fue ya en Barcelona?

—No. Fue en Madrid. En la plaza del Barquillo. Al vernos acordados, unos religiosos nos ofrecieron cuidar de la venta de periódicos en un quiosco, por dos pesetas diarias. Tan pronto como nos vieron allí, llevaron las amenazas y el escándalo nos obligó a abandonar la colocación.

—¿Cuál es su peor recuerdo del calvario vivido?

—La muerte de la señorita Mercedes Moraca, una mujer konradista y muy religiosa, a la que culparon también de lo mismo que a mí. No pudo resistir la calumnia y falleció antes de que la verdad resplandeciera. Yo sólo le pedía fuerzas a Dios para no morir antes de que se aclarara todo. Y, a El gracias, pude conocer el trágico final de aquellas tres pobres niñas, tan atestado de las mentiras que se habían inventado los enemigos de la Iglesia.

—¿Cómo les fue en Barcelona?

—Bien. Aquí, un sacerdote que era redactor de «El Correo Catalán», monseñor Lisbona, se portó muy bien con nosotros. Recuerdo que cuando me faltaban las fuerzas, me decía: «Bienaventurados los que sufren persecución por la Justicia».

Los dos hijos de doña Mariana murieron en los frentes de batalla durante nuestra cruzada de Liberación. La imprenta que había iona-

Recorte de un periódico sin fecha, en el que aparecía el suceso a toda página. El caso de Mariana Escuder, llenó páginas y páginas, en las que se daban todo tipo de detalles sobre la investigación que la policía llevaba a cabo. Aquí se muestra uno de tantos, pasados los años.

Habíamos exprimido la memoria de mi abuela Pilar hasta los últimos recuerdos que su madre le transmitió desde muy pequeña. Era ella la niña que nació en aquellos días de frío intenso, en aquella habitación a la que llamaban hogar, sin agua, sin luz, sin unos mínimos. Era ella la niña que superó junto con sus padres y hermanos todos los obstáculos que la vida, en sus primeros años, les fue poniendo en su camino, hasta convertirse en quien era ahora, una mujer con una vida llena de experiencias interesantes, algunas muy duras, otras más tolerables. Tan pronto como concluyó el relato, hizo un apesadumbrado gesto, levantándose del asiento para retirarse. No tenía más que explicar sobre la escabrosa historia de la vida de su madre Mariana.

Era como un estigma clavado en su memoria. Su evocación era dolorosa. Se marchó de la terraza para irse a descansar. Ya había dicho todo lo que sabía.

Me parecía terrible que después de tanto tiempo, todavía resultara doloroso el recuerdo. Ahora cuando escribo estas palabras, lo entiendo, pues para mí también lo es. Parece como si hubiera quedado una huella clavada en nuestra memoria, heredada de nuestros antepasados.

En mí interior siento que esta huella nada tiene que ver con el resentimiento. Pienso en las personas que de alguna manera fueron los responsables de los problemas de Mariana y sólo puedo sentir compasión por ellos, por haberse dejado llevar por la ira, por su ignorancia, por su orgullo.

Me parece triste poseer ese instinto que obceca a los seres humanos hasta el punto de no poder controlarlo, pues traslado ese mismo instinto a mis propias experiencias y veo que aunque a otros niveles, eso nos ocurre a todos, todos los días, en diferentes escalas. ¿Cuántas veces nos hemos mostrado terriblemente molestos? ¿Cuántas de estas veces, nos ha aparecido un brote de agresividad, innato? ¿Cuántas veces hemos dicho, "te vas a enterar", "te vas a acordar de mí"? Expresiones todas ellas amenazantes, que por suerte, en la mayoría de los casos nunca se materializan. Es, en esas escasas circunstancias, en las que sí se llevan a cabo las amenazas, cuando queda evidente la falta de control de las emociones de las personas. Los motivos que desencadenan la materialización de dichas amenazas, normalmente ocurren, cuando la persona es llevada al límite de su aguante, es decir, al límite de su capacidad de control. En ese momento, cuando se traspasa el límite, es cuando sale lo peor que uno lleva dentro, para después, durante el período de descenso de la ira, hacernos conscientes de los daños causados a terceras personas, pero principalmente a uno mismo. Si el individuo es, en realidad, una persona equilibrada psíquicamente, valorará los efectos de su descontrol e intentará por todos los medios que no vuelva a ocurrir, se recriminará a sí mismo por ello, se fustigará, incluso llorará por haber

cruzado el límite. El problema está, cuando esos individuos no tienen esa capacidad de ver el mal causado. Son aquellos que no tienen ninguna intención de cambiar su carácter predominantemente agresivo. Esos son los verdaderamente peligrosos.

Estoy convencida de que los autores del incendio, fueron personas que se vieron arrastradas por la impotencia, por el dolor que causa la pérdida de personas y en especial de niños pequeños. No pudieron controlar ese brote de agresividad que les arrastró a cometer vandalismo con irreparables consecuencias. Y estoy convencida de que aquello fue algo puntual en sus vidas, no quiero creer que se tratara de personas realmente peligrosas o malvadas, sino, simplemente ciudadanos dolidos por un motivo que les hirió profundamente. Y no por ello deben quedar condenados de por vida, sino caeríamos en el mismo error que los arrastró a ellos, la intolerancia.

Sigo en mi terraza larga y estrecha, mirando el mar y observando como el oleaje choca contra las rocas del puerto. El balancín no cesa de columpiarme, hacia delante y hacia atrás. Mientras, decido plasmar esta historia en un libro. Más por mi abuela que por otra cosa. Sé que es su ilusión y así lo he decidido.

Mañana, celebraremos el cumpleaños de mi madre, mis abuelos regresaran a su casa en Santa Coloma de Farners, donde viven actualmente, entonces será cuando añoraré las veladas de tertulia que me han transportado a principios del siglo XX. Conversaciones repletas de experiencias y de sentimientos, en las que he aprendido cosas interesantes, no sólo de mis ascendientes, sino también del destino.

Lo más impactante, sin duda, es la fortaleza de espíritu de Mariana, que ante la adversidad, en todo momento destacó lo bueno y lo positivo de cada situación, superando día tras día con su fe, cada uno de los impedimentos con los que se topaba. Convirtiéndose así en una triunfadora de la vida. Soy incapaz de pensar que yo misma, en sus mismas circunstancias hubiera sido capaz

de conseguir encontrar ese camino que conduce hacia la tranquilidad, evitando caer en las bajezas del espíritu.



Año 1948 - Mariana, de negro, con 60 años. A la izquierda su hija menor, Mercedes y a la derecha su hija mayor, Pilar, también de negro. De comunión, Maruja y en el centro, la pequeña Carmen con 4 años.

El progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer, sino al revés; en conservar aquella esencia del ayer que tuvo la virtud de crear ese hoy mejor.

Ortega y Gasset

### Barcelona, verano de 1998

Han pasado ya doce años de aquel verano tan especial. Durante todos estos años, cada noche, cuando al refrescar, tomo asiento en el solícitado balancín a columpiarme ante el mar, me viene a la memoria el relato de mi abuela.

Unos años después de aquellas calurosas reuniones, durante uno de los innumerables encuentros familiares que habitualmente celebrábamos, ya fuera para Navidad, para el día del Pilar, para el Santo o el cumpleaños del abuelo, para hacer una "calçotada" o una paella, o con cualquier otra excusa, mi abuela me llamó aparte. Entramos en su habitación y me dijo que esperara. De entre una montaña de papeles, guardada en el fondo de un cajón, sacó una carpeta cerrada con gomas. Me la entregó y me dijo que la guardara, que sabía que en mis manos su contenido, estaría seguro. Le había dicho un día que escribiría sobre su madre y allí estaba todo lo que quedaba de aquel caso. Aquellos recortes de prensa guardados durante años, ahora podrían ser útiles.

Me quedé pensativa, sin saber de decir ni que hacer. Me sentí emocionada. Mi abuela había confiado en mí para algo tan importante para ella. Me acababa de entregar una reliquia familiar. No podía defraudarla. Durante todo el día de celebración, estuve ausente, enfrascada en

pensamientos. Buscando la manera de comenzar aquella historia, de ser lo más leal y franca posible, de no esconder nada ni tampoco exagerar. Aquel día no disfruté de mi familia, tenía en mente algo que me ocupaba toda la atención.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue buscar un lugar seguro, donde nadie pudiera encontrar la carpeta y estropear su contenido. Al día siguiente la ojeé. Había mucho trabajo. Según me explicó Pilar, la carpeta había sobrevivido a una inundación en unos bajos de una casa en la que estuvieron viviendo durante algunos años. Los papeles, entre viejos y humedecidos, se rompían con sólo mirarlos. Debía disponer de tiempo para dedicarme a ello con la atención y cariño que precisaba, en aquellos momentos mi hija Alexandra era pequeña y demasiado traviesa como para fiarme de extender papeles sobre una mesa y que no los tocara. Cerré de nuevo la carpeta y pensé que sería mejor guardarla hasta encontrar el momento oportuno para comenzar su estudio.

Hace unos pocos meses, durante un sábado de aquellos que te da por hacer limpieza a fondo, encontré la carpeta de nuevo. Estaba llena de polvo. La miré, la cogí y la limpié, cuando iba a dejarla algo me dijo que no lo hiciera, que aquel era el momento de abrirla. Lo que hice en lugar de ocultarla, fue dejarla en un lugar visible, con la intención de revisarla en cuanto tuviera ocasión.

Aún le tuve que sacar el polvo varias veces más, antes de que comenzara a poner orden en aquel alboroto de viejos papeles resquebrajados debido al paso de los años. Algunos de ellos eran casi ilegibles, la tinta se había emborronado.

Me pareció un trabajo que precisaba dedicación y mucha paciencia. Mi hija, por entonces aún demasiado absorbente, no me permitía trabajar como yo quería hacerlo.

volví a dejar la carpeta en la estantería. Cada día me topaba con ella, la miraba y pensaba, tengo que ponerme, tengo que hacerlo ya, era una pertinaz insistencia la que movía mi interior. Aún así, no llegué a hacerlo hasta mucho más tarde. Cuando llegó el momento.

Había más de una cincuentena de recortes de periódico. Fui desplegándolos uno a uno, con muchísimo cuidado para no estropearlos más, aquello hubiera supuesto un tremendo disgusto.

Intenté ordenarlos por orden cronológico, pero fue labor imposible. Desafortunadamente, Mariana o aquel que quiso conservar la noticia, no tuvo en cuenta la fecha y recortó sin anotarla en algún extremo del papel, por lo que algunos recortes no estaban fechados. De todos modos, después, cuando los hube leído, pude comprobar que sí me fijaba en el desarrollo de los hechos y lo comparaba con otros recortes fechados, los podía ir colocando delante o detrás, hasta guardar un orden, más o menos exacto.

Tardé, aproximadamente dos meses en concluir el estudio de los hechos ocurridos el día 24 de mayo de 1924, día del suceso, hasta la primavera de 1928, cuando se dio por cerrado el caso.

Me dejé cautivar por el tema, repasando paso por paso, sobre todo, el desarrollo de cada uno de los hechos acontecidos a partir de la primavera del año 1928, de donde obtuve la mayoría de la información, a partir de los artículos mencionados.

Por lo que pude constatar, se trató de un suceso relevante en aquella época. Casi a diario, se podían encontrar artículos que hablaban sobre el tema, especificando los avances de la investigación tal y como se llevó a cabo. Así pude reconstruir en el tiempo, una buena parte que quedaba en el vacío de la memoria de mi abuela, como eran los nombres de las personas, médicos, y otros colaboradores que participaron en la investigación.

Por tanto, los nombres mencionados de los implicados son absolutamente reales. Los únicos personajes creados por mi imaginación, han sido *Miguel* y *Carmen*, quienes han colaborado en explicar el desarrollo del final de la historia

En estos recortes tan valiosos, también he encontrado algo que me ha emocionado, que desconocía por completo, pues nunca, ni mi madre ni mi abuela lo habían mencionado. Se trata de números de cuenta que se abrieron en diferentes entidades para que quien quisiera pudiera dar un donativo destinado a la ayuda de la familia de Mariana Escuder, la Maestra, simbolizando este gesto el reconocimiento del daño causado injustamente.

**Suscripción a favor de doña Mariana Escuder**

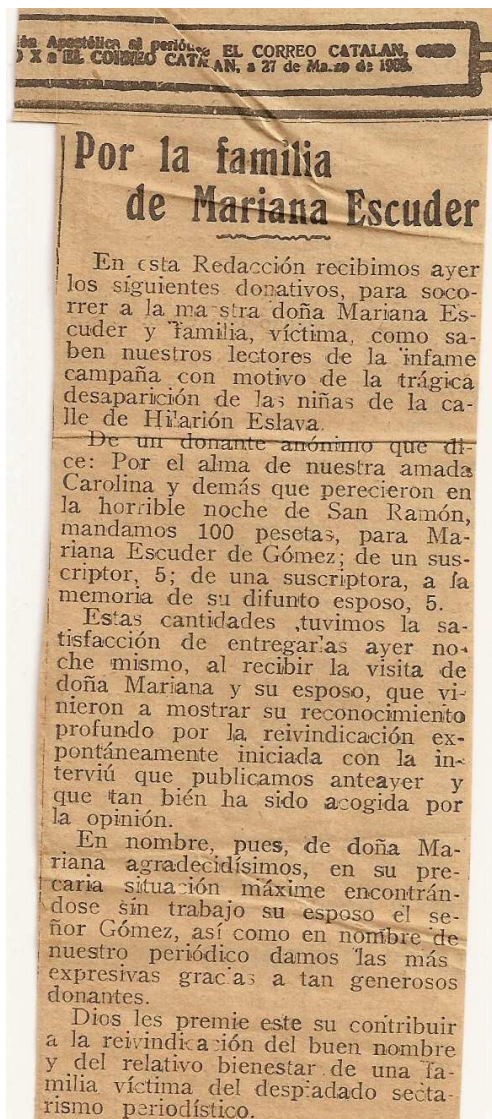
	<i>Pesetas.</i>
<i>Suma anterior</i> .....	142
Una señora y sus hijos.....	10
D. Víctor Echeverría.....	5
Doña María G. Almendral.....	10
<i>Total</i> ... ..	167

**Suscripción a favor de doña Mariana Escuder**

Hoy hemos remitido al digno gobernador civil de Barcelona, general Miláns del Bosch, que amablemente se ha ofrecido para hacer llegar a la interesada los recursos que se le envían, otras 145 pesetas con destino a la maestra doña Mariana Escuder.

	<i>Pesetas.</i>
<i>Suma anterior</i> .....	167
Una suscriptora de Argamasilla de Alba .....	5
Doña Teresa Landa. ....	5
Don Esteban M. Vélez.....	100
<i>Total</i> .....	277





Algunos recortes de diferentes diarios con los donativos realizados a favor de Mariana

Solamente se me ocurre dar las gracias en nombre de sus hijas, nietos, biznietos, tataranietos..., también a aquellos que no pudieron poner dinero, a todos los que la apoyaron y a los que la ayudaron desinteresadamente.

No sabría decir que fue realmente lo que me movió a escribir esta historia, quizás ese ronroneo interior. Aparcaba los apuntes y datos, para al cabo de un tiempo recuperarlos, ojearlos y volverlos a aparcar y así, durante semanas, meses, años,... hasta que por fin llegó el momento. Me senté ante todo aquello que había recopilado y me puse a trabajar. A las pocas horas de haber tomado la decisión, la euforia y el entusiasmo ya no me dejaron abandonar el propósito que me

había trazado. La ilusión por poder ofrecer a mi abuela Pilar y a su hermana Mercedes, la historia de su madre escrita y detallada, me aumentaba el interés y me daba energías para trabajar con perseverancia. Con aquel trabajo conseguiría que el suceso no se perdiera en la memoria de nuestros descendientes y hubiera el peligro de que quedara borrada para siempre.

Como es de suponer, el estado anímico y emocional de Mariana y Salvador, ha sido en parte imaginada, o digamos más bien intuida y en su mayor parte ajustada por los comentarios hechos por Pilar.

Deseo que quede constancia de la hija pequeña del matrimonio que vino al mundo cuando las cosas comenzaban a ponerse en orden, se trata de mi tía Mercedes. No he tenido oportunidad de hablar con ella del tema, pero sé a ciencia cierta que aunque no lo vivió físicamente, fue de todos los hijos quien más lo revivió durante su adolescencia y juventud, por ser la más pequeña y la que estuvo más tiempo con su madre.

Para concretar con la vida de Mariana y los suyos, hacer unos apuntes más.

Pese a todo y aunque parezca imposible, no habían vivido aún lo peor de sus vidas. Cuando por fin la familia había recuperado la estabilidad económica y emocional, estalló la guerra, aquella guerra civil española que volvería a destrozarlos, aquella vez para siempre.

Salvador con 16 años y Luis con 14, fueron obligados a subir al carro que los conduciría a la muerte, en lo que se llamó "la quinta del biberón". Desaparecieron al igual que otros imberbes como ellos, antes de que les diera tiempo a acostumbrarse al peso de las armas que ni tan siquiera aprendieron a manejar, acorralados por las ideologías de los adultos, aquellos que representa que deben enseñarte a vivir en este mundo y no a morir.

Como es de imaginar, sus padres, nunca superaron esta nueva desgracia. Para Salvador aquello fue el último golpe que necesitaba para caer en una lenta y dolorosa agonía. Su dolencia

hepática empeoró, y el mal avanzó irrefrenable hasta que le alcanzó la muerte, desvalido en su cama.

Mariana, con una fortaleza difícil de imaginar, soportó a su manera todo aquello que el destino le deparaba. La crudeza de su vida la había convertido en una mujer fuerte, generosa y llena de fe. Los últimos días de su vida los pasó postrada en una cama de la Clínica Victoria de Barcelona. Una insuficiencia respiratoria sufrida el 27 de julio de 1962, la alejó del sufrimiento para siempre.

Por suerte para nosotros, sus descendientes, la vida no nos ha tratado tan mal, evidentemente, siempre hay cosas que prefieres olvidar. Nunca a nadie, nos salen las cosas como quisiéramos, pero ahora, después de lo que he aprendido con estos hechos, me doy cuenta de lo insignificantes que me parecen todas aquellas cosas que yo creía terribles o injustas. Los problemas cotidianos que habitualmente padecemos son fácilmente superables, pues no dejan huella o al menos no deberían dejarla. Estaría bien ser menos egoístas y respetarnos más, sin tener la necesidad de juzgar para así no tener que ser juzgados.

Es éste, un viaje en el tiempo, pero sobre todo en la memoria, algo que perdemos fácilmente para las cosas más nimias, pero que en cambio se torna imborrable para aquello que nos marca de por vida.

Barcelona, 14 de julio de 1998

En Egipto, a las bibliotecas se las denominaba "tesoro de los remedios del alma". En efecto, curábase en ellas la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades y origen de todas las demás.

Jacques Bénigne Bossuet

TERCERA

PARTE

El que no sabe que no sabe, es un necio, déjalo. El que no sabe y sabe que no sabe, quiere aprender. Enséñale. El que sabe y no sabe que sabe, está dormido. Despiértale. El que sabe y sabe que sabe, es un sabio. Síguele.

Máxima Budista

Segur de Calafell, Enero de 2010

Revisión del texto, de los datos y nuevas aportaciones

Pasados unos años desde que escribí este relato basado en hechos reales acaecidos en mi propia familia, tal y como M<sup>a</sup> Carmen comenta en su prólogo, al revisar los acontecimientos de la vida con, la perspectiva del tiempo, podemos encontrarnos con un cambio en la percepción de los mismos que nos conduzca a opinar, ver o entenderlos de un modo diferente. Quizás cosas que quedaron ocultas en su momento, se vuelvan claras de repente, quizás todo lo contrario, aquello que nos parecía tan claro y contundente de repente se enturbie. Es este mi caso. Revisando paso a paso la escasez de datos que se tienen y que derivan en una investigación y sentencia del caso, tal y como hemos visto en el relato. A día de hoy, si traslado todo ello, tanto en su conjunto como por piezas, en mi modesta opinión no daría por veraz ni cierto el desenlace que en su día la justicia terrenal y la prensa sentenció.

Debe ser por deformación profesional, al haber trabajado durante más de 20 años en un laboratorio de investigación, muchas veces, junto a la policía judicial, lo que hace que sospeche que tanto las pruebas como los datos de la investigación, trasladados a la actualidad, no podría ésta darse por conclusa. Es por este motivo por el que entrecomillo la muerte accidental de las niñas.

Por supuesto, no hablo alegremente, antes de pronunciar me de este modo he consultado con investigadores policiales de confianza, geólogos y otros compañeros relacionados con la investigación forense. Después de mis propios sondeos y de lo hablado con los expertos, no existen suficientes datos concluyentes y sí muchas fugas por las que se escapan las fuentes de la realidad de los acontecimientos.

Son, por supuesto estos comentarios una opinión personal que hace que no pueda pasar por alto, resaltarlos en la historia. El hecho, además de que el relato lo haya dirigido a la narración de la afectada por decisión popular, como fue Mariana, hace que no pueda pronunciar me en cuanto a las tres verdaderas víctimas, debido a que a día de hoy, esas niñas tienen una familia con otros estigmas en su memoria, pero con idénticos lamentos y dudas. Me veo en la obligación de no sacar a la luz otras sospechas que no sean las que quedaron recogidas en su momento, en los interminables artículos periodísticos de la época. Pero no por ello acallar aquello que la razón exige.

A continuación detallo los apuntes y otras anotaciones, deducciones y sondeos, derivados de la investigación particular que en mi propio nombre realicé, sin por ello declarar dichos argumentos como la verdad, sino únicamente, aportar un nuevo punto de vista, contrastado con expertos a quienes puse al corriente del tema y la preocupación acentuada por haberse dado por cerrado algo que tiene grandes puertas abiertas a otros derroteros.

No se nos manda evitar sino redimir asumiendo.

T. Dethlefsen y R. Dalhke

### *Apuntes y anotaciones procedentes de mi particular investigación*

Como hemos constatado, en la conciencia de la mayoría de las personas que en su momento hicieron declaraciones, existía una sospecha común, de que algo muy grave había ocurrido con las niñas. Todos sabemos que el sensacionalismo y el morbo es un importante motor emocional para el ser humano, aún así, nadie sospecha de un posible accidente, ni tan siquiera se comenta.

Dña. Mariana, como todos la llamaban, como hemos visto era una persona de un nivel económico ligeramente más elevado que la media del barrio, por lo que no tenía sentido que estuviera implicada en ningún tipo de secuestro u homicidio por intereses económicos, aún así fue señalada y juzgada. Quizás alguien podía tener intereses ocultos para desviar la atención sobre su persona.

En la entrevista que se hace a Mariana, después de la sentencia en la que se afirmaba la muerte accidental de las niñas por un deslizamiento del terreno, ella resalta que cuando supo que las pequeñas jugaban en ese lugar, tuvo que advertirlas de los peligros desde el punto de vista moral. Cuando a los habitantes del barrio les asalta la preocupación de la moralidad, tienen habitualmente un motivo justificado. En diferentes recortes de prensa se levantan sospechas sobre personajes de inquietantes intenciones, como ha quedado constancia en el relato.

En el Diario La Nación fechado el 14 de Junio de 1924, se escribe que un testigo espontáneo "no recuerda haber visto grietas ni cuevas y sí en cambio un terraplén cortado a plomo".

Haciendo un exhaustivo repaso de los acontecimientos de la investigación del caso, queda patente que ésta se centró única y exclusivamente en la identificación de los cuerpos, en datar la muerte y en hacerla coincidir con la fecha de la desaparición. En ningún caso, se hace un estudio exhaustivo de otras posibles causas, sino que se presupone que fueron originadas por un hundimiento, y a consecuencia de ello se produce la muerte.

#### **Dudas que pueden contrastarse y esclarecer cosas:**

Los huesos de las niñas se encontraron con tierra adherida, según el informe médico, se comprobó que la tierra adherida a los huesos, era la misma que la de los terrenos donde se encontraron los cuerpos. La determinación se hizo mediante un análisis cualitativo, encontrándose restos de mica igual que en los terrenos, en ningún caso se habla de porcentajes de composición de los diferentes elementos de las tierras analizadas. Siendo arriesgado afirmar que la tierra es la misma con unos datos tan insustanciales. Como dicen los técnicos actuales, el porcentaje de mica es un dato en exceso insignificante como para dar por seguro que se trata de un mismo suelo. La composición de los elementos minerales acostumbra a variar mucho en pocos decímetros o metros y entre diferentes capas.

Siguiendo con las aportaciones de los expertos, comentar que un movimiento de tierras suficiente para sepultar tres personas, requiere de que al menos durante un par de días se hayan producido lluvias con un caudal significativo como para que el volumen de tierras que se desplace, deje atrapadas a tres criaturas y que ninguna tenga oportunidad de escapar y salvarse. Debería ser algo muy violento. Los deslizamientos de un terreno, a no ser por fenómenos atmosféricos suficientemente adversos, no se producen de forma tan rápida, sino que



son fenómenos bastante lentos como para huir, refugiarse o pedir auxilio. Parece además en demasía extraño, que al pie de una pendiente en la que se acumularía un caudal importante de agua, estuvieran tres niñas solas, bajo la lluvia o bien después de haber llovido.

Este razonamiento, hizo que me pusiera en contacto con el Instituto Nacional de Meteorología de Madrid, quienes me aportaron el registro de las lluvias en esas fechas:

Año 1924: 5 de mayo: 0.5 l/m<sup>2</sup>; 6 de mayo: 7.0 l/m<sup>2</sup> tormenta con granizo; 19 de mayo: 0.5 l/m<sup>2</sup>; 22 de mayo: llovía ligeramente por lo que no hay datos registrables; 24 de mayo: no hay registro de lluvias. Fue éste el día de la desaparición.

Como puede comprobarse los registros de lluvias en los días previos al suceso no son destacables, eso hace que me sigan asaltando las dudas.

Como se informa en los estudios periciales, los cadáveres se descompusieron a 50 cm de profundidad. Me pregunto sí, teniendo en cuenta los factores climatológicos, lluvia, viento, frío, calor, movimientos vibracionales y otros factores medioambientales, icómo es posible que los restos, sólo estuvieran a esa profundidad, después de cuatro años? Sí fue realmente un movimiento del terreno lo que las sepultó, debió de ser de muchos metros cúbicos, para quedar a esa profundidad, la suficiente para sepultar pero insuficiente para que nadie lo advirtiera. En cambio, no tenemos pruebas de que los terrenos se pudieran mover y menos en esas magnitudes. Vistas las fotos de los terrenos que aparecen en los diarios y conocidos los datos climatológicos, se deduce que un deslizamiento de terreno cerca de un terraplén, en un día sin lluvia, como mucho podría sepultar un perro pequeño.

Normalmente un suelo inestable tiene tendencia a romperse, deslizarse, etc.. Esta situación de desequilibrio se ve favorecida por la presencia de agua, pues aumenta la presión intersticial, que va en contra del rozamiento interno del terreno y de la cohesión. Lo normal es que cuando llueve mucho, las presiones intersticiales aumenten bastante, lo suficiente como para romper el terreno.

Sí llueve poco y el terreno se rompe, es debido a que el suelo ya ha quedado afectado por inundaciones anteriores, no siendo este tampoco el caso. Por tanto, si no tenemos el factor agua, se complican aún más los motivos por los cuales unos terrenos cederían en esas magnitudes como para sepultar a tres niñas.

Siguiendo con opiniones contrastadas con expertos, añadir que un desprendimiento de tierras de ese grueso, es difícil que pueda sepultar a tres niñas sin dejar señales que muestren una parte, un objeto o un pequeño rastro que lo delate, eran tres personas, alguna echaría a correr, lucharía, intentaría escapar, alguna cosa que después del rastreo policial del día de la desaparición y posteriores, levantara sospechas. ¿A nadie, en todo ese tiempo se le ocurrió buscar en esos terrenos, donde presumiblemente había grietas y hurgar en ellas...?

Se debe advertir, también, que parece extraño que no existieran deformidades óseas por aplastamiento, sobre todo, teniendo en cuenta que hablamos de huesos todavía demasiado tiernos cuya estructura no es sólida. Lo lógico sería hallar fracturas por aplastamiento, en costillas, pelvis e incluso cráneo.

Para la determinación de las edades de los restos de huesos encontrados, no sólo se utiliza la longitud de los mismos, también se mide el ancho de las diáfisis y las epífisis de los huesos según tablas que nos indican la edad en condiciones de crecimiento normal. Aunque, realmente la edad de un hueso se determina por el estado de apertura o cierre de las epífisis, estos son los cartílagos de conjunción que determinan la edad de ese hueso y en consecuencia la de su propietario. Está también el test de Risell, en las palas ilíacas, que sólo se cierran al terminar el crecimiento, pero que radiológicamente indican la edad, más o menos, por su estado de cierre, que lo hace entre los 17 y los 19 años, aproximadamente. Menciono esto debido a que la obtención de la edad a partir de los huesos encontrados, se hizo con un margen de error muy amplio, demasiado como para que hoy día se aceptara como prueba.

De acuerdo con el informe forense, la muerte no se produjo por golpe alguno, ya que dos de los cráneos estaban íntactos, sólo uno de ellos estaba roto en 55 pedazos (según palabras de un recorte de prensa), por lo que se dedujo que el óbito sobrevino por asfixia. Se entiende que no se pudo concretar más sobre la presunta asfixia, ya que al no existir tejidos blandos, no se pueden apreciar las petequias y sufusiones hemorrágicas típicas de las asfixias.

Como conclusión a estas incertidumbres, decir que en el caso de aceptar que se hubiera producido un deslizamiento de tierras, éste puede ser lateral o producirse desde cierta altura, en ambos casos, golpea y aplasta. En el caso de que hubiera sido un desplome de tierras en un terreno con grietas, el aplastamiento sería lateral o por cubrimiento, caso en el que la profundidad de los cuerpos sería mucho más importante.

#### **Indicios de otras afirmaciones, confesiones y declaraciones, que no coinciden con la sentencia:**

En una entrevista realizada al Dr. Maestre por uno de los periódicos más importantes de la época, éste declara:

*“La ciencia tiene medios suficientes para llegar a esclarecer este suceso. Entiéndase por esclarecimiento el poder contestar a aquellas preguntas que nos hace el juez”.*

Creo que no son necesarias las palabras.

Declaración al juez Sr. D. Fernández de Quirós, de Sr. Santiago Madrígán, tabernero de la calle Hilarión Eslava: *“No recuerdo haber visto nunca cuevas ni grietas, ni siquiera he oído hablar de ellas. Las excavaciones en esta calle, únicamente se han hecho mucho tiempo después de haberse perdido las niñas”.*

Ese mismo día, le llegó al juez un informe de los ingenieros a quienes se les tenían asignado el caso, en el que se concluía que *“en esa zona no existían cuevas ni grietas, que se trata de un vertedero de terreno echadizo”.*

uno de los capataces que se ocupó de la recogida de los huesos en el momento del hallazgo, entregó al juez, de acuerdo con un artículo de prensa, un paquete en el que entre los huesos humanos se hallaban también restos pertenecientes a animales.

Se filtra a la prensa la declaración de la madre de María Ortega al Sr. Juez, en la que afirma que está convencida de que su hija y sus amigas fueron secuestradas.

Las madres de las tres niñas declaran al *Diario de Barcelona* sobre los restos humanos hallados. Ninguna de ellas tiene seguridad de que los restos pertenezcan a sus hijas. Tampoco reconocen ni identifican los hallazgos y añaden que no existían tales cuevas y en caso de existir, la policía las hubiera examinado detenidamente en su momento.

En ese mismo artículo, aparece la declaración de un tal Sr. Roque García, propietario de varios solares y que en la época del suceso vivía a tan sólo 22 metros del lugar donde se encontraron los restos, en la que asegura terminantemente que en aquella época no existían ni cuevas ni grietas.

El geólogo Sr. Kindelan asegura al juez en el primer examen, que *“las tierras, en el caso de que hubiese habido hundimiento de cuevas, no podían haber ocultado los cuerpos de las 3 niñas”*.

Extrañamente a todos estos cuestionamientos sobre las cuevas, las grietas y los hallazgos, aparece de pronto el testimonio de un cartero de la zona, llamado José Becerril, quien dice que acudía a menudo a orinar por aquellos terrenos y que conoce la existencia de socavones que sirven de refugio a pordioseros. El cartero está convencido de que las niñas murieron aplastadas por un desprendimiento de tierra y añade que en la época de la desaparición no pasaba nadie por allí y que por tanto, nadie pudo advertir el desprendimiento, porque las tierras siempre estaban removidas por los volqueteros que se llevaban tierra de la zona. Sigue diciendo que esos mismos volqueteros debieron ser los que se llevaron parte de los huesos que no se han encontrado.



El cartero José Becerril señala el sitio, marcado con una cruz, en que en la época de la desaparición de las niñas existía un profundo cavón.



El cartero José Becerril indicándonos un socavón que existe actualmente en los desmontes de la calle de Cea Bermúdez, muy parecido al que había hace cuatro años cerca del lugar del hallazgo. (Fot. Pto.)

Las imágenes no se corresponden con el lugar del hallazgo ni con la época de la desaparición.

Retazos de publicaciones, con comentarios que considero de interés resaltar:

En una publicación del diario *Por qué*, sin fecha, aparece un artículo sobre el caso, bajo el enunciado *Sucesos sensacionales de ayer en España*, escrito por J.R. de Ayora. Parece el segundo capítulo de una serie de ellos, ya que está enumerado así, *Las niñas desaparecidas II*. En este

reportaje de varios años después de la sentencia – presupongo – descubro que se anunció una recompensa sustanciosa. Transcribo textualmente la información vertida en este artículo:

*“Recompensa: Tan notable colaboración fue debida a la eficaz intervención del General Martínez Anido, que, instituido el Directorio Militar que acaudillaba el General Primo de Rivera, desempeñaba el cargo de subsecretario del Ministerio de la Gobernación.*

*El experto General fue informado de cómo las gentes desfilaban de continuo por la calle de Hilarión Eslava para contemplar, bien de cerca, las casas de las desaparecidas, de cómo la opinión pública calificaba de inepta a la policía y a las fuerzas del orden público a las que se había confiado el hallazgo de las tres niñas; de cómo aquellas continuaban su búsqueda hasta agotar los menores indicios... conocedor del interés que las gentes de todo el país mostraban por la solución de aquel suceso de tan acusado carácter aflictivo y sentimental, D. Severiano Martínez Anido se puso al habla con el director general de Seguridad, quien facilitó la siguiente comunicación, que publicaron, en lugar destacado, todos los periódicos: Aún cuando la Dirección General de Seguridad ha ordenado las más activas gestiones a la policía gubernativa y se ha dirigido a la guardia civil de toda España, dándole las señas de las tres niñas que desaparecieron de sus domicilios, radicados en la calle de Hilarión Eslava, el sábado 26 de los corrientes, hace público por medio de la prensa, dada la absoluta carencia de indicios del paradero de las referidas criaturas, que premiará con 3.000 pesetas a quien facilite la pista o algún dato relacionado con dicha desaparición, prometiendo guardar la más absoluta reserva de las confidencias que reciba. Si los datos o indicios provinieran de más de una persona, dividirá el lote en tres premios de 1.000 pesetas cada uno”.*

Continuando con los sucesivos artículos de Sucesos sensacionales de ayer en España, capítulo

El cerro negro, quisiera destacar lo que el articulista comenta con respeto al interés de la reina-madre, por el caso y la orden en la que derivó, así como declaraciones que no pudieron contrastarse ni resolverse, abriendo más y más sospechas sobre el paradero de las niñas.

Transcribo, en este caso, la totalidad del artículo.

*“El suceso trascendió al público madrileño que lo comentó apasionadamente: la reina-madre Doña María Cristina, que tanto quería a España, que tanto se interesaba por las personas y las cosas de la capital de la nación, pensando en la tragedia de la calle Hilarión Eslava, no pudo dormir aquella noche.*

Se levantó más temprano que otros días y se personó en la alcoba donde todavía descansaba el Rey, al que hizo saber la preocupación que le causaba la prolongada desaparición de las tres niñas, de las que se ocupaba la prensa desde hacía ya cuatro días. El sentimiento y el pesar del Rey Don Alfonso XIII, estuvo siempre de acuerdo con el de su augusta madre. Así, poco después, al entrevistarse con el presidente del Directorio Militar, Don Miguel Primo de Rivera, le transmitió la ansiedad con que su progenitora y él veían el desarrollo del caso; lo que éste puso en conocimiento del ministro de la Gobernación; el ministro, con el subsecretario del Departamento; y el general de Seguridad Martínez Anido, con el director general de Seguridad, que llevaba ya tres días sin hallar descanso, sin abandonar el despacho oficial, desde el que permanecía en contacto con el jefe superior de Policía, el director general de la Guardia Civil y los gobernadores civiles de toda España, instándoles a que prosiguieran con mayor celo del empleado hasta entonces, la busca de las tres inocentes criaturas.

Orden General. Como consecuencia del interés mostrado por la reina-madre, Don Alfonso XIII, el general Primo de Rivera, el ministro de la Gobernación y el subsecretario del Departamento, con fecha 30 de mayo de 1924, el director general de Seguridad, dictó una orden general que dieron a conocer todos los periódicos de España:

Se interesa la busca y captura de Ángeles Cuevas Guillén, de 7 años de edad, hija de Francisco y de Carmen. Estatura, la propia de su edad. Delgada. Pelo rubio. Viste traje color ocre; alpargatas blancas, sin medias. Desapareció de su domicilio, calle Hilarión Eslava, 71, piso bajo.

De María del Val Paredes, de 6 años. Hija de Tomás y de Dionisia; estatura, la propia de su edad; rubia; de ojos azules, pestañas negras, con un lazo azul en el pelo. Viste traje de percal oscuro a rayas; calcetines y botas de ternero claras, con piso de goma. Tiene una pupita en la región frontal derecha; desapareció de su domicilio paterno, calle Hilarión Eslava 64, principal 7.

María Ortega Guirao, de 10 años de edad; hija de Enrique y de María. Estatura, la propia de su edad; color moreno, ojos y pelo negros. Tiene las piernas algo torcidas para adentro. Viste traje azul oscuro y calza alpargatas blancas y calcetines de color marrón. Como seña particular tiene una pequeña cicatriz en una de las sienes. Desapareció de su domicilio calle Hilarión Eslava, 71, piso bajo.

Como consecuencia de aquella orden, los registros llevados a cabo por la policía, la guardia civil y las fuerzas del orden público se extendió, además de a los barrios extremos de la capital y a los pueblos de los alrededores y de la totalidad de la provincia de Madrid, a las casas de dormir de los barrios bajos; posadas de la Cava Baja, donde solían albergarse gitanos y buhoneros; paradores situados en rondas y puentes; chozas y alhóndigas; a los dos campamentos de gitanos que se hallaban establecidos en las orillas del Manzanares; a los barrios que

usufructuaban los traperos en Tetuán de las Victorias. Las batidas llevadas a cabo en los lugares donde acostumbraba a tener sus contactos la gente del hampa fueron continuas. Realizadas con tesón y celo, pero, como hasta entonces había sucedido, resultaron infructuosas. Y al jefe superior de Policía y al director general de Seguridad, aposentados en el retiro de su despacho, hubieron de decir a la prensa aquella noche:

- ¡Desgraciadamente, las niñas que buscamos continuaban sin aparecer! ¡No obstante, el afán investigador que estamos poniendo en práctica, no hay nada nuevo!

Actuación Judicial. Otro tanto sucedía al juez, a quién correspondió la instrucción del sumario, que era el del distrito de la Universidad, Don Felipe Fernández y Fernández de Quirós. Aquella mañana, tras haber recibido instrucciones del fiscal de la Audiencia, se personó en el número 71, y en el 64 de la calle Hilarión Eslava, ampliando las declaraciones prestadas anteriormente por los familiares de las desaparecidas; visitando la tienda de ultramarinos, a donde fueron enviadas a comprar patatas; interrogando a la maestra Doña Mariana Escuder, que fue quién envió a María Ortega a aquel lugar, encaminándose a realizar el encargo acompañada de sus dos vecinas. Como remate de sus actuaciones, aquel día, el juez instructor, se trasladó a la cárcel Modelo, interrogando al padre de una de las desaparecidas, que se encontraba allí preso.

Noticia confusa e incierta. En las últimas horas de la tarde de aquel día, se esparció por Madrid la noticia de que las criaturas extraviadas habían aparecido. El rumor llegó a la Dirección General de Seguridad y a otros centros oficiales, dándoles cuenta de que se encontraban en el Cerro Negro, situado a respetable distancia del Puente de Vallecas, sobre el espacio de terreno montuoso, por donde discurre la línea del ferrocarril de Andalucía.

La noticia del hallazgo, dada la extraordinaria resonancia del suceso, produjo una enorme sensación, siendo innumerables las personas que se encaminaron hacia el puente para confirmar el rumor o desmentirlo.

El Cerro Negro, constituyó el tema de más palpitante actualidad aquel día. Cuando la multitud se estacionó en sus inmediaciones, vieron como un Teniente de la Guardia Civil, que se encontraba allí al frente de un Cabo y de varios Guardias del benemérito instituto, interrogaba a una mujer de mediana edad, la que aseguraba haber visto en el Cerro a un hombre acostado, que al verse sorprendido echó a correr y huyó rápidamente, arrojando antes, en un arroyo próximo, un envoltorio que, según le pareció, contenía ropas de niña llenas de sangre.

Ateniéndose a la aseveración de la desconocida, los miembros de la benemérita, interrogaron a los residentes en aquellos lugares, recorrieron las paralelas del ferrocarril, desde su arranque de la estación del Mediodía hasta la del pueblo inmediato. Los arroyos a que se había referido la denunciante se encontraban secos, faltos de la corriente que



*solían tener en épocas lluviosas o de invierno... La decepción experimentada afectó tanto como a los innumerables madrileños que se habían personado en el Puente de Vallecas y en el Cerro Negro acuciados por el deseo de saber...*

*Fue, ciertamente, una noticia confusa. Incierta, arbitraria, como habrían de ser las muchas que se produjeron aquellos días, como verán nuestros lectores en el próximo reportaje”.*

Con el fin de que quede constancia de otras muchas sospechas que se produjeron en los días posteriores a la desaparición, transcribo un pedazo de un artículo en el que se abre una sospecha hacia una mujer de dudosas prácticas:

*“...Pese a las acertadas gestiones que se llevaban a cabo, a las investigaciones, la impresión sentida por la policía era la de que las inocentes criaturas no habían rebasado el radio de la barriada del Lozoya, de Caño Gordo, de Cuatro Caminos, de los alrededores de la Moncloa, del renovado conjunto de la Ciudad Lineal... Se efectuaron varias detenciones: una de ellas, la de una mujer dedicada a la contratación de niñas de siete a once años que, con engaños, enviaba fuera de Madrid... Así, hasta que se divulgó la noticia de que las tres menores tan ansiosamente buscadas habían sido vistas en El Escorial...”.*

*“...Ocurrió que dos agentes de vigilancia de los que prestaban servicio en los pueblos de las proximidades de Madrid, tuvieron conocimiento de que el día anterior tres niñas de la misma edad y circunstancias, vestidos y peinados que las desaparecidas, habían sido vistas, comiendo en un bar, en compañía de un joven de unos veinticinco años de edad, con el que marcharon luego en dirección a la Lonja del monasterio, y más tarde, hacia la ladera de la montaña, en cuyo remate se alza, labrada en la roca, la llamada ‘silla de Felipe II’...”*

*“...El torbellino de gente despertó la atención del juez de instrucción de El Escorial que se consideró obligado a intervenir, iniciando la instrucción del correspondiente sumario ya que la opinión imperante era la de que las niñas que desaparecieron días antes en la calle Hilarion Eslava, de Madrid, habían sido secuestradas y se mantenían escondidas en el Real Sitio...”.*

Ante esta noticia, se movilizó una gran parte de la población que “obligaron” a las fuerzas del orden a tomar medidas, como menciona el artículo. Pasados unos días, aparecen nuevos comentarios, aclarando que después de realizados los trabajos de investigación oportunos, se cree que unos hombres del barrio, al parecer ebrios, decidieron lanzar el bulo con la única intención de cobrar la recompensa. Conclusiones que nunca llegarán a ser clarificadas completamente.

En sucesivos días, las declaraciones al juez y los sospechosos iban y venían, sin concreciones finales, como era habitual en el suceso. Alarmó significativamente la realizada por el padre de una de las niñas:

*"...La declaración que prestara Enrique Ortega, padre de María, cuando fue interrogado por el juez instructor de la causa, que lo visitó en la cárcel Modelo, infundió una amplia desviación al suceso, que semanas después de acaecido continuaba apasionando a toda España.*

*El mencionado recluso, como motivo principal de su desaparición, reveló al juez la sospecha que abrigaba de que su hija y las dos jovencitas que la acompañaban, podían haber sido secuestradas por un hermano de María del val Paredes, notable artista acrobático que desde hacía varios años trabajaba en el Circo Cortés, que por aquellos días celebraba sus actuaciones en la feria de Teruel.*

- *Hace unos meses -dijo - cuando Miguel del val estuvo en Madrid, se fijó en mi hija, a la que estuvo adiestrando en diversos ejercicios gimnásticos, asegurando que cuando fuera mayor se convertiría en una gran artista de circo. Como en los circos ecuestres se necesita personal, yo opino que el joven del val vino a Madrid, y burlando la vigilancia de sus familiares, se llevó a mi hija y a otra niña, para adiestrarlas en los servicios del circo donde trabajaba.*

*De acuerdo con esta declaración, el juez de Madrid ofició al de Teruel, ordenando el desplazamiento a la histórica ciudad aragonesa de varios agentes de vigilancia, encargados de entrevistarse con Emilio del val, averiguando cuanto pudiera haber de verdad en las declaraciones de Enrique Ortega..."*

Después de las indagaciones pertinentes, las niñas no se encontraban en el Circo Cortés, que además, debido a unas fuertes lluvias, había quedado semidestruído, y algunos de sus trabajadores malheridos, entre ellos el hermano de María del val. A raíz de ello, el juez declaró a la prensa:

*" - Seguramente - dijo a los informadores de prensa - los que las retienen, no se atreven a desprenderse de ellas por el revuelo producido alrededor del suceso y haber acabado por comprender la responsabilidad en que han incurrido.*

*El 16 de junio prosiguió el informe judicial, asegurando que, rechazada la afirmación de que las niñas habían atravesado la frontera francesa, nada nuevo se había producido. Las detenciones últimamente practicadas quedaron sin efecto. A medida que pasaban los días la desorientación, el desaliento eran mayores.*

*El 30 de junio de 1924, el sumario instruido se dio por concluso, sin perjuicio de que se procediera a su reapertura sí se producía algún suceso que lo motivara...".*

No pasemos por alto que en un artículo de prensa se expone que la esposa del Sr. E. Ortega, declaró al juez que su marido estaba en prisión por abusos deshonestos a una niña de la barriada.

En otro relato de los hechos aparecido años más tarde se dice:

*"Los sospechosos no tardaron en recobrar su libertad, una vez demostrada la falta de fundamento de las acusaciones que pesaban sobre ellos. Pero...*

*Aquello -no podía quedar así -. Y se fijó la atención sobre Dña. Mariana, la maestra que mandó a por patatas a María Ortega. ¡Qué casualidad! Resulta que Dña. Mariana tenía una amiga, la Srta. Mercedes Morales, persona de carácter muy caritativo y arraigadas creencias católicas, instructora de catecúmenos y catequistas, muy activa por contera.*

*-¡Esas han sido...! La maestra, la primera y la beatorra, que las metió en un convento a las pobrecitas, cualquiera sabe con qué fines...*

*Y claro, para adornar el melodrama, se especuló con extrañas complicaciones de sátiros, jorobados y elegantes automovilistas con gafas y guardapolvos.*

*Es el caso que la maestra y la catequista fueron a dar con sus respectivas humanidades en la cárcel de mujeres que existía en aquellos tiempos en la calle Quiñones, tras de difíciles interrogatorios, pues la voz pública las acusaba de estar confabuladas para hacer desaparecer a las niñas. La opinión estaba excitada y fue preciso registrar algunos conventos y el patronato de la calle de Gaztambide, paralela a la de Hilarión Eslava, para, ante el resultado negativo de tales diligencias poder calmar los ánimos...*

*...Tenemos a la vista numerosos documentos de entonces. En algunos de ellos se habla del procedimiento incoado con el número 239, que fue considerado terminado el 7 de abril de 1925, y por auto de la sección 3ª de lo criminal de la Audiencia de Madrid, el 15 de junio siguiente, se declaró la causa sobreesida provisionalmente quedando sin efecto los procesamientos de doña Mariana y de su amiga, la señorita Morales. Constaba de cinco cuerpo, tres de ellos de servicios negativos y los mecanógrafos se despacharon, probablemente no a su gusto, sino todo lo contrario, a lo largo de 1350 folios."*

Como constancia de que la conciencia humana a lo largo de los años y tras sucesos similares como siguen existiendo hoy día, no ha evolucionado mucho, respecto a la frialdad y descorazonamiento con que son vilipendiados los familiares y protagonistas de sucesos escabrosos, transcribo este otro retazo, del que se hacía eco, el mismo artículo anterior:

*“Durante muchos años prosiguió la investigación en torno a la desaparición de las tres niñas, suceso encajado de manera variopinta que iba desde el más desaforado melodramatismo a otros aspectos que reflejaban no muy humanos sentimientos en sus autores. Canciones, caricaturas, supuestos jocosos e hirientes, por irrespetuosos ante el dolor ajeno, para los atribulados familiares de las tres niñas.*

*uno recuerda allá en los tiempos en que hacía sus primeras escapatorias hacia alegres lugares de esparcimiento, haber visto y oído cuplés a cargo de descocadas artistas, entre pícaros guiños y expresivos contoneos...”*

Sin palabras me quedo.

En un artículo del año 1928 firmado por J. Pinto Maestro, aparecido en el Diario Regional de León, titulado El calvario de una inocente, se hacen las siguientes reflexiones:

*“De ella se dijo que pudo haberse prestado a facilitar la libidinosidad de alguien y más tarde se la hizo cómplice de un secuestro odioso. Y las insinuaciones brutales, la despiadada pintura, el cuadro sombrío que hicieron con la vida honrada de la mujer, despertó el instinto de aversión en sus conciudadanos, el huracán ahogó la voz de la inocencia, el rum-rum, apegó la protesta. Vino el desprecio, la animadversión pública. La miseria se enseñoreó del hogar feliz. Las calamidades hicieron presa y hubo de huir, de ocultarse como si realmente hubiera cometido un crimen.*

*¿Hay derecho a que por hacer un folletín con fines puramente comerciales, se pueda lanzar una información en que se eche a rodar la bola de nieve de la calumnía, que engrosada a medida que rueda, con el copo de la malevolencia, destroza una vida?...”*

El colmo de los colmos, sobreviene cuando leo en un recorte de periódico, sin fechar ni identificación posible, en el que a pie del mismo aparece una más de las muchas suscripciones económicas a favor de Mariana Escuder, en el que el periodista acusa a compañeros profesionales de otro periódico de levantar falsos testimonios, al difundir una noticia falsa en la que se detalla una declaración de una vecina de la calle Hilarión Eslava, que

supuestamente a recibido una carta, cuyo remitente es Salvador Gómez, esposo de Mariana, en la que dice tener sospechas de su propia esposa, debido a dudosos comportamientos. Ni la carta ni la vecina aparecieron nunca públicamente, y se sabe que ni tan sólo hubo testimonio ante un juez.

Es interesante añadir la declaración del propio descubridor de los huesos de las niñas, el estudiante, por entonces Sr. José Fernández Gordo. Textualmente explica en el diario *El Debate*, fechado en martes 21 de Febrero de 1928, lo siguiente:

*“Llevado por la curiosidad científica al constatar que el cráneo era humano y ante las autoridades policiales, levantamos la tierra un poco y encontramos la vertebra atlas, una vértebra cervical, un hueso astrágalo, un frontal, una tibia, dos o tres clavículas y un radio. Acompañado de mi amigo, escarbamos un poco más y encontramos un disco de cobre muy deteriorado. Sospechamos que era una moneda, la limpiamos y vimos que eran diez céntimos. Al hallar algunas monedas más, pensamos si allí encontraríamos alguna cantidad importante de dinero, quizás un tesoro. Finalmente el total de dinero ascendía a 75 céntimos. Después de hallar, también una bota, un calcetín y algunos huesos más, avisaron a la Comisaría”.*

Es sorprendente la cantidad de contradicciones que encontramos en esta historia, la última es la que publica este mismo periódico, en una continuación del artículo de subtítulo: *Las niñas jugaban donde se han hallado los restos*. Según el mismo, en una visita del periodista a Barcelona, en la que afirma no haberse identificado como tal, entrevista a Salvador y a Mariana, y escribe sobre una supuesta confidencia que le hace la Maestra:

*“Les dije que no fueran allí, no sólo por el temor de una caída o desprendimiento, sino por la gente peligrosa que pululaba por aquella barriada, y más aún por no mezclarse con chicos. Las pobres niñas me contestaron que iban allí para no tropezar con los chicos grandullones, que las molestaban y les destrozaban los juguetes. Allí en las cuevas estaban sola y jugaban a su gusto”.*

Es curioso comprobar que este y otro artículo catalán, son los únicos recortes de prensa en los que se pone en boca de Mariana el conocimiento de dichas cuevas y de que las niñas acudían

a aquel lugar de forma habitual, cuando hemos comprobado que sus propias madres no reconocían la existencia de esas cuevas.

Una vez leídos, explorados y concienzudamente examinada toda la información que ha llegado a mis manos sobre el tema sólo me resta añadir un último comentario a este claro discurso de intereses políticos, partidistas y religiosos que no hacen más que enredar más, si cabe, el desgraciado suceso que a tanta gente afectó.

Echando un vistazo rápido a las posibilidades sobre el trayecto realizado por las pequeñas en el momento de acudir al encargo de la maestra, nos encontramos con 2 posibles recorridos desde la casa de la maestra situada en Hilarión Eslava, a la tienda de ultramarinos a la que nunca llegaron a comprar las patatas, situada en la calle San Bernardino y el lugar en el que supuestamente fallecieron sepultadas, calle de Cea Bermúdez.

Realizando un cálculo aproximado con niñas de la edad de las desaparecidas, hemos obtenido una velocidad media de paseo de 0,5m/s.

Si trazamos el itinerario directo desde su salida de la casa hasta el colmado, la distancia es de aproximadamente, 1200 m, lo que supone unos 40 minutos de trayecto.

En cambio, si trazamos el camino alternativo, que supuestamente decidieron coger, tenemos que tuvieron que ir en dirección contraria a su destino, para acudir a jugar a las cuevas, ampliando el trayecto en 2100 m, lo que suponen un total de 70 minutos. Algo, por supuesto posible, pero que parece poco probable, teniendo en cuenta que era un recado para la hora de la comida.

Y así, haciendo suposiciones, podríamos estar de forma interminable. Si es cierto, que creo necesario realizar este cuestionamiento. Si no nos cuestionamos las cosas, no podemos detectar los errores y como humanos, éstos, existen.

**Bienvenidos los que padecen persecución...**

## **Doña Mariana Escuder, “la Maestra”, cumple setenta y dos años**



Doña Mariana Escuder, con sus hijas Pilar y María, en Barcelona

*Publicación de un reportaje sobre Mariana, en el año 1960, con objeto de su 72 aniversario*

*Como decíamos al principio la verdad siempre sale a la luz, de un modo u otro y debido a que nuestro universo está programado para la consecución del equilibrio, él mismo se encargará de hacer justicia, esa que debido a su naturaleza intangible, se escapa a nuestro entendimiento.*

*En la vida no hay nada que temer. Sólo hay cosas que comprender.*

*Marie Curie*

*Madrid, 24 mayo de 2010 (86 años después del fatídico día)*

Teníamos el día libre, sin dudarlo, compré unos billetes de tren que nos llevarían a Madrid. Mi amiga Carmen, interesada como yo en la transformación de todo dolor, pues es éste nuestro trabajo, decidimos realizar algo que Alejandro Jodorowsky cataloga como psicomagia. Nosotras no somos tan arriesgadas, simplemente, lo consideramos un acto de limpieza de la conciencia. Gracias a nuestra capacidad para trascender el espacio/tiempo, podemos sentir en propia piel, esas emociones atascadas, germinadas y alimentadas, por los seres humanos que de un modo u otro se ven afectados por una dolorosa experiencia. No olvidemos que una simple acción, pensamiento o palabra, tienen efectos dimensionales.

Ya hace demasiado que no está en mí, vivir en el Ser Humano "caducado", ese que cree que únicamente existe su cuerpo y sus pensamientos, ese humano ciego y anclado en lo que sólo sus ojos pueden ver. Soy de las que viven en la certeza de esa unicidad de conciencia de la totalidad de la humanidad, de las que sabe que somos entes, que mediante un vehículo físico, evolucionan hacia un estado más perfecto. No somos más que química, física y matemática. ¡Qué absurda sería la vida, de otro modo! En ese proceso evolutivo en el que todos y cada uno estamos



sumergidos y condicionados por nuestras propias experiencias, tenemos la obligación de responsabilizarnos de todo lo que proviene de nuestro interior. Pues ese que está afuera, sólo es un simple personaje que, a su manera, camina por la vida en la época que ha decidido vivir. Es en su conciencia donde se halla la experiencia de toda su existencia. Entendiendo por conciencia esa sabiduría interna, procedente de la experiencia. Del mismo modo que la conciencia individual, es un ser en evolución, también lo es, la conciencia familiar, la conciencia racial, la conciencia geográfica y la conciencia colectiva, así como otras muchas formas de conciencia. Teniendo en cuenta estos términos holísticos, podemos entender como cualquier suceso de la vida, repercute exponencialmente, hasta alcanzar la conciencia colectiva, ese lugar en el que, como una biblioteca, queda archivada la historia evolutiva de la humanidad.

Ahí fue donde decidimos actuar, con el objetivo de regenerar tanto dolor, tanto sufrimiento, tantas conciencias asustadas, airadas por el miedo, llenas de desdicha, sumergidas en la obcecación.

Nos desplazamos hasta la misma calle de Hilarión Eslava. Cuando el taxi subía por ella, un pellizco se instaló en la boca del estómago, era pura emoción por lo que estábamos viviendo. Es cierto, estábamos en otro tiempo, pero en el mismo espacio en el que se produjeron los hechos. Para la conciencia, ella que está fuera de la influencia del espacio/tiempo, no le es posible diferenciar, así que, conscientes de ello, nos abrimos a sentir los ánimos de los ciudadanos de aquellos tiempos. Bajamos del taxi, a la altura del número 55, pues el 71 de entonces, parecía coincidir con esta portería. Ahora se encuentra un consultorio médico privado. Cruzamos por un pasillo interior que alcanza el otro lado de la calle en el que hay una pequeña zona ajardinada. Lo cierto que esa zona de Madrid, actualmente es un lugar precioso para vivir. Imaginamos a los vecinos, imaginamos los edificios más humildes y menos altos. Imaginamos el día a día de aquella época. Imaginé a Mariana, a Salvador y a sus hijos, entrando y saliendo de casa. Y sí, lloré de

emoción, al dar en mí conciencia individual, con las emociones vividas y vertidas por estos miembros de mi familia, a nuestra conciencia familiar, y así, los sentí cercanos, como siempre hago con los míos, con los que están y con los que se fueron.

Carmen, me señaló el otro lado de la avenida de Cea Bermúdez. Allí, donde ahora hay un Hospital, en 1928 aparecieron los cuerpos de las niñas, muertas por accidente o secuestradas y asesinadas. Nunca lo podremos concretar con certeza, cada uno en su interior, tendrá su propia verdad. Y lo que debemos hacer, es quedarnos con la nuestra. No importa si tenemos o no razón, pues no está nunca en la razón la respuesta, sino en lo que sentimos, que aunque parezca estar fuera de toda razón, es lo que realmente nos da el convencimiento interior sobre un acontecimiento. He aprendido que es con eso, con lo que debo quedarme, no me importa tener o no tener la razón, sólo me importa saber y ese saber, sólo puede hallarse mirando y sintiendo dentro. Cruzamos Cea Bermúdez, hasta situarnos a la altura aproximada de los antiguos descampados y sin más, nuestros corazones reaccionaron y conectadas con esa conciencia eterna, rogamos por el dolor causado, por las niñas, por sus familias, por todos y cada uno de los implicados, por todos los sucesos amargos que nos anclan en el dolor.

Después, serenas y decididas, caminamos con el objetivo de realizar el camino que las niñas nunca realizaron. Nos dirigimos a la calle de San Bernardino, donde hubieran tenido que comprar las patatas para la Maestra. Dispuestas, como un acto psíquico como aquel requería, alcanzamos San Bernardino, buscamos un lugar agradable y acompañadas de un refresco, nos comimos un plato de patatas. Reímos y nos emocionamos. Por fin aquella comida trágica, se había convertido en un mágico momento.

Esa experiencia, nadie puede robárnosla. No concibo la vida sin su magia, pues a mi modo de ver y desde mi experiencia, la vida es pura magia.

Volvímos sobre nuestros pasos y sentadas de nuevo en una terraza de la calle Hilarión Eslava, escribo estas palabras:

Fútiles expresiones saciaban el aire de horrorosos recuerdos, que no en vano, languidecían horriblos, que no en vano, nos acometían también en nuestros propios sueños.

Bien poderosa huída, transcendental mirada, inquietante momento, que casi en todos y cada uno de nosotros nos alcanza, nos embarga y después nos quebranta, dejándonos esclavos de su vibración. En el despliegue de alas, se transforma la sólida capa de hielo, en dulce escarcha. La lacerante duda, en tácita certeza y el denso recuerdo, en un tenue suspiro de aquello que nos laceró.

Y es ahora, cuando miro al cielo y observo como caen los edificios, esas estructuras pesadas y macilentas, anquilosadas. Caen desde lo más alto, miles de millones de rotas amarguras, de sometimiento, de recalcitrante antagonismo, que no sanan heridas y tampoco dan respuesta a nuestras vidas.

Y son, en esas amplias grietas que se van haciendo, entre los muros de toda guerra, donde se vierten todas las emociones que nos sacuden. Y allí, en ese lugar profundo y mugriento, donde la inmensidad de este mundo, ruge de dolor, se quiebra el llanto, se abre la puerta, se libera la fuerza, se traduce todo en una nueva y humilde expresión. No sin antes quedar cautivos, por este universo expectante, que nos invade de dicha, que nos enseña otro modo de caminar, lejos de toda herida, sin una estructura fija, sin un ápice de rencor, transportados a otra dimensión.

Y aquí, con la mente abierta, el corazón en las manos, ante la clave de la esperanza, ungidos de amor, recreados en la nostalgia. Llenos de orgullo. Resueltas las dudas, resultas las penas, aniquilado el dolor, identificado el problema, vaciadas las grietas, cerrados los muros, alentados por la transformación. Con los materiales necesarios, las herramientas y los aperos, los planos,, los utensilios, el diseño y el potencial de creación, estamos, dispuestos a levantarnos de nuevo, a

comenzar otro episodio, en ese, nuestro incipiente devenir. Ladrillo a ladrillo, paso a paso, cada cual a su ritmo, con la mirada puesta en un mismo objetivo, con la claridad de que todos y cada uno somos más de lo mismo, en diferentes procesos, con diversos pensamientos, pero no más que nadie, ni tampoco menos.

Así, se transforma la conciencia y así se comienza de nuevo.

Joanna Escuder

(Núria Gómez - biznieta de Salvador Gómez y Mariana Escuder)

## **Agradecimientos**

Al Dr. José Manuel Reverté Coma y a la Sra. Mercedes González del Museo de Antropología Médico-Forense, Paleopatología y Criminológica. Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. El Dr. Reverté, investigó sobre este caso y redactó un detallado informe de su investigación que la Sra. M. González, tuvo la amabilidad de localizar en los archivos del museo y enviarme una copia. Documento que nos aportó nueva luz al tema.

A Joan Franch - Geólogo y compañero de trabajo durante algunos años, fue quien me condujo a través de una nueva perspectiva de búsqueda y desengranaje de lo que hubiera sido el desarrollo de una investigación en la actualidad.

Al Jefe de la Sección de Relaciones con Usuarios del Instituto Nacional de Meteorología perteneciente al Ministerio de Medio Ambiente, quien tuvo la amabilidad de atenderme y facilitarme los datos climatológicos de la época del suceso con la finalidad de comprobar la implicación del clima en el deslizamiento del terreno.

Al Jefe de Sección del archivo histórico de la Dirección General de la Policía. Archivo Central perteneciente al Ministerio del Interior, quien también tuvo la amabilidad de atenderme y colaborar en la obtención de datos de la época.

Al Dr. José Ignacio Velasco, Médico Forense y escritor de investigación, quien me aportó datos técnicos sobre los procesos de descomposición de cadáveres y la aportación de conclusiones técnicas de sumo interés.

A M<sup>a</sup> Carmen Millán, ante todo gran amiga, de profesión Química, especializada en análisis e investigación, quien después de muchas reuniones, estudio de datos, reconstrucción de los hechos e innumerables discusiones sobre el tema, me ayudó y guió en la estructuración del relato y sobre todo en la revisión final. Además de poner el título al libro, con gran acierto.

También quisiera hacer una mención a María Cobo y a Antonia Jurado, que de forma holística participaron creativamente en la reconducción del suceso y de todos los afectados.

Por supuesto a Luís C. Caparrós, quien, durante el desgrane de este libro, colaboró, no sólo en su revisión, sino también en el crítico que contraatacó cada uno de los argumentos de mi particular investigación, con el fin de no proceder con inservibles divagaciones.

No iba a olvidarme de mis sobrinas Paula Navales y Meritxell López, que las “utilicé” en mis pruebas periciales, como símil de las niñas, fue fantástica su ayuda. Y a mi hija Alexandra, quien realizó la última y definitiva revisión, gramatical, ortográfica y literaria.

Gracias de corazón a todos ellos.